

Sacerdos

Revista de comunión sacerdotal,
caridad pastoral y formación
permanente.

“Ante la tragedia del coronavirus”

P. Fernando Pascual, L.C.

• ABRIL, MAYO, JUNIO | 2020

#137

www.centrologos.org



20 años

**“El sacerdote, hombre
que construye la paz”**

† Mons. Carlos Garfias
Merlos

**“Cristo descendió a
los infiernos”**

† Mons. José Rafael
Palma Capetillo



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
Director Editorial Revista
SACERDOS

Estimados hermanos sacerdotes:

En medio de esta prueba mundial que Dios permite en estos tiempos, presentamos esta última edición de nuestra revista para seguir contribuyendo a nuestra santidad como ministros de Cristo, pues eso nunca ha de cejar, y a nuestra formación integral, la cual, aunque bien sabemos que hoy por hoy son otras las prioridades -y sobre todo la oración por nuestro pueblo, y en concreto de las ovejas encomendadas a cada uno de nosotros-, es probable que también, dada las indicaciones de nuestras autoridades eclesíásticas y civiles, podamos ahora contar incluso con un poco más de tiempo también para acrecentar y pulir nuestra formación y actualización en todos los ámbitos de la formación permanente, sabiendo que todo en la formación personal es para bien de la Iglesia y de las almas encomendadas. Ante la situación actual de la pandemia que padece el mundo, antepone un artículo cuyo título es: "Ante la tragedia del coronavirus".

En esta ocasión en lo que respecta a la base humana de nuestra formación, se presentan dos trabajos; uno sobre el sacerdote como constructor de paz, dado que, más allá de la pandemia, nuestro país, y en general en el mundo, estamos necesitados de paz, y sobre todo de la Paz en persona -"Doctor de la paz y Maestro de la unidad", llama san Cipriano a Jesucristo; y a Dios se refiere como "El Dios de la paz y Maestro de la concordia", en su tratado Sobre la oración del Señor, como meditábamos en el Oficio de lectura en marzo pasado-, que es Nuestro Señor Jesucristo, de Quien somos nosotros los ministros ordenados. Por otra parte, también se aborda el tema del cuidado de nosotros mismos como sacerdotes, exigencia humana de nuestro llamado al servicio de los demás.

En la dimensión espiritual, que sin duda es la más importante y trascendente no sólo en nuestra vida personal sino de cara a la misión, también se ofrecen dos artículos: uno sobre el misterio y la necesidad de la cruz en la vida del sacerdote, de todo sacerdote, de cada uno de nosotros; y otro que aborda precisamente el fundamento y justificación última de dicha exigencia en nuestra vida: el sacrificio de la Misa como acto de amor, la cual, además de ser "centro y culmen de toda la vida cristiana", como nos enseña el Concilio Vaticano II -y en realidad la misma Palabra de Dios es la que la afirma, y con Ella toda la Tradición y el Magisterio perenne de la Iglesia-, es, de manera muy particular, el centro, culmen y sentido de toda nuestra vida sacerdotal. Existimos sobre todo para la Eucaristía, y la Eucaristía existe por medio nuestro: ¡Qué gran misterio traemos entre manos! ¡Qué gran misterio somos!

En lo que respecta a la formación más de corte intelectual, es decir filosófica y teológica, tenemos tres temas: el primero, sobre el significado de esa verdad de fe que profesamos en el Credo sobre 'el descenso de Cristo a los infiernos'; el segundo, sobre las "coordenadas antropológicas" que ofrece Joseph Ratzinger -posteriormente Papa Benedicto XVI: sin duda uno de los grandes

EDITORIAL

teólogos del siglo XX y del presente siglo también-; y, finalmente, la tercera y última parte del tema de san Juan Pablo II como "El Papa del amor humano, del matrimonio y la familia".

Finalmente, en el último ámbito de la formación integral, es decir el de la pastoral, se proponen cuatro artículos: uno sobre el perdón como el fruto más sublime y maduro del corazón sacerdotal; otro sobre el trauma post-aborto; uno más sobre la educación que una familia cristiana debe brindar a sus hijos; y, finalmente, continuamos con una entrega más sobre el tema de la predicación sagradas: en esta ocasión el tema concreto es sobre la evaluación del predicador/orador.

Como tema de actualidad, se toca el ámbito de la migración como un derecho, según la Doctrina Social de la Iglesia.

Finalmente, presentamos dos testimonios: el primero es el de san Juan Bosco en su labor frente al protestantismo de su tiempo; y el otro, aunque no se trata de un sacerdote, nos puede ayudar mucho a aprender a juzgar no tanto con la frialdad de la razón sino "con los ojos del corazón".

Bien, padres, pues sigamos encomendando a nuestros fieles a la protección de la Santísima Virgen de Guadalupe, quien, como bien sabemos, ya antes en la historia de nuestro pueblo nos ha socorrido ante las plagas y epidemias. Que Ella alcance el don de vernos librados lo antes posible de esta prueba, en México y en el mundo entero; prueba que muy probablemente Dios permite para que volvamos a Él; para que los hombres dejemos nuestra soberbia, orgullo, autosuficiencia y vanidad de lado y retornemos a la fuente de nuestra existencia, de la vida y de la salud.

Hermanos sacerdotes: encomendémonos los unos a los otros, y sigamos acompañando y apoyando a nuestro pueblo, en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, ayudándole a dar un sentido redentor a estos momentos de miedo, zozobra e incertidumbre, pero también de fe, esperanza y caridad.

Con la seguridad de nuestras oraciones, unidos

Equipo Central Logos

ÍNDICE



ARTÍCULO ESPECIAL

- "Ante la tragedia del coronavirus"** 7
P. Fernando Pascual, L.C.



DIMENSIÓN HUMANA

- "El sacerdote, hombre que construye la paz"** 11
† Mons. Carlos Garfias Merlos

- "El sacerdote, llamado al servicio de los demás: ¿Debe cuidarse a sí mismo?"** 15
Mtra. Psic. Claudia Tarasco Michel



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

- "La Cruz en la vida del sacerdote"** 21
P. Félix Castro Morales

- "El sacrificio de la Misa como acto de amor"** 24
P. Ignacio Andereggen



DIMENSIÓN INTELECTUAL

- "Cristo descendió a los infiernos"** 33
† Mons. José Rafael Palma Capetillo

- "¿Qué es el hombre? Tres coordenadas antropológicas para una respuesta en Joseph Ratzinger"** 36
P. Víctor A. Ramírez, L.C.

- "San Juan Pablo II, el Papa del amor humano, del matrimonio y de la familia" (Parte III)** 53
P. Alfonso López Muñoz, L.C.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*

ÍNDICE



DIMENSIÓN PASTORAL

"El perdón en el corazón del discípulo de Cristo" 62

† Mons. José Rafael Palma

"Trauma post-aborto" 72

P. Helkyn Enríquez Báez

"Evaluación de un predicador y orador" 75

P. Antonio Rivero, L.C.

"La educación de los hijos en la familia cristiana" 80

P. Luis Madrazo, L.C.



ACTUALIDAD

"El derecho de migrar en la doctrina social de la Iglesia" 95

P. Antonio Lemos, L.C.



TESTIMONIO

"Don Bosco y el proselitismo protestante" 100

P. Fernando Pascual, L.C.

"Paola Bonzi: 'Con los ojos del corazón'" 102

P. Fernando Pascual, L.C.

Director responsable: P. Alfonso López Muñoz, L.C.

Consejo editorial: †S.E. Mons. Rogelio Cabrera López./ Arzobispo de Mty. / Presidente de la Conferencia del Episcopado Mexicano, †S.E. Mons. Jaime Calderón Calderón / Obispo de Tapachula, †S.E. Mons. José Rafael Palma Capetillo/ Obispo Auxiliar de Xalapa, S.E.R. Mons. Carlos Enrique Samaniego López, Obispo Auxiliar de la Arquidiócesis de México P. Ignacio Andereggen, P. Salvador Valadez Fuentes, P. Jaime Rivas, P. Octavio Pérez Ramírez, P. Eduardo Muñoz, P. Marcelino Monroy, P. Javier Jaramillo, P. Eduardo Godínez, PP. Fernando Pascual, Antonio Rivero y Alex Yeoung, LL.CC.

Coordinación gráfica: Lic. Hugo Toro Monjaraz

Coordinación Editorial: En Sacerdos velamos porque todo cuanto se escribe en nuestra revista refleje en todo momento la doctrina de la Iglesia Católica sobre cada uno de los temas tratados; sin embargo, la responsabilidad del pensamiento y de las ideas en concreto de cada artículo competen a su respectivo autor.

**Utiliza nuestro Índice interactivo para navegar dentro de la revista.*



PROGRAMAS NACIONALES
www.centrologos.org

Si lo que buscas es un espacio de silencio, oración y reflexión, estos son tus: **Ejercicios Espirituales** Para sacerdotes

"Sacerdote: Imita lo que tratas"

FECHA: Del lunes 12 al 16 de octubre de 2020

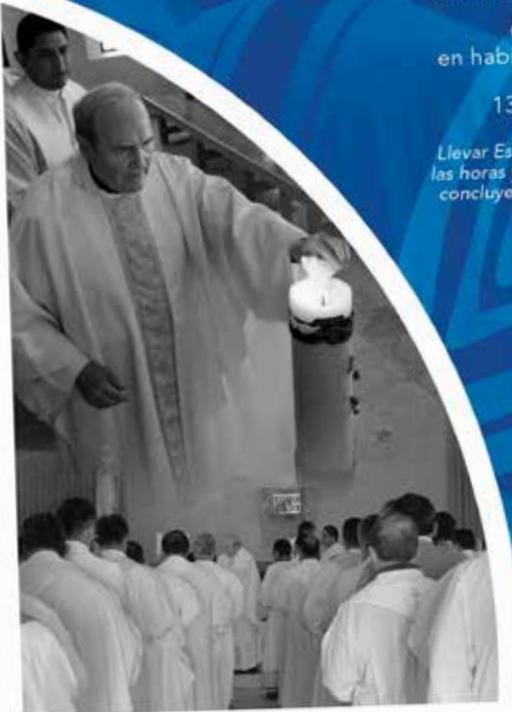
Impartidos por P. Roberto González, L.C.

Centro de Retiro Santa María de la Cascada en Amecameca

Costo: \$3,300.00 en habitación individual.

Registro: 13:00 hrs. del lunes

Llevar Estola, Alba, Liturgia de las horas y Biblia. Los Ejercicios concluyen hasta después de la comida del viernes



P. Roberto González, L.C.

- Nacido el 24 de Agosto de 1940 en Guadalajara
- Licenciado en Filosofía y en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma
- Doctor en Teología Moral y Bioética por la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Teología Moral General y Especial y de Bioética en la Facultad de Teología y de Bioética de la Universidad Reina de los Apóstoles de Roma
- Profesor de Bioética por 4 años en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Nepi en Viterbo, Italia
- Párroco de la Iglesia de Sta. María Goretti y de San Francisco de Asís en la Diócesis suburbicaria de Porto Santa Rufina por 14 años
- Responsable del Archivo del Dicasterio de los Obispos en la Ciudad del Vaticano por 16 años bajo la Prefectura de los Cardenales Gaetano Confalonieri, Sebastiano Baggio y Bernardin Gantin

Contacto:

Gabriela Sordo

Asistente General y Coordinadora de Programas Nacionales

Centro Sacerdotal Logos

logos@caesc.com

(55) 55.20.54.11

(55) 55.20.55.85

Cel: (55)17298670

www.centrologos.org

Síguenos:

Centro Sacerdotal Logos

Acueducto Río Hondo 218, Lomas de Virreyes C.P. 11000, Ciudad de México

Ante la tragedia del coronavirus



P. Fernando Pascual, L.C.
Doctor en Filosofía,
Licenciado en Teología

El mundo ha visto difundirse rápidamente lo que primero era una epidemia y luego se convirtió en pandemia; un fenómeno que ha dejado perplejos a muchos y que ha encendido el miedo y la angustia en millones de corazones.

Lo que al inicio de 2020 parecía ser una infección importante debida a un desconocido coronavirus en una zona de China, en unos meses ha llegado a casi todos los países y provocado miles y miles de muertes.

Con el pasar de los días, muchas personas empezaban a tocar la situación de cerca, al ver cómo un familiar, un amigo, un compañero de trabajo, se había contagiado con el terrible Covid-19.

También entre los sacerdotes, los religiosos, los agentes de pastoral, la epidemia comenzó a hacer estragos. Una de las regiones más afectadas ha sido la Lombardía (Italia) con varias decenas de sacerdotes fallecidos. En algunos lugares, se enfermaban, a veces también morían, casi todos los miembros de comunidades religiosas.

El avance del virus empezó a crear un colapso de proporciones inimaginables. Primero fueron los hospitales, sorprendidos por la avalancha de enfermos con graves síntomas respiratorios. Luego todo el sistema económico, por cuarentenas colectivas impuestas por

los gobiernos con la esperanza de detener el número de contagiados.

Cientos, miles de agentes sanitarios, los que estaban en la primera línea de la pandemia, se vieron superados ante la gravedad de la situación. Por desgracia, muchos de ellos contrajeron el virus, y las noticias de médicos y enfermeros que fallecían empezaron a asustar más y más a la opinión pública.

Las religiones quedaron afectadas ante una pandemia incontrolada. Por decisión de las autoridades, o como algo autónomo desde el sentido de la responsabilidad hacia los fieles y hacia toda la sociedad, diversas confesiones religiosas cancelaron sus actos públicos





de culto para evitar concentraciones de personas que favorecerían la infección.

Todo ello ha generado un impacto social que todavía no alcanzamos a comprender en lo que serán sus efectos inmediatos y futuros. No es fácil vivir días y días encerrados en casa. No es fácil mantener un buen suministro de bienes básicos cuando muchas fábricas cierran. No es fácil entrever lo que será el mundo cuando termine esta tragedia universal.

Para los católicos, la epidemia se convirtió en una especie de “blackout” completo del culto y de muchas actividades pastorales, en tiempos tan importantes para la liturgia como lo son la Cuaresma, la Semana Santa y la Pascua.

Millones de bautizados se vieron privados de la posibilidad de acudir a la Eucaristía. Muchos no podían recibir el perdón de los pecados en la Penitencia. Era triste conocer que miles de enfermos morían aislados, sin el consuelo de los familiares y sin el auxilio de la unción de los enfermos.

Esta situación ha sorprendido al mundo en una época de grandes cambios y de un desarrollo tecnológico sin precedentes, aunque acompañado por terribles

desigualdades, sea entre naciones, sea dentro del mismo territorio.

Basta con pensar en la interdependencia mundial y la globalización, y en el boom de Internet, con el acceso casi inmediato a todo tipo de informaciones, y con una facilidad, antes inimaginable, a las relaciones con otros.

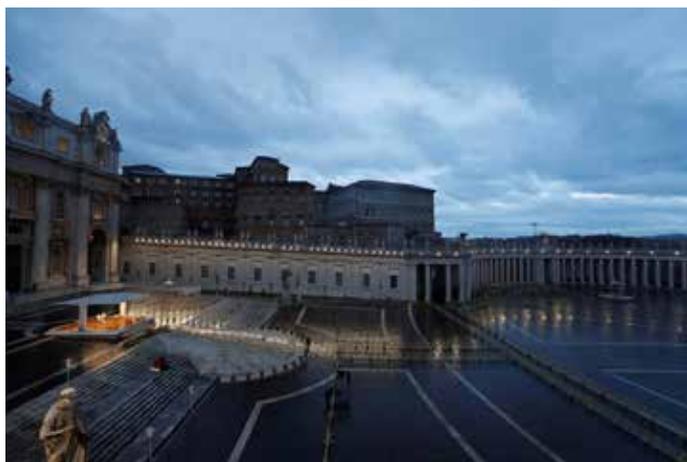
Todo ello no ha impedido que un virus hasta ahora totalmente desconocido para muchos haya alterado por completo la existencia de millones de personas. Ricos y pobres, famosos y desconocidos, políticos y gente de la calle: todos eran vulnerables, todos empezaban a tener miedo.

Las reflexiones y los análisis han sido incontables. Unos temen un colapso económico mundial. Otros esperan que la gente cambie su modo de vivir y así mejore el ambiente del planeta. Otros ven cómo su puesto de trabajo está en peligro.

No faltan voces alarmistas que hablan de la inminente llegada del fin del mundo, que aluden a un “castigo divino” por los pecados de la humanidad, que profetizan la aparición del Anticristo y, después, la llegada triunfante del Señor. Bastaría con recordarles lo que dice el mismo Señor en el Evangelio:

«Entonces, si alguno os dice: “Mirad, el Cristo aquí” “Miradlo allí”, no lo creáis. Pues surgirán falsos cristos y falsos profetas y realizarán señales y prodigios con el propósito de engañar, si fuera posible, a los elegidos. Vosotros, pues, estad sobre aviso; mirad que os lo he predicho todo» (Mc 13,21-23).

Es difícil interpretar y comprender tantas y tantas reacciones, unas más visibles, a través de medios de comunicación, chats, mensajes y videos que giran de



ARTÍCULO ESPECIAL

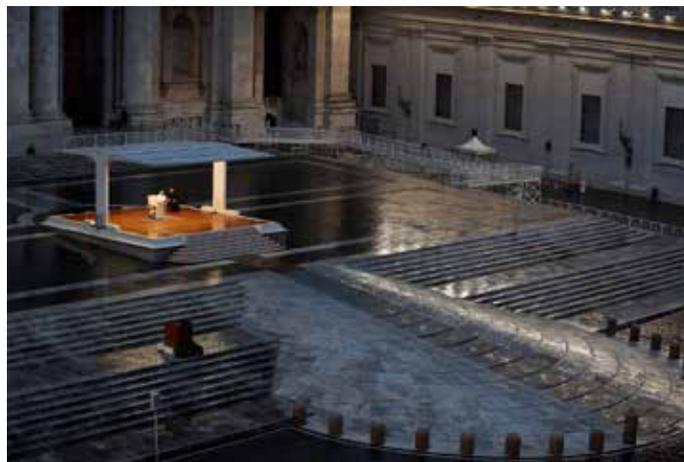
modo viral. Otras familiares, íntimas: esas preguntas que nos hacemos cada día al recibir la noticia de la muerte de un importante artista, de un sacerdote generoso, de un familiar, y al ver las estadísticas, que en algunos lugares suben y suben sin parar.

Frente a este panorama inesperado, sorprendente, las preguntas surgen una y otra vez: ¿por qué ha ocurrido esto? ¿Pudo haberse evitado, hay responsables? ¿Cómo es posible que la tecnología no encuentre vacunas y medicinas? ¿Dónde han ido a parar los impuestos que debían garantizar un buen sistema de hospitales? ¿Cuándo terminará esto? ¿Qué pasará si explota la epidemia en inmensos territorios que hasta ahora no han sufrido esta catástrofe?

Los creyentes también nos hacemos preguntas: ¿cómo conciliar todo esto con la existencia de un Padre bueno y misericordioso? ¿Qué podemos hacer para nutrir la esperanza? ¿Cómo vivir nuestra fe cuando resulta imposible recibir los sacramentos? ¿Es posible avivar la caridad, hasta llegar, si la situación lo exige, al servicio heroico de nuestros hermanos?

La presente situación, como tantas otras situaciones humanas, puede encontrar su sentido completo a la luz del Evangelio. Numerosos textos, intervenciones, discursos, pronunciamientos que proceden desde el Papa hasta simples bautizados, han intentado ofrecer consejos y pistas para comprender lo que nos pasa.

Seguramente conocemos textos o grabaciones con buenas explicaciones teológicas y pastorales de lo que estamos viviendo. A mí me ha impresionado, de modo especial, la carta del 15 de marzo de 2020 del P. Mauro-Giuseppe Lepori, abad general de la Orden Cistercienses (cf. el texto en español en <http://www.ocist.org/ocist/images/pdf/ESepidemia.pdf>), con su riqueza teológica y su profunda espiritualidad.



Ante todo lo que ocurre, sentimos una invitación fuerte a leer los Salmos, a recurrir a los Padres de la Iglesia y a tantos escritores y maestros de la vida espiritual que nos ayudan a comprender mejor el sentido del dolor humano y la contingencia del mundo presente, y nos abren a la esperanza del mundo futuro.

Especialmente en estos días, con tanto tiempo disponible, recibiremos mucha luz si volvemos a leer y meditar la encíclica "Spe salvi" del Papa Benedicto XVI sobre la esperanza; o tantos textos del Papa Francisco sobre la misericordia divina y la alegría del Evangelio.

Junto al acceso a documentos, textos y videos, nos sentimos alentados al conocer el testimonio de hombres y mujeres que ofrecen sus sufrimientos, que se entregan al servicio del prójimo, que sienten en este enorme drama una invitación especial de Dios para convertirse y creer en el Evangelio. Son iconos vivos que llegan más a fondo del corazón, un corazón que en ocasiones como ésta recibe más ayuda de los testigos que de los maestros (evocando la famosa frase de San Pablo VI).

A muchos de nosotros, como sacerdotes, religiosos, agentes de pastoral, nos toca vivir un apostolado en el silencio, sin misiones, sin catequesis, sin ceremonias. Tal vez eso crea una extraña sensación de impotencia, incluso de fracaso: quisiéramos hacer tantas cosas, cuando lo



Este enorme drama humano, cuyo final todavía no aparece en el horizonte, y que está unido a muchos otros dramas tantas veces olvidados, nos invita a levantar los ojos y el corazón para descubrir que, pase lo que pase, Dios es Padre.

En el horizonte de la Pascua descubrimos el sentido de todo dolor humano: si nos unimos a Cristo que muere y se entrega libremente, por amor al Padre y a cada uno de los hombres del planeta, participamos de Su entrega en el Calvario para también participar, plenamente, en su victoria, en su Resurrección definitiva y eterna...

que se nos pide es quedarnos encerrados en casa, en cuarentena, para no difundir el virus...

Gracias a un sano espíritu de iniciativa, muchos sacerdotes y religiosos se han lanzado al mundo de las redes sociales para hacerse presentes y cercanos a quienes están enfermos, o encerrados, o confundidos. Algunos, heroicamente, y con todas las precauciones sanitarias necesarias en estos casos, apoyan en la atención directa en los hospitales.

Todos podemos hacer mucho con la oración, con la escucha, con la cercanía espiritual, con el abandono en Dios. Imitamos así, en cierto modo, aquel modo de hacerse presentes en el mundo propio de los ermitaños, de los contemplativos y las contemplativas, de los enfermos que ofrecen su "inutilidad" como sacrificio propiciatorio por los hermanos y que hacen descender las bendiciones de Dios para este mundo tan herido.

Como explica en algunas de sus conferencias y escritos el P. Amadeo Cencini, conocido sacerdote italiano, toda situación humana puede ser ocasión de un encuentro con Dios, puede llevar a configurar nuestra mente, nuestra sensibilidad, con el misterio de Cristo. Lo cual vale también para el coronavirus.



El sacerdote, hombre que construye la paz



† **Mons. Carlos Garfias Merlos**
Arzobispo de Morelia
Vicepresidente de la CEM

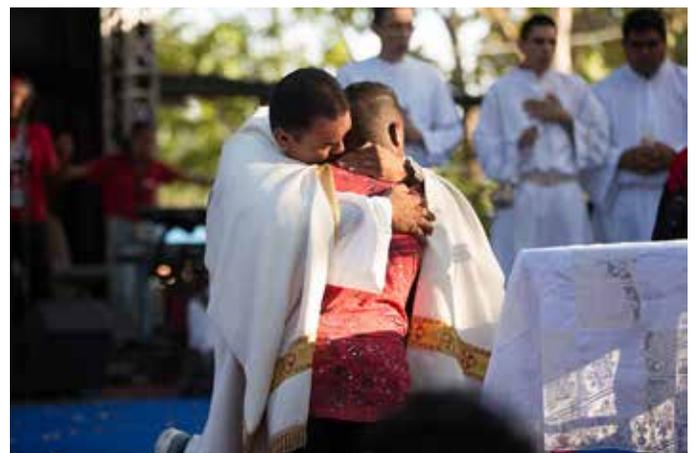
Queridos sacerdotes, les saludo a todos con mucho cariño, en Cristo nuestra Paz.

Como ustedes saben y muchos de ustedes lo viven, la violencia en México lamentablemente está alcanzando niveles inimaginables y la sociedad, en general, se encuentra como en un marasmo anímico y una parálisis moral, desconcertada y desorientada, por lo inédito de la situación. Sin embargo, para quienes somos hombres y mujeres de fe, sabemos que aun cuando nos vemos sumergidos en la oscuridad del dolor, para nosotros siempre brilla la luz pascual del Señor, que disipa las tinieblas del sufrimiento humano y da sentido al mismo, indicando el camino hacia la resurrección.

Como sacerdotes de Cristo, necesitamos ser promotores de la paz en medio de nuestras comunidades de fe; es urgente tener un plan de evangelización con el eje transversal de construir la paz, que atienda a las víctimas como los primeros que tienen que recibir acompañamiento, consuelo, fortaleza y esperanza, y proporcione una manera práctica para vivir el perdón y la reconciliación, ofrecida a través de centros de escucha a víctimas de la violencia, centros de jóvenes por la paz, programas de autoayuda a mujeres víctimas de la violencia, sembradores de paz con los niños y adolescentes de las catequesis, hombres nuevos, familias fuertes y sin golpes a través de la pastoral

familiar, además de la formación permanente de nosotros los sacerdotes, para ser constructores de paz: capaces de consolar, capaces de dar esperanza, capaces de acompañar a las personas en medio de la violencia y las injusticias, entre muchas otras acciones.

Es en Cristo, El Señor, nuestra Paz, y en su Evangelio de gracia, de vida, de justicia y de paz que encontraremos la brújula, la inspiración y la fuerza, para salir de esta situación de inmovilidad y comenzar a caminar, guiados por esa luz tenue pero inextinguible de la fe; comencemos a construir, lenta pero inexorablemente, la nueva Iglesia y sociedad que soñamos para nuestro país. Es un proceso pausado, gradual, sostenido, pero, así lo creemos, imparable porque es portador de las semillas,





de los valores y principios del Evangelio.

Como sacerdotes, renovemos con espíritu de corresponsabilidad las tareas que nos tocan como pastores para generar cambios profundos en la sociedad, que aseguren condiciones de vida favorables para la justicia, la solidaridad y la paz.

Las tareas que tocan cumplir a los sacerdotes, desde la Iglesia, en el acompañamiento pastoral y espiritual a las personas, las familias y las comunidades afectadas por la violencia van orientadas al orden y al empeño de ayudarles a que sean capaces de sobreponerse desde la fe y de recibir consuelo. Ayudar a las víctimas y a sus familiares a recuperar el sentido de vida, el sentido del auto-valor y la capacidad para la convivencia común. También estamos llamados a alentar la esperanza que se desprende del encuentro con Dios, para que la gente no se aíse ni se resigne a la violencia, sino más bien se incorpore activamente a proyectos y acciones de construcción de la paz

Ejes para promover una cultura de paz.

Como sacerdotes podemos abonar a la construcción de la paz con estas cinco acciones para atender de manera concreta al debilitamiento del sentido de Dios y del hermano, de la vida comunitaria y del compromiso

ciudadano.¹

a) Oración por la Paz

Acciones concretas que podemos implementar son: la Eucaristía por la paz; el Rosario por la paz; la Hora Santa por la paz; procesiones por la paz y las víctimas de la violencia; los Espacios Sagrados por las Víctimas de las Violencias, etc... Promover e impulsar toda forma posible de oración por la paz.

b) Fomentar ambientes, lenguajes y expresiones relacionadas con la paz, como una manera de iniciar un compromiso de Educar para la paz.

Acciones concretas que podemos realizar: buscar y crear espacios en las parroquias y en nuestras comunidades de fe para la formación integral de las personas; asumir en toda la praxis pastoral una nueva metodología que toque las diferentes dimensiones de la persona humana: física, espiritual, emocional, intelectual y psicológica; llevar a cabo Jornadas de Formación Técnica en Respuesta a la Crisis; ofrecer la Formación de los y las Catequistas como Constructoras de Paz; impulsar desde la Pastoral Familiar, una verdadera educación para la paz a las nuevas generaciones; así como la educación para la justicia y la paz de los jóvenes desde la Pastoral Juvenil.

c) Crear vínculos y estrategias eclesiales y sociales para la construcción de La Paz, fomentando el diálogo social

Crear plataformas eclesiales y sociales, así como la participación de la sociedad civil en el proceso de construcción de la paz, es insustituible e impostergable. La situación de crisis de inseguridad y de violencia no es sólo competencia del Estado, sino de toda la sociedad, que asumiendo con responsabilidad las tareas que le son propias, busca y crea condiciones propias para la

¹ Tomado del Proyecto Nacional de Construcción de Paz, CEM.



DIMENSIÓN HUMANA

paz. Establecer diálogo y formas precisas de vinculación con la sociedad, las autoridades, las organizaciones e instituciones.

d) **La Formación Permanente del Presbiterio para la Construcción de la Paz**

Desde el "Plan de Formación Permanente del Presbiterio", los sacerdotes entenderemos que tenemos un papel relevante en las comunidades y que por ello tenemos una responsabilidad pastoral y social que cumplir en torno a los sufrimientos y las aspiraciones de la gente. Las acciones que podemos implementar en este eje de construcción de paz son: Cursos y Talleres de Capacitación en Intervención en Crisis y Acompañamiento integral a Víctimas de la Violencia; Ejercicios Espirituales de Sanación y Reconciliación; La Pastoral del Consuelo y de la Esperanza; participación en el Diplomado para la Paz y Resolución de Conflictos, y otras formas de capacitación y acompañamiento sacerdotal.

e) **Atención Integral a las Víctimas de la Violencia**

Cuando las personas o las familias son golpeadas por algunas de las formas de violencia más agresivas, se encuentran en una situación de indefensión y alta vulnerabilidad, que puede derivar hasta en una situación de terror y de encerramiento. En estas situaciones se requiere una gran capacidad para acercarse a las víctimas y para ayudarles a superarlas con los recursos de que disponen. Estamos ciertos de que se puede evitar un daño mayor en las personas y en las familias con el debido

acompañamiento integral, según se puedan disponer de herramientas y de acuerdo a sus necesidades. Busquemos ofrecer recursos espirituales y pastorales para que estas personas y familias en situación de mucho dolor puedan recibir el acompañamiento que requieren. El recurso de una comunidad cristiana que acoge y acompaña en la fe suele ser de mucho valor, lo mismo que el recurso de la palabra de Dios que anima, consuela y alienta la esperanza en las situaciones difíciles. Capacitémonos para escuchar, generando una relación de confianza y de apoyo moral y espiritual, de manera que podamos reducir al máximo los efectos de la violencia en las personas, en las familias y en las comunidades.

Algunas actividades que nos pueden ayudar en esta línea son: Jornadas de Formación y Capacitación; Talleres para el Acompañamiento Integral y de Escucha Empática; Talleres de Primeros Auxilios Psicológicos; Dirección y Acompañamiento Espiritual a Personas Víctimas de Violencias; la creación y funcionamiento de Centros de Escucha en Parroquias focalizadas como de alto riesgo; integración de Equipos Interdisciplinarios y Multidisciplinarios en las Parroquias y la Diócesis para animar el proceso; toda forma de capacitación y acompañamiento será oportuna.

Comprometidos con nuestro Dios y con nuestros hermanos.

Queridos sacerdotes, la construcción de la paz necesita de todos nosotros; es fundamental, que nuestros programas, acciones y subsidios tengan en cuenta que en la formación de las personas se vivan experiencias de paz y sean constructivas para la persona misma, con el medio ambiente, con las otras personas y con Dios. Tengamos presente que la persona es el sujeto a quien se debe ofrecer las condiciones para que sea capaz de manejar consciente, intencional y libremente todos sus recursos personales para la construcción de la paz.

Como sacerdotes tenemos la misión urgente y trascendental de la construcción de la paz; nos corresponde llevarla a cabo con y a todos los actores sociales. El Proyecto de Construcción de la Paz es una experiencia que debe continuar enriqueciéndose y replicarse en todas las diócesis del país. Construir la paz





DIMENSIÓN HUMANA



es humanizarnos y vencer la cultura de la muerte.

Es necesario seguir enseñando a los hombres a amarse y educarse para la paz, y a vivir con benevolencia, más que con simple tolerancia. Pensamientos, palabras y gestos de paz crean una mentalidad y una cultura de la paz, una atmósfera de respeto, honestidad y cordialidad.

Como consagrados promovamos valores, actitudes y comportamientos que propicien en la ciudadanía una cultura de paz generando espacios de convivencia y encuentro entre las personas que fortalezcan lazos de comunidad y acción ciudadana, y fortaleciendo el capital social de organizaciones, instituciones y sociedad civil que impulsan proyectos y acciones a favor de la paz, con la finalidad de potenciar las condiciones para promover redes de apoyo que faciliten la reconstrucción del tejido social.



El sacerdote, llamado al servicio de los demás: ¿debe cuidarse a sí mismo?



Mtra. Psic. Claudia Tarasco Michel
Maestra en Psicología

“Aunque esta misión nos exija una entrega generosa, sería un error considerarla como una heroica tarea personal, debido a que ella es, primariamente y por encima de todo lo que podamos sondear y comprender, una obra de Dios. Jesús es el ‘primero y el mayor evangelizador’ y, por tanto, se debe manifestar siempre que la iniciativa pertenece a Dios”.

(Papa Francisco, Evangelii gaudium, 2013).

Tomando conciencia que la vocación sacerdotal es un llamado de Dios (como toda vocación) para darle gloria a Él, anunciar Su Buena Nueva, administrar sus sacramentos y llevar Su Presencia a los demás..., el sacerdote, en la generosa respuesta de su “sí”, ha de sacrificarse mucho, en diversas áreas. Es un instrumento del Espíritu Santo, y será asistido con la gracia de estado. Así mismo es muy importante que, en una actitud de profunda humildad, no pierda de vista que es una persona humana, limitada y falible. Y que ha de cuidarse en todas las áreas, precisamente para ser lo más dócil posible, de tal forma que la acción del Espíritu Santo se manifieste eficazmente a través suyo.

De aquí surge la necesidad de tener una **actitud de autocuidado**.

DEFINICIÓN:

“Los sacerdotes pueden desarrollar capacidades de auto-cuidado y aprender a mantener el equilibrio en sus vidas. Para eso, necesitan asumir la responsabilidad de su propio bienestar, como un camino a seguir; aun así, este compromiso personal puede ser más difícil que la fidelidad a los compromisos con los demás.”.

(Dra. Jeannine Guindon, en Mezerville, 1999)

La idea del auto-cuidado, como una actividad deliberada, comprende cuatro procesos básicos de estructuración:

- 1. Auto-percepción (significados):** La persona crea conciencia de que necesita alguna forma de cambio. Toma de conciencia de sus necesidades.
- 2. Auto-regulación:** Desarrollo de sus capacidades vitales (“empoderamiento”).*
- 3. Toma de decisiones:** La persona toma la decisión de seguir una forma particular de actividad.
- 4. Prácticas de auto-cuidado:** La persona ejecuta las decisiones tomadas.

*El factor de poder (capacidad) depende de la capacidad intelectual, del estado emocional, del estado psicológico



y de los factores sociales y económicos de la persona.

Cuando obtenemos la información necesaria para el cuidado de uno mismo y tomamos la decisión de poner ese conocimiento en práctica, entonces el auto-cuidado se convierte en actos de vida y la persona en sujeto de sus propias acciones. Es un proceso voluntario del individuo para consigo mismo. Las prácticas del auto-cuidado son destrezas aprendidas

Vulnerabilidad:

La razón del ser del auto-cuidado es la vulnerabilidad humana.

Necesitamos tener conciencia de la propia fragilidad para poder cuidar la vida y la salud.

Aceptar la vulnerabilidad común a toda la humanidad, y en concreto en la propia persona, en todas nuestras áreas: ontológica, somática, psicológica y espiritual.

“Lo más difícil es aceptarse a sí mismo tan pobre como uno es”. (Carl Jung).

El auto-cuidado resulta entonces de la doble conciencia de que:

- A) Somos creaturas de Dios, hijos Suyos, y templos del Espíritu Santo. ¡Y todo ello amerita cuidarse!

“¿Acaso no saben que son templo de Dios y que el Espíritu de Dios mora en ustedes?” (1 Cor. 6:16).

- B) La conciencia de que esta gracia está contenida en ‘vasijas de barro’. Todos los seres humanos somos vulnerables, y requerimos cuidarnos.

Somos responsables de cuidarnos como creaturas de Dios, creados a Su Imagen y Semejanza (Gen.1, 26). Y tanto más como sus hijos adoptivos; máxime como sus representantes en el ministerio sacerdotal.

Hay 4 áreas principales que el sacerdote ha de cuidar en

su persona humana.

1.- AUTOCUIDADO: LA DIMENSIÓN FÍSICA

La salud a nivel físico incluye buscar procurar tener buenos hábitos de alimentación, de sueño y descanso, de ejercicio físico, y de sano esparcimiento.

Estar con un perfecto estado de salud debería de ser el estado natural de los seres humanos. La OMS define la salud como un completo estado de bienestar físico, psicológico y espiritual, y no solamente la ausencia de enfermedades.

“Debemos tener un razonable cuidado de la salud física, la propia y la de los demás, evitando siempre el culto al cuerpo y toda clase de excesos. Deben evitarse, además, el uso de estupefacientes, el abuso de los alimentos, del alcohol, del fumado y de los medicamentos...”

(Catecismo de la Iglesia Católica #2228-2291)

El auto-cuidado es una función inherente al ser humano e indispensable para la vida. Ser cuidadoso significa poner atención, estima y sentido de responsabilidad en todo lo que se hace. Desarrollar el sentido de que todo





DIMENSIÓN HUMANA



es santo.

“Necesidad de proporcionar a todas las personas las herramientas necesarias para mejorar la salud y ejercer control sobre ella” (OMS, 1983).

“Cuidar es una interacción humana de carácter interpersonal, intencional, única, que se sucede en un contexto sociocultural, tiene un fin determinado y que refuerza o reafirma la dignidad humana” (Pinzón, 2000).

Para cuidar la vida y la salud se necesita desarrollar habilidades personales que permitan optar por decisiones saludables. Para guardar este equilibrio de salud, es indispensable que se tengan espacios y disciplina para hacer deporte formal, al menos dos a tres veces por semana. Puede ser caminar a buena velocidad, correr, gimnasia en el propio cuarto... y mejor aún, actividades al aire libre. Si además se pudiera realizar una actividad deportiva con algún compañero se cuidaría también el área relacional y de pertenencia. Para toda persona el ejercicio físico es muy saludable; pero para los varones, de cualquier edad, el deporte es VITAL. Ya los griegos lo expresaron sabiamente: “mente sana, en cuerpo sano.” Esta ‘mente sana’ incluye el área intelectual y volitiva, y también la esfera espiritual. Estas habilidades son las que determinan el estilo de vida de las personas.

2.-AUTOCUIDADO EMOCIONAL

La **persona madura** es aquella que en un momento determinado de su vida va desarrollando un **sano sentido de identidad**, un **cálido sentido de pertenencia** y fraternidad con sus semejantes, y un **sólido sentido de misión** como significado último de su existencia.

A partir de la idea de que la **salud mental** se define como la capacidad del individuo de ajustarse a su mundo, este ajuste debe realizarse en tres dimensiones específicas:

- 1) Consigno mismo, lo que corresponde a su autoestima. Mundo interior (identidad).
- 2) Con los demás, particularmente en lo que se refiere a su capacidad de dar y recibir

afecto con las personas que le resultan más significativas. Hace alusión al mundo

interpersonal /relacional (intimidad).

- 3) Con la vida, en cuanto al enfrentamiento de las demandas, las necesidades y los problemas que le plantea la existencia y vocación; es decir, a su capacidad de adaptación al estrés. Es ‘un ser en misión’, que alude al mundo de alrededor (creatividad).

Las emociones son estados de ánimo producidos por los sentidos, ideas, recuerdos etc. Son impulsos y mecanismos que nos ayudan: a reaccionar con rapidez; a tomar decisiones rápidamente; a comunicarnos de forma no verbal; a pensar y sentir, forman una unidad inseparable. El reconocimiento de las emociones es la clave para la competencia emocional, para la autorregulación.

El sufrimiento es parte de nuestra vida. La vida siempre



nos herirá. Reconciliarnos con nuestras heridas.

En Cristo, convertir nuestras heridas es fuente de salvación. Si aceptamos nuestras heridas, jamás podrán paralizarnos. Las heridas nos permiten ser más sensibles. El sufrimiento nos hace más maduros y creíbles.

AUTOESTIMA

“La autoestima es la percepción valorativa y confiada de sí mismo, que motiva a la persona a manejarse con propiedad, a manifestarse con autonomía y a proyectarse satisfactoriamente en la vida” (Gaston de Mézerville, 1999).

En el balance diario se sugiere revisar el Amor de Dios durante el día, aceptando con sencillez éxitos y fracasos, fidelidades e infidelidades, y todo ello ofrecerlo a la Misericordia de Dios Padre.

3.-AUTOCUIDADO DE LA MENTE

“Los exhorto, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, a que se ofrezcan a ustedes mismos como un sacrificio vivo, santo, agradable a Dios: tal será su culto espiritual. Y no se acomoden al mundo presente, antes bien transfórmense mediante la renovación de su mente, de forma que puedan distinguir cuál es la voluntad de Dios: lo bueno, lo agradable, lo perfecto” (Rom. 12, 1-2).

Prevención del deterioro cognitivo y promoción de las capacidades intelectuales: Es posible Re-organizar al cerebro a través de los pensamientos y de la actividad física: neuro-plasticidad. El pensamiento (oración y meditación), el aprendizaje y la acción pueden activar o desactivar nuestros genes.

La actividad mental repetida de meditar cambia el funcionamiento cerebral, activa ciertos genes para producir proteínas que cambian la estructura de las neuronas y aumentan el número de conexiones sinápticas.



La meditación sobre el amor incondicional, la bondad y la compasión: el cerebro genera ondas gama, las que intervienen en procesos superiores como la percepción y la consciencia.

El autocuidado intelectual, ha de incluir saber elegir aquellas lecturas y contenidos virtuales varios que sean sanos; que sean congruentes al estado propio de vida. Elegir lo que aporte y fortalezca su vocación; y rechazar aquello que la ponga en riesgo.

“Si tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo, y arrójalo de ti ...” (Mt 5,27-32).

LA VOLUNTAD

Es una facultad superior y exclusiva del ser humano. Al tomar conciencia de nuestras necesidades, de nuestros recursos y fortalezas, toma de decisiones, ejecutar, poner en práctica las decisiones tomadas, según la voluntad de Dios. Si deseamos tener un mañana diferente al hoy, debemos de empezar a hacer las cosas de diferente manera hoy.

4.- AUTOCUIDADO DEL ESPÍRITU

CRECIMIENTO ESPIRITUAL A TRAVÉS DEL AUTOCONOCIMIENTO

“Si deseas conocer a Dios aprende primero a conocerte



DIMENSIÓN HUMANA

a ti mismo" (Evagrio Póntico).

Espiritualidad desde abajo:

El hombre no puede llegar a su propia verdad si no es por el propio conocimiento. Camino hacia nuestro yo y hacia Dios descendiendo a nuestra propia verdad.

Es un diálogo con nuestros pensamientos, sentimientos, traumas, heridas, enfermedades... (Parábola del fariseo y del publicano).

Implica alcanzar la virtud de la humildad, para lograr la reconciliación con nuestro ser terrenal, valor para aceptar nuestra propia verdad, nuestra humanidad.

En la espiritualidad desde abajo no se trata sólo de prestar atención a la voz de Dios que me habla por mis pensamientos, sentimientos, inclinaciones y enfermedades para llegar por su medio al descubrimiento de la imagen que Dios se ha formado de mí, sino de buscar también abrirse a la relación personal con Dios en el punto preciso en que se agotan y cierran todas las posibilidades humanas.

Nuestras heridas:

Todos tenemos cicatrices y marcas de los golpes de la vida. Si tomamos la actitud madura y evangélica, por medio de ellas podemos descubrir nuestro verdadero yo, pues dejan al descubierto nuestra verdadera realidad. Nuestra espiritualidad debe de presuponer la reconciliación con nuestras heridas. Humildad, sanación, perdón, reconciliación.

Consejos para vivir la Fraternidad:

- Sobrellevarse unos a otros con amor (límites).
- No imponer rigurosas exigencias a los demás.
- Aceptar al otro tal como es.
- Escuchar con amor y compasión (empatía).
- Practicar el amor misericordioso y el respeto (confidencialidad).

Ver las debilidades del otro con ojos indulgentes para

que sea posible la convivencia.

Vida en comunidad

Se necesita crear una estructura de pertenencia que cambie el aislamiento en conexión

y cuidado. El aislamiento ocurre por las características de nuestra cultura occidental: el individualismo, la atención hacia adentro en nuestras instituciones y los mensajes que recibimos (Medios de Comunicación), lo que nos lleva a fragmentarnos, a quebrarnos en piezas. Cada uno trabaja duro para su propio propósito.

Vivir en comunidad ofrece la promesa de pertenencia y llamado. Reconocer nuestra interdependencia.

De esta forma, la vida en comunidad podrá ser más sencilla y armónica, conforme a un verdadero espíritu evangélico.

Nivel Eclesiástico:

-Asegurar a los seminaristas y sacerdotes las condiciones mínimas de resguardo de la integridad personal en el cumplimiento de su misión; que incluyen un espacio físico personal y privado digno.

-Establecer relaciones de autoridad saludables basadas en el respeto y el apoyo.





DIMENSIÓN HUMANA



3-Evangelii Gaudium: exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual. Nov.24, 2013. Papa Francisco.

4-Mézerville, Gaston. Madurez Sacerdotal y Religiosa. Co-Ed. Celam /San Pablo, 1999.

-Entrenamiento en cuanto a habilidades para solución de problemas.

-Técnicas cognitivo-conductuales para reestructuración de pensamientos.

-Promover espacios de desahogo y supervisión entre los seminaristas y sacerdotes, así como con profesionales de apoyo.

-Promover la creación de grupos de trabajo y alentar la resolución de conflictos mediante espacios protegidos de confianza.

Saber cuidarse a sí mismo es condición indispensable para poder ayudar eficazmente a los demás.

"Llevamos este tesoro en vasijas de barro"
(2Cor.4,7)

"Para hacer que una lámpara esté siempre encendida, no debemos dejar de ponerle aceite".
Madre Teresa de Calcuta.

BIBLIOGRAFÍA:

1-Biblia de Jerusalén.

2-Catecismo de la Iglesia Católica, 1997.



La cruz en la vida del sacerdote



P. Félix Castro Morales

Doctor en Teología Espiritual
Rector del Seminario de Irapuato

Hoy en día solemos buscar la felicidad en la ausencia de sufrimiento, en el placer o el poder. No obstante, incluso la experiencia demuestra que esa búsqueda desenfrenada de bienestar conduce a un vacío que sólo el amor, manifestado en la Cruz, puede rellenar. Todo cristiano, pero ante todo el sacerdote, ha de dejar que la Cruz "interprete" su vocación y misión, ha de ver su vida de presbítero a la luz de la Cruz.

San Pablo resumía el Evangelio como la predicación de la cruz (1Cor 1,17-18). Por eso los grandes misioneros han predicado el Evangelio con el crucifijo en la mano: "Así, mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan sabiduría, nosotros predicamos a un Cristo crucificado: escándalo para los judíos (porque para ellos era un símbolo maldito), necedad para los gentiles (porque para ellos era señal de fracaso), más para los llamados, Cristo es fuerza de Dios y sabiduría de Dios".

Por esto, el *Papa Benedicto XVI* decía el 7 de mayo de 2006 que "el único camino para subir legítimamente hacia el ministerio de pastor es la cruz. Esta es la verdadera subida, esta es la verdadera puerta. No desear llegar a ser alguien, sino, por el contrario, ser para los demás, para Cristo, y así, mediante él y con él, ser para los hombres que él busca, que él quiere conducir por el camino de la vida.

Se entra en el sacerdocio a través del sacramento; y esto significa precisamente: a través de la entrega a Cristo, para que él disponga de mí; para que yo lo sirva

y siga su llamada, como discípulo para transfigurarme en Él. "Entrar por la puerta, que es Cristo, quiere decir conocerlo y amarlo cada vez más, para que nuestra voluntad se una a la suya y nuestro actuar llegue a ser uno con su actuar."

Jesús es el buen pastor que da su vida por las ovejas. El misterio de la cruz está en el centro del servicio de Jesús como pastor: es el gran servicio que él nos presta a todos nosotros. Se entrega a sí mismo cada día en la Eucaristía, se da a sí mismo mediante las manos del sacerdote. Por eso, "en el centro de la vida sacerdotal está la sagrada Eucaristía, en la que el sacrificio de Jesús en la cruz está siempre realmente presente entre nosotros".

Cuando el sacerdote celebra la Eucaristía se





encuentra con el Señor, “que por nosotros se despoja de su gloria divina, se deja humillar hasta la muerte en la cruz y así se entrega a cada uno de nosotros. Es muy importante para el sacerdote la Eucaristía diaria, en la que se expone siempre de nuevo a este misterio; se pone siempre de nuevo así mismo en las manos de Dios, experimentando al mismo tiempo la alegría de saber que él está presente; me acoge, me levanta y me lleva siempre de nuevo, me da la mano, se da a sí mismo”.

La Eucaristía debe llegar a ser para el sacerdote una escuela de vida, en la que ha de aprender a entregar su vida. “La vida no se da sólo en el momento de la muerte, y tampoco solamente en el modo del martirio. Debemos darla día a día. Debo aprender día a día que yo no poseo mi vida para mí mismo. Día a día debo aprender a desprenderme de mí mismo, a estar a disposición del Señor para lo que necesite de mí en cada momento, aunque otras cosas me parezcan más bellas y más importantes. Dar la vida, no tomarla (...)”.

El sacerdote no puede pensar la vida sacerdotal fuera de este camino. Siempre está este camino que Él ha hecho antes: el camino de la humildad, el camino también de la humillación, de negarse a uno mismo y después resurgir de nuevo. La vida del sacerdote “sin cruz no es cristiana; y si la cruz es una cruz sin Jesús, no es cristiana. El estilo cristiano es tomar la cruz con Jesús e ir adelante. No sin cruz, no sin Jesús”, dice el Papa Francisco.

“Jesús ha dado el ejemplo, y aún siendo igual a Dios se humilló a sí mismo, y se ha hecho siervo por nosotros. Este estilo de vida nos salvará, nos dará alegría y nos hará fecundos, porque este camino de negarse a sí mismo es para dar vida, es contra el camino del egoísmo, de estar apegado a todos los bienes sólo para sí... Este camino es abierto a los otros, porque ese camino que ha hecho Jesús, de anulamiento, ese camino ha sido para dar vida”. Ante todo, el estilo de vida del presbítero ha de ser precisamente este estilo de humildad, de dulzura, de mansedumbre. Quien quiere salvar la propia vida, la perderá, porque si el grano de trigo no muere, no puede dar fruto.

Por consiguiente, la única entrada legítima hacia el ministerio del pastor es la cruz. No desear ser personalmente alguien, sino ser para el otro, para Cristo, y así, mediante Él y con Él, ser para los hombres que Él busca, que Él quiere conducir por el camino de la vida. Se entra en el sacerdocio a través del Sacramento: a través de la donación total de sí mismo a Cristo para que yo lo sirva y siga su llamado, incluso si tuviera que estar en contraste con mis deseos de autorrealización y de estima”.

El sacerdote, por la ordenación, es introducido en el misterio del sacrificio de Cristo, con una unión personal a él, para prolongar su misión salvífica. “Esta unión, que tiene lugar gracias al sacramento del Orden, pide hacerse «cada vez más estrecha» por la generosa correspondencia del sacerdote mismo. En efecto, en el momento de la unción crismal, el celebrante dice: «Jesucristo, el Señor, a quien el Padre ungió con la fuerza del Espíritu Santo, te auxilie para santificar al pueblo cristiano y para ofrecer a Dios el sacrificio». Y después, en la entrega del pan y el vino: «Recibe la ofrenda del pueblo santo para presentarla a Dios en el sacrificio eucarístico. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras, y conforma tu vida con el misterio de la cruz de Cristo Señor». Resalta con fuerza que, para el sacerdote, celebrar cada día la santa misa no significa proceder a una función ritual, sino cumplir una misión que involucra entera y profundamente la existencia, en



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

comunión con Cristo resucitado, Quien, en su Iglesia, sigue realizando el sacrificio redentor” (Benedicto XVI, abril de 2006).

En efecto, el presbítero está llamado a vivir en sí mismo lo que experimentó Jesús en primera persona; esto es, entregarse plenamente a la predicación y a la sanación del hombre de todo mal, de cuerpo y espíritu; y después, al final, resumir todo en el gesto supremo de «dar la vida» por los hombres, gesto que halla su expresión sacramental en la Eucaristía, memorial perpetuo de la Pascua de Jesús. Es sólo a través de esta «puerta» del sacrificio pascual por donde los hombres y las mujeres de todo tiempo y lugar pueden entrar a la vida eterna; es a través de esta «vía santa» como pueden cumplir el éxodo que les conduce a la «tierra prometida» de la verdadera libertad, a las «verdes praderas» de la paz y de la alegría sin fin (cf. *Jn 10, 7. 9; Sal 77, 14. 20-21; Sal 23, 2*).

Es bueno que recordemos la cruz en la vida de san Jun Pablo II, como dice el Papa Francisco: “La diferencia entre los héroes y los santos es el testimonio, la imitación de Jesucristo. Ir por el camino de Jesucristo, el de la cruz. Muchos santos acabaron tan humildemente. ¡Los grandes santos! Pienso en los últimos días de San Juan Pablo II... Todos lo vimos. No podía ni hablar, el gran atleta de Dios; el gran guerrero de Dios acaba así, destrozado por la enfermedad, humillado como Jesús. Ese es el recorrido de la santidad de los grandes. Y también es el camino de nuestra santidad. Si no nos dejamos convertir el corazón por esa senda de Jesús — llevar la cruz todos los días, la cruz ordinaria, la cruz sencilla — y dejar que Jesús crezca; si no vamos por ese camino, no seremos santos. Pero si vamos por esa vía, todos daremos testimonio de Jesucristo, que nos quiere tanto. Y daremos testimonio de que, aunque seamos pecadores, la Iglesia es santa. Es la esposa de Jesús”.

Por consiguiente, cuando el peso de la cruz se haga más duro, no podemos olvidar que esa es la hora más preciosa para nosotros sacerdotes y para las personas a nosotros encomendadas; renovando con fe



y amor nuestro sí: «Sí, quiero, con la gracia de Dios», cooperando con Cristo, Sumo Sacerdote y Buen Pastor, a apacentar sus ovejas — tal vez sólo la que se había perdido, ¡pero por la cual es grande la fiesta en el cielo! —. ¡Que la Virgen María vele siempre por cada uno de nosotros los sacerdotes y por nuestro camino!



El sacrificio de la Misa como acto de amor



P. Ignacio Andereggen
Doctor en Filosofía y Teología

Continuaremos ahora en nuestro recorrido espiritual acercándonos al centro del misterio divino por medio de la contemplación de la acción de Cristo en la eucaristía. Para ello recurriremos, nuevamente, a la ayuda que nos brinda la obra de Francisco Charmot: *La Misa, fuente de santidad*, en la que sigue la doctrina tradicional de los concilios, los Papas, los Padres de la Iglesia y los grandes teólogos, especialmente Santo Tomás. Confrontaremos esta explicación con la doctrina magisterial del Concilio Vaticano II en su constitución *Sacrosanctum Concilium*.

Vamos a meditar una parte del capítulo X de la obra antes mencionada, que trata acerca de la consagración, que es lo principal de la Misa como acto de amor:

No vamos a enfrentarnos ahora con un problema teológico o litúrgico, sino únicamente de orden espiritual. ¿Tiene la "Consagración" del pan y del vino en la Santa Misa otros efectos para la Iglesia y las almas, además de "Transubstanciar" el pan en el cuerpo de Cristo y el vino en su sangre, por el hecho mismo de renovar el sacrificio de la Cruz? No cabe duda. Intentemos, pues, mostrar la importancia de las gracias que la Iglesia y cada uno en particular pueden y deben obtener de esta consagración, aun antes de recibir a Jesucristo en la Comunión.

Recordemos brevemente que los teólogos no siempre han estado de acuerdo en afirmar que el sacrificio, cuya realidad defendían unánimes, se

realizaba por la Consagración del pan y del vino separadamente. Uno tras otro han intentado probar que el acto sacrificial quedaba realizado mediante otras acciones que no fueran precisamente la consagración. Pero esta discusión, que tuvo su utilidad, parece ya caducada. Se admite comúnmente como verdad teológicamente cierta que la esencia de la Misa está en la Consagración.

Y ahora veamos lo que nos enseña la Teología acerca de los efectos de la Consagración. A partir del instante en que Cristo, que es Dios, convirtió el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, "nada nuevo ha sucedido". La transubstanciación realizada en todos los tiempos por millares y millares de sacerdotes es siempre "la acción de Jesucristo" (actio Christi), que desconoce límites;





DIMENSIÓN ESPIRITUAL



su poder de Hombre-Dios permanece íntegro en la comunicación que de él hace a los sacerdotes. En cualquier lugar en que un sacerdote, por virtud de Cristo, repite las palabras de Cristo: "Esto es mi cuerpo", la substancia del pan se transforma en la substancia del cuerpo de Cristo, igual que en la última Cena. En el Bautismo hay también un cambio substancial: el alma queda transformada; pasa de la muerte en Adán a la vida de Cristo, del pecado a la gracia; es hecha hija de Dios. Pero en la Eucaristía desaparece la substancia misma del pan, convirtiéndose en la substancia del cuerpo de Cristo; Santo Tomás explica a su manera este hecho: "el Autor del ser puede hacer que lo que tiene razón de ente en la una se convierta en lo que tiene razón de ente en la otra, haciendo

desaparecer lo que las distinguía".¹

El texto del Aquinate citado al final es muy importante porque manifiesta la asunción del orden metafísico en el teológico. La celebración de la Misa produce una intervención en el ser mismo, que continúa en cuanto común y dependiente de Dios, y produce también el cambio de sustancia, que es ente, algo del ser. En la celebración de la Eucaristía confluye la intervención divina más profunda a nivel del ente, con la intervención más profunda al nivel de la Bondad divina que se difunde por el amor, produciendo el ente.

Consideremos ahora la Consagración desde el punto de vista espiritual; es fuente abundantísima de gracias sublimes, a las que los fieles prestan de ordinario muy poca atención e incluso muchos desconocen.

En la vida de Jesucristo no hay nada más grande que su muerte en la Cruz. Y nada hay mayor en la vida de la Iglesia que la reproducción sacramental de esa muerte de cruz. Si el Sacrificio del Calvario es la más sublime manifestación del Poder y del Amor de Dios, también lo es igualmente el sacrificio de Dios del altar que lo reproduce. La Eucaristía es el sacramento por excelencia; los otros existen en función de la Eucaristía.²

Se trata de la doctrina tradicional ya formulada por Dionisio Areopagita en su *Jerarquía Eclesiástica*³,

¹FRANCISCO CHARMOT, *La Misa, fuente de santidad*, Mensajero, Bilbao, 1966, pág. 147-154. STh III, q. 75, a. 4, ad 3: "Virtute agentis finiti non potest forma in formam mutari, nec materia in materiam. Sed virtute agentis infiniti, quod haet actionem in totum ens, potest talis conversio fieri: quia utrique formae et utrique materiae est communis natura entis; et quod entitatis est in una, potest Auctor entis convertere ad id quod est entitatis in altera, sublato eo per quod ab illa distinguebatur".

²DIONISIO AREOPAGITA, *Jerarquía Eclesiástica*, III, 1; PG III 424 C.

³FRANCISCO CHARMOT, Op. Cit., ibídem.

⁴CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium*, 11: "el Sacrificio Eucarístico, fuente y culmen de toda la vida cristiana"; cf. *Sacrosantum Concilium*, 10: "La Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza [*Liturgia est culmen ad quod actio Ecclesiae tendit et simul fons unde omnis eius virtus emanat*]. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados "con los sacramentos pascales", sean "concordes en la piedad"; ruega a Dios que "conserven en su vida lo que recibieron en la fe", y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin".



que llegaría, pasando por Santo Tomás, hasta el Concilio Vaticano II de manera ampliada (*Sacrificium Eucharisticum, totius vitae christianae fons et culmen*).⁴ Dice Charmot:

La Iglesia, al perpetuar por la Eucaristía el sacerdocio de Cristo y su muerte en la Cruz, realiza la obra por antonomasia, la más grande obra que se pueda concebir. Ella es el mismo Jesucristo obrando, por su actividad, la redención de todos los tiempos. La Humanidad sin Cristo quedaba reducida a su pecado y a su incapacidad para pagar sus deudas. La Iglesia, en virtud del vínculo de solidaridad que la une a su Cabeza, posee el tesoro de la redención y de él se sirve. "En este sentido, la Iglesia entera es redentora y sacerdotal. Como resultado de su asociación al sacerdocio único de Cristo redentor, y dependientemente de Él, es fiel ayuda y eficaz cooperadora del Supremo Sacerdote en la salvación de los hombres".⁵

Esta enseñanza, ya presente en Pío XII⁶, sería formulada de la manera más excelente, como veremos, por la Constitución *Sacrosantum Concilium* del último Concilio. Continúa Charmot:

Por eso añaden los teólogos que la Eucaristía fue, en manos de María como en manos de toda la Iglesia, el medio único (pero, ¡cuánto más maravilloso que ningún otro!) por el que pudo Ella aplicarnos los frutos y la gracia de la cruz. Oriente tenía razón cuando saludaba a María como "la raíz de nuestro sacrificio" o la aclamaba incluso, al concluir los sagrados misterios, como el tallo glorioso que "llevó nuestra Eucaristía".

Esta doctrina no es en manera alguna nueva y exclusiva de los teólogos modernos. Data de los primeros tiempos de la Iglesia. Por una



parte afirma que Cristo, en la Misa, hace de su Humanidad una oblación real y sacrificial que no es nueva ni independiente de la consumada en la cruz. Pero, por otra parte, enuncia dos verdades: la primera, que se sacrifica en el altar en un punto determinado del espacio para cada generación viviente sobre la tierra; la segunda, que la inmolación mística del mismo cuerpo y de la misma sangre es realizada por el sacerdote; y, en consecuencia, que Jesús se ofrece, consagrado e inmolado místicamente, por su Iglesia. "La oblación de Jesucristo por manos de la Iglesia, complementaria de la oblación de Jesucristo por sí mismo, no es menos esencial al sacrificio de la Misa para que sea, en realidad, nuestro sacrificio. Y la oblación de Cristo por la Iglesia consiste, en primer lugar, en el acto de la consagración en tanto que realiza la transubstanciación".⁷

El Vaticano II recoge la doctrina tradicional⁸ y la profundiza, extendiéndola a toda la Liturgia. Dice, en efecto, la Constitución *Sacrosantum Concilium*:

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la

⁵FRANCISCO CHARMOT, Op. Cit., *ibidem*.

⁶Cf. Pío XII, Encíclica *Mediator Dei* [AAS 39 (1947) 546]: "Así, pues, la sagrada liturgia constituye el culto público que nuestro Redentor, Cabeza de la Iglesia, tributa al Padre Celestial, y el que la sociedad de los fieles tributa a su Fundador y, por él, al eterno Padre. Y, para decirlo en una palabra, es el culto público íntegro del Cuerpo místico de Jesucristo: es decir, de la Cabeza y de sus miembros [*integrum constituit publicum cultum Mystici corporis, Capitis nempe membrorumque eius...*]."

⁷FRANCISCO CHARMOT, Op. Cit., *ibidem*.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: “Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos” (Mt., 18,20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno. Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia.⁹

Hasta aquí el Concilio Vaticano II. Continúa Charmot manifestando la misma doctrina tradicional.

Podríamos detenernos a demostrar que los Santos Padres han enseñado siempre que la Misa era el acto sacerdotal del Cuerpo Místico. Pero esta afirmación de la fe es ya conocida por los fieles;

en lo que debemos hacer hincapié aquí es en la santidad que de dicho acto resulta para cada alma que se halle en las disposiciones de la Iglesia, es decir, las disposiciones de la Santísima Virgen. Las ideas que vamos a exponer han sido insinuadas brevemente por M. Lepin. “La Iglesia, dice, debe hacer la ofrenda de Cristo del mismo modo que Cristo se ofreció en la Cena, y como quiere ofrecerse ahora bajo los símbolos visibles de su inmolación redentora. Lo ofrece, pues, por la doble consagración, que corresponde, desde un punto de vista sensible, a la inmolación cruenta de la Cruz... La unidad de Cristo y de la Iglesia se extiende hasta el acto mismo de la oblación, es decir, hasta la unidad en la caridad y en todos los sentimientos que Cristo tenía al morir en la cruz, los mismos que ahora siente por nosotros, de una manera especial pero no menor, al inmolarse en el altar”.¹⁰

Entonces tiene todo su valor las palabras de San Pablo: “Tened en vosotros estos sentimientos, los mismos que en Cristo Jesús”¹¹. Los de Cristo,



⁸Cf. Pio XII, Enciclica *Mediator Dei* [AAS 39 (1947) 528]: “En toda acción litúrgica, juntamente con la Iglesia, está presente su divino fundador [in omni accione litúrgica una cum Ecclesia praesens adest Divinus eius Conditor]; Cristo está presente en el santo sacrificio del altar, ya sea en la persona de sus ministros, ya, sobre todo, bajo las especies eucarísticas; presente está en los sacramentos por medio de la virtud que Él les transfiere, como instrumentos eficaces de santidad [utpote efficiendae sanctitatis instrumenta]; presente está, en fin, en las alabanzas y oraciones que se dirigen a Dios, según aquello: Dondequiera que hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt 18,20)...”.

⁹CONCILIO VATICANO II, *Sacrosantum Concilium*, 7.

¹⁰FRANCISCO CHARMOT, *Op. Cit.*, *ibídem*.



¿cuándo? En la cena y en la Cruz, sobre todo. Y aquella plegaria tan difundida: “Jesús, haz mi corazón semejante al tuyo” está como hecha a propósito para obtener esta gracia propia de la consagración que realiza la Iglesia.

En efecto, un alma que se uniera al sacerdote cuando pronuncia legítimamente las palabras: “Esto es mi cuerpo”, con el amor que tenía Jesús en su Corazón al instituir la Eucaristía y que sigue teniendo en el instante en que el sacerdote, en memoria de Jesucristo, consume el mismo solamente el suyo, sino de Jesucristo, y si vale hacer comparaciones entre los actos de Jesús, es el mayor que hiciera Jesús sobre la tierra, puesto que, por esta oblación, se obligaba a morir por puro amor.¹²

La Eucaristía surge del amor que Cristo tenía en su corazón, que no es otro, en su último nivel, divino, que el Espíritu Santo. Por eso la Sacrosantum Concilium asegura que el cuidado por reformar y promover la liturgia “es signo de las disposiciones providenciales de Dios en nuestro tiempo”.¹³

En la Eucaristía confluyen la misión del Hijo y la del Espíritu Santo, que es el Amor Increado del Hijo y que pone la caridad en su alma humana. Por eso el cuidado de la liturgia, sobre todo la de la Misa, en nuestro tiempo viene del “paso del Espíritu Santo por su Iglesia, que le da un sello característico a su vida e, inclusive, a todo el pensamiento y a la acción religiosa de nuestra época”.¹⁴

Charmot escribía antes del Concilio, pero es un testigo de la preocupación por la liturgia, que confluiría en él. El autor profundiza el significado espiritual de la Misa como acto de amor de Cristo y la Iglesia, y por tanto nuestro, en cuanto miembros de Él. Su visión, que da

testimonio de la concepción centrada en la pasión y en la cruz, vigente especialmente antes del Concilio, es completada subrayando como la Misa es también memorial de la resurrección de Cristo, en la que principalmente se manifiesta el amor de Dios.¹⁵

Charmot se pregunta acerca de este amor:

¿Podemos hacer nuestra esta caridad de Cristo en su oblación? Ciertamente sí; y en toda medida posible, puesto que es como el alma de la oblación, y podemos hacer nuestra la oblación misma.

Por eso podemos, e incluso se nos aconseja, rezar esta plegaria antes de la consagración:

“Padre nuestro y Padre de nuestro Señor Jesucristo, haz que mi corazón rebose este amor que sentías por nosotros cuando ungió sacerdote a tu Hijo unigénito y le mandaste ofrecer el único sacrificio de expiación capaz de reparar el honor de Dios y salvar la humanidad pecadora. Si tu Hijo se ha hecho carne, si se ha anonadado hasta no parecer



¹¹Fil 2,5.

¹²FRANCISCO CHARMOT, *Op. Cit., ibídem.*

¹³CONCILIO VATICANO II, *Sacrosantum Concilium*, 43.

¹⁴*Ibidem.*

¹⁵Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica* (1992), n. 1362: “La Eucaristía es el memorial de la Pascua de Cristo, la actualización y la ofrenda sacramental de su único sacrificio, en la liturgia de la Iglesia que es su Cuerpo. En todas las plegarias eucarísticas encontramos, tras las palabras de la institución, una oración llamada *anámnesis* o memorial”.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL

igual a Dios sino igual a los hombres, si ha tomado sobre sí todos los crímenes de la tierra, si los ha expiado por una horrible Pasión y por una muerte ignominiosa, es porque obedece tu voluntad. Haz que comparta yo el amor infinito que te ha empujado a dar al mundo tu Hijo amado, en este momento en que la Iglesia renueva, al consagrar el pan y el vino, todos los sacrificios que ha consentido tu Corazón de Padre. Corazón de Jesús: cuando tomaste en tus divinas manos el pan y el vino de la mesa y levantando los ojos al Padre le diste gracias y bendijiste este alimento humano, mientras decías aquellas palabras creadoras: «Esto es mi cuerpo; esta es mi sangre», tu amor era tan grande que sólo la muerte del Hijo de Dios y su sangre derramada podían indicar su medida. Te pido que hagas que se desborde en mí este amor, y que me una a la Iglesia que va a renovar tu consagración con el mismo Corazón en la Cena y en la Cruz”.

Solamente por la caridad del Padre y del Hijo puede realizar la Iglesia una acción sacrificial que no sea un rito puramente exterior, vacío y formulista, sino un rito viviente capaz de contener toda la realidad que significa y opera.

Sucede todo como si la Iglesia muriera por amor con Cristo en Cruz. Desgraciadamente, la mayoría de los que asisten se contentan con bajar la cabeza cuando suena la campanilla que les advierte del fin de la ceremonia. Algunos fieles repiten con el

sacerdote, como una fórmula más de la liturgia, las palabras de la consagración. Pero hay muy pocos –acaso ninguno- que se unan con toda el alma al amor del Padre y del Hijo, al amor de la Iglesia en el instante en que Jesús, en ella y por ella, inmola su cuerpo y derrama su sangre –el mismo cuerpo y sangre que en la Cruz- para renovar su Pasión ante nosotros.

Para comprender la sublime perfección de este acto de amor de Jesús y del sacerdote, sería preciso meditar una y otra vez la manera admirable de María en ofrecer a su Hijo amado como hostia en cada Misa.

Debemos tomarla como modelo. Porque, durante toda su vida, como en el Calvario, fue Ella la porción principal, santa, inmaculada y excelsa del Cuerpo Místico que es la Iglesia.

Pues bien, María se unía al celebrante que consagraba el pan, y el vino, con una plenitud de amor semejante a la de Cristo Sacerdote, mucho más intensa que la del más santo sacerdote de la tierra.

Dos deseos se encerraban en esta plenitud de amor: el primero, que el sacrificio de Jesús salvara realmente el mayor número posible de hombres; el segundo, que la carne inmolada gloriosa de su Hijo sirviera de alimento para la multitud de las almas.

Detengámonos en la consideración de estos dos deseos, a fin de hacerlos nacer también en nuestras almas durante la Consagración. El Sacrificio de la Misa era para María el sacrificio del Calvario, pues no constituía esencialmente sino un solo sacrificio. ¿Y qué podía desear María en el Calvario sino ver morir a Jesús por la redención del género humano?

La Madre de Jesús no podía tener otros pensamientos ni otros querer que los del Padre. No podemos imaginar sus sufrimientos; y, sin embargo, la gracia mantenía el sacrificio de Jesús,





como lo querían el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

“La Madre de Jesús, dice san Ambrosio, tenía fijos sus ojos piadosamente en las heridas de su Hijo, aquellas heridas que sabía debían alcanzar para todos el beneficio de la Redención”. Y añade: “María contemplaba religiosamente las llagas de su Hijo; porque esperaba no ya la muerte del único objeto de su amor de Madre, sino además la salvación del mundo”.

“Es menester, dice Bossuet, que se una al Padre eterno, y que los dos, de común acuerdo, entreguen su común Hijo al suplicio. Por eso la Providencia la ha llamado al pie de la Cruz”. Y el mismo autor ve en la actitud firme e inquebrantable que mantuvo en Ella el Espíritu Santo (no en vano subió al Calvario, para quedar en pie junto a la Cruz) la señal de qué en los designios divinos, debía representar a todos los sacerdotes de la Iglesia que ofrecen en pie el Santo Sacrificio.¹⁶

Es esta una meditación que considera la unidad profunda entre la vida trinitaria y la vida de la Iglesia. El acto sacerdotal de Jesucristo en la Cruz procede de la vida trinitaria, que es como la manifestación del amor entre el Padre y el Hijo, y entre el Hijo y el Padre, y nosotros nos incorporamos a ese amor porque estamos en la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo. Por eso cuando Jesús realiza el acto de amor en el sacrificio de la Cruz y en la Misa, que son lo mismo, lo realiza también llevándonos a nosotros o haciéndonos participar de aquel, y por esta misma razón recibimos también los frutos de su Redención, que se resumen en el amor divino que, a su vez, ilumina nuestra mente y nuestro corazón.

Por ello decíamos anteriormente que el centro de la actividad humana está en la Santa Misa, en la Eucaristía como sacramento total, con su celebración, que hace presente el sacrificio de Cristo en su Pasión. Como dice Santo Tomás ¹⁷, la Iglesia tiene un corazón y una



cabeza, la Cabeza es Cristo, que se hace presente en el sacrificio de la Misa, a través de la acción del sacerdote, y el Corazón es el Espíritu Santo, que tiene una influencia oculta. La cabeza manda, pero el Corazón tiene una influencia misteriosa. El Espíritu Santo es aquel que infunde el amor a la humanidad de Cristo para realizar esta acción destinada a la salvación de todos los hombres y es quien infunde también el amor en nosotros, para unirnos a esa acción.

Y todo eso viene del Padre eterno y va hacia el Padre, porque es Él quien envía a su Hijo. Por obediencia Cristo cumple el sacrificio, y es el Espíritu Santo el que es enviado por el Padre y por el Hijo a santificar a todos los hombres. Por eso el sacrificio de la Misa nos introduce inmediatamente en la vida trinitaria, porque surge de Ella, y es por eso que el sacrificio de la Misa es el centro de toda la acción cuyo sentido, cuyo fin es la contemplación; y la contemplación no es otra cosa que la vida trinitaria, que nuestra asimilación a la misma vida de Dios, que se cumple plenamente en el Cielo, que poseen los ángeles –como enseña la magnífica doctrina del Aquinate sobre este sacramento-, y que comienza ya en esta vida.

“La ascensión de Cristo bajo este sacramento se ordena, como al fin, a la fruición de la patria, por la cual los ángeles gozan de Él. Y porque lo que

¹⁶FRANCISCO CHARMOT, *La Misa, fuente de santidad*, Mensajero, Bilbao, 1966, pág. 147-154

¹⁷Cf. STh III, q. 8, a. 1, ad 3.



DIMENSIÓN ESPIRITUAL



ordena al fin deriva a su vez de él; este comer a Cristo, por el cual lo tomamos en este sacramento, de algún modo se deriva de aquella comida con la que los ángeles gozan de Cristo en la patria. Y por eso se dice que el hombre come el pan de los ángeles, porque en primer lugar y principalmente es de los ángeles, que gozan de él en la propia especie; secundariamente es de los hombres, que reciben a Cristo en este sacramento”.¹⁸

Por eso el misterio del sacrificio de la Eucaristía es el punto más alto de unión entre la vida activa y la vida contemplativa. Sintetiza toda la vida de la Iglesia. Así lo expresa admirablemente la Constitución sobre la Sagrada Liturgia del Concilio Vaticano II:

La Liturgia, por cuyo medio “se ejerce la obra

de nuestra Redención”, sobre todo en el divino sacrificio de la Eucaristía, contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida, y manifiesten a los demás, el misterio de Cristo y la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia. Es característico de la Iglesia ser, a la vez, humana y divina, visible y dotada de elementos invisibles, entregada a la acción y dada a la contemplación, presente en el mundo y, sin embargo, peregrina; y todo esto de suerte que en ella lo humano esté ordenado y subordinado a lo divino, lo visible a lo invisible, la acción a la contemplación y lo presente a la ciudad futura que buscamos. Por eso, al edificar día a día a los que están dentro para ser templo santo en el Señor y morada de Dios en el Espíritu, hasta llegar a la medida de la plenitud de la edad de Cristo, la Liturgia robustece también admirablemente sus fuerzas para predicar a Cristo y presenta así la Iglesia, a los que están fuera, como signo levantado en medio de las naciones, para que, bajo de él, se congreguen en la unidad los hijos de Dios que están dispersos, hasta que haya un solo rebaño y un solo pastor.¹⁹

La Eucaristía, como acto de amor, y en ella todos los sacramentos y la liturgia entera, es la síntesis de la vida de la Iglesia y de su apostolado, pero sobre todo el anticipo de la contemplación celestial de los ángeles y de los santos, así como de su amistad.

En la Liturgia terrena preguntamos y tomamos

¹⁸S. Th. III. q. umptio C80 a.2. ad 1: “Sumptio Christi sub hoc sacramento ordinatur, sicut ad finem, ad fruitionem Patriae, qua angeli eo fruuntur. Et quia ea quae sunt ad finem, derivantur a fine, inde est quo dista manducatio Christi qua eum sumimus sub hoc sacramento, quodammodo derivatur ab illa manducatione qua angeli fruuntur in propria specie; secundario autem est hominum, qui Christum sub sacramento accipiunt”.

¹⁹CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 2: “Liturgia enim, per quam, maxime in divino Eucharistiae Sacrificio, “opus nostrae Redemptionis exercetur” (1), summe eo confert ut fideles vivendo exprimant et aliis manifestent mysterium Christi et genuam verae Ecclesiae naturam, cuius proprium est esse humanam simul ac divinam, visibilem invisibilibus praeditam, actione ferventem et contemplationi vacantem, in mundo praesentem et tamen peregrinam; et ita quidem ut in ea quod humanum est ordinetur ad divinum eique subordinetur, quod visibile ad invisibile, quod actionis ad contemplationem, et quod praesens ad futuram civitatem quam inquirimus (2). Unde, cum Liturgia eos qui intus sunt cotidie aedificet in templum sanctum in Domino, in habitaculum Dei in Spiritu (3), usque ad mensuram aetatis plenitudinis Christi (4), miro modo simul vires eorum ad praedicandum Christum roborat, et sic Ecclesiam iis qui sunt foris ostendit ut signum levatum in nationes (5), sub quo filii Dei dispersi congregentur in unum (6) quousque unum ovile fiat et unus pastor (7)”. (1) *Missale romanum*, oratio super oblata dominicae IX post Pentecosten. (2) Cf. Heb 13,14. (3) cf. Ef2, 21-22. (4) cf. Ef 4,13. (5) Cf. Is 11,12. (6) Cf. Jn 11,52. (7) Cf. Jn 11, 52.



parte en aquella Liturgia celestial, que se celebra en la santa ciudad de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos, y donde Cristo está sentado a la diestra de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero, cantamos al Señor el himno de gloria con todo el ejército celestial; venerando la memoria de los santos esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste El, nuestra vida, y nosotros nos manifestamos también gloriosos con El. [In terrena Liturgia caelestem illam praegustando participamus, quae in sancta civitate Jerusalem ad quam peregrini tendimus, celebratur, ubi Christus est in dextra Dei sedens, sanctorum minister et tabernaculi veri²⁰; cum omni militia caelestis exercitus hymnum gloriae Domino canimus; memoriam Sanctorum venerantes partem aliquam et societatem cum iis speramus; Salvatorem exspectamus Dominum nostrum Iesum Christum, donec ipse apparebit vita nostra, et nos apparebimus cum ipso in gloria²¹].²²

**Artículo tomado del libro
"Experiencia Espiritual, una introducción a la vida
mística", con la autorización
del P. Ignacio Andereggen, autor del mismo.*

²⁰Cf. Heb 13,14. (3) cf. Cf. 2, 21-22. (4) Cf. Ef 4,13. (5) Cf. Is 11,12 (6) Cf. Jn 11,52.

²¹Cf. Fil 3,20; Col 3,4.

²²CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 8.



Cristo descendió a los infiernos



† Monseñor José Rafael Palma Capetillo
Obispo Auxiliar de Xalapa

“CRISTO DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS Y AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS”

(Símbolo de los apóstoles)

La definición común que tenemos de infierno es como el lugar de la condenación eterna, el ‘lugar’ donde habita Satanás. En efecto ese es su significado más preciso; sin embargo, el credo de los apóstoles utiliza la expresión de ‘infiernos’ (traducida en plural, para referirse a una especie de abismo insondable para el ser humano, pero que Cristo, el Hijo de Dios, descendió a él después de su muerte para rescatar a los hombres y mujeres justos, que también fueron salvados por los méritos del salvador. Se demuestra de nuevo que la obra redentora de Cristo no tiene límite de tiempo ni de espacio ni de personas, ya que cumple una misión universal y trascendente que redundará en beneficio de la humanidad.

El Catecismo de la Iglesia Católica, al desglosar los artículos del credo de los apóstoles, señala algunas reflexiones importantes para este tema de ‘los infiernos’:

“Jesús bajó a las regiones inferiores de la



tierra. Este que bajó es el mismo que subió” (Ef 4,9-10). El símbolo de los apóstoles confiesa en un mismo artículo de fe el descenso de Cristo a los infiernos y su Resurrección de los muertos al tercer día, porque es en su Pascua donde, desde el fondo de la muerte, él hace brotar la vida:

*Christus, filius tuus, qui, regressus ab inferis,
humano generi serenus illuxit,
et vivit et regnat in saecula saeculorum. Amen¹*

¹MISAL ROMANO, Vigilia pascual 18: *Exultet*.



(Es Cristo, tu Hijo resucitado, que, al salir del sepulcro, brilla sereno para el linaje humano, y vive y reina glorioso por los siglos de los siglos. Amén) (631).

CRISTO DESCENDIÓ A LOS INFIERNOS

Las frecuentes afirmaciones del nuevo testamento según las cuales Jesús 'resucitó de entre los muertos' (Hech 3,15; Rm 8,11; 1Cor 15,20), presuponen que, antes de la resurrección, permaneció en la morada de los muertos (cf Heb 13,20). Es el primer sentido que dio la predicación apostólica al descenso de Jesús a los infiernos; Jesús conoció la muerte como todos los seres humanos y se reunió con ellos en la morada de los muertos. Pero ha descendido como Salvador proclamando la buena nueva a los espíritus que estaban allí detenidos (cf 1Pe 3,18-19) (632).

La Escritura llama 'infiernos', *sheol* o *hades*² a la **morada de los muertos** donde bajó Cristo después de muerto, porque los que se encontraban allí estaban privados de la visión de Dios³. Tal era, en efecto, a la espera del redentor, el estado de todos los muertos, malos o justos⁴, lo que no quiere decir que su suerte sea idéntica como lo enseña Jesús en la parábola del pobre Lázaro recibido en el 'seno de Abraham' (cf Lc 16,22-26). "Son precisamente estas almas santas, que esperaban a su Libertador en el seno de Abraham, a las que Cristo liberó cuando descendió a los infiernos"⁵. Jesús no bajó a los infiernos para liberar allí a los condenados⁶ ni para destruir el infierno de la condenación⁷, sino para liberar a los justos que le habían precedido⁸ (633).

"Hasta a los muertos ha sido anunciada la buena nueva..." (1 Pe 4,6). El descenso a los infiernos es el pleno cumplimiento del anuncio evangélico de la salvación. Es la última fase de la misión mesiánica de Jesús, fase condensada en el tiempo, pero inmensamente amplía en su significado real de extensión de la obra redentora a todos los hombres de todos los tiempos y de todos los lugares porque todos los que se salvan se hacen partícipes de la redención (634).

Cristo, por tanto, bajó a la profundidad de la muerte⁹ para "que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y los que la oigan vivan" (Jn 5, 25). Jesús, "el Príncipe de la vida" (Hch 3, 15), aniquiló "mediante la muerte al señor de la muerte, es decir al Diablo, y libertó a cuantos, por temor a la muerte, estaban de por vida sometidos a esclavitud" (Hb 2, 14-15). En adelante, Cristo resucitado "tiene las llaves de la muerte y del

²Cf Flp 2,10; Hech 2,24; Apoc 1,18; Ef 4,9.

³Cf Sal 6,6; 88,11-13.

⁴Cf Sal 89,49; 1Sam 28, 19; Ez 32,17-32.

⁵*Catechismo Romano* 1,6,3)

⁶Cf CONCILIO de ROMA del año 745; DS 587.

⁷Cf DS 1011; 1077.

⁸Cf CONCILIO de TOLEDO IV en el año 625; DS 485; cf Mt 27, 52-53.

⁹Cf Mt 12,40; Rm 10,7; Ef 4,9.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

Hades” (Ap 1, 18) y “al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos” (Flp 2, 10).

“Un gran silencio reina hoy en la tierra, un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio porque el rey duerme. La tierra ha temblado y se ha calmado porque Dios se ha dormido en la carne y ha ido a despertar a los que dormían desde hacía siglos... Va a buscar a Adán, nuestro primer padre, la oveja perdida. Quiere ir a visitar a todos los que se encuentran en las tinieblas y a la sombra de la muerte. Va para liberar de sus dolores a Adán encadenado y a Eva, cautiva con él; él, que es al mismo tiempo su Dios y su Hijo...: ‘Yo soy tu Dios y por tu causa he sido hecho tu Hijo. Levántate, tú que dormías, porque no te he creado para que permanezcas aquí encadenado en el infierno. Levántate de entre los muertos, yo soy la vida de los muertos’”¹⁰ (635).

RESUMEN

En la expresión “Jesús descendió a los infiernos”, el símbolo confiesa que Jesús murió realmente, y que, por su muerte en favor nuestro, ha vencido a la muerte y al diablo, ‘Señor de la muerte’ (Heb 2,14) (636). Cristo muerto, en su alma unida a su persona divina, descendió a la morada de los muertos. Abrió las puertas del cielo a los justos que le habían precedido (637).

AL TERCER DÍA RESUCITÓ DE ENTRE LOS MUERTOS

“Les anunciamos la buena nueva de que la promesa hecha a sus padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús” (Hech 13,32-33). La resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, creída y vivida por la primera

comunidad cristiana como verdad central, transmitida como fundamental por la tradición, establecida en los documentos del nuevo testamento, predicada como parte esencial del misterio pascual al mismo tiempo que la cruz:

Cristo resucitó de entre los muertos, con su muerte venció a la muerte, a los muertos ha dado la vida¹¹ (638).

EL ACONTECIMIENTO HISTÓRICO Y TRANSCENDENTE

El misterio de la resurrección de Cristo es un acontecimiento real que tuvo manifestaciones históricamente comprobadas como lo atestigua el nuevo testamento. Ya san Pablo, hacia el año 56, escribe a los Corintios: “Porque les transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí, que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, según las Escrituras; que se apareció a Cefás y luego a los Doce” (1Cor 15,3-4). El apóstol habla aquí de la tradición viva de la resurrección que recibió después de su conversión a las puertas de Damasco (cf Hech 9,3-18) (639).

La fe que profesamos siempre tiene una riqueza abundante de expresiones, que cada día debemos valorar más para conocerlas y difundirlas al mundo entero.

¹⁰Antigua homilía para el Sábado Santo.

¹¹Liturgia bizantina, Tropario de Pascua.



¿Qué es el hombre?

Tres coordenadas antropológicas para una respuesta en Joseph Ratzinger



Víctor A. Ramírez, L.C.

Licenciado en Filosofía, Bachiller en Teología,
Máster en psicopedagogía

Introducción

El hombre siempre ha sido un misterio para él mismo. Su complejidad interpela a diversas disciplinas con la pregunta: ¿quiénes somos? En medio del entramado de datos científicos, opiniones, poemas, imágenes y enfoques psicológicos, filosóficos o teológicos más o menos acertados, podemos añadir una segunda pregunta: ¿cuál es la visión cristiana del hombre? O mejor dicho ¿cuál es la aportación o novedad cristiana al tema?

La pregunta es ambiciosa por querer concretar o definir algo tan maravillosamente complejo, y se corre el riesgo de simplificarlo para abarcarlo, o de manipularlo para definirlo. A pesar de esto, es importante presentar en toda su belleza lo que la revelación y la teología cristiana dicen sobre nosotros.

En este trabajo se encuadra la pregunta en el pensamiento de Joseph Ratzinger, extrayendo de algunas de sus obras las coordenadas de antropología teológica que permitan destacar la novedad cristiana. No se trata por lo tanto sólo de definir al hombre sino de rescatar algunos temas desarrollados por el autor para iluminar desde lo alto el misterio humano y esbozar en algunos rasgos generales una antropología cristiana que

arroje luz sobre la pregunta. Esto permitirá hacia el final una cierta definición cristiana del hombre, enriquecida por el pensamiento del autor.

Las tres coordenadas en las que se encuadra la pregunta serán: el relato de las dos caras del hombre en el Génesis, el concepto de persona en Teología y la consideración de Jesucristo como Nuevo Adán y último hombre. De esta manera se logra ver cómo Ratzinger consigue vincular la Teología y la Cristología con la Antropología e iluminar la vida humana en un tono más existencial.

I. El Génesis y las dos caras del hombre

Ratzinger, para evitar diversos reduccionismos¹ explora la Sagrada Escritura, fundando ahí la dignidad de la persona y encuadrando al hombre en el diseño creador y providente de Dios. El relato de la creación sirve así como camino para responder a la pregunta sobre el hombre. Ratzinger lo expresa así:

No podemos contestar correctamente a la pregunta '¿adónde vamos?' si marginamos la pregunta '¿de dónde venimos?'; vemos que nosotros contestamos falsa y funestamente

¹Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo. Lecciones sobre el credo apostólico*, Ediciones Sígueme, Salamanca 2005, 47.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

a la pregunta '¿qué podemos hacer?', si nos ahorramos preguntarnos '¿quiénes somos nosotros?'² Es decir, que las preguntas sobre el ser y sobre nuestra esperanza son inseparables².

Con este planteamiento Ratzinger vincula creación y redención, pasado y futuro, origen y destino. La comprensión del hombre hunde sus raíces en la creación y llega a su plenitud en la redención de Jesucristo que, como nuevo Adán, presentará el modelo de hombre perfecto³.

Además, el hombre, iluminado por la creación, escapa a los reduccionismos de la técnica⁴, del evolucionismo, de la sociología o del existencialismo, que lo ponen en un complejo camino de búsqueda de sentido en el puro obrar, en la revolución social con tintes mesiánicos o en la libertad exacerbada de un subjetivismo creador⁵.

Una vez expuesto el horizonte existencial que aporta la pregunta por el origen y la creación, se encuentra en Ratzinger la exposición de dos rasgos humanos en contraste: la grandeza de ser imagen de Dios y la debilidad propia simbolizada en el barro que representa "la otra cara del hombre". El análisis de este contraste arrojará luz sobre el misterio humano.

1. El hombre como imagen de Dios

Ratzinger pone de manifiesto la maravilla sorprendente de ser creados por Dios afirmando la gratuidad del don hecho a una creatura tan frágil como el hombre. Así, comentando el *Salmo 8*, afirma⁶:

El hombre se presenta como ese ser paradójico,



tan miserable y tan inválido, y nos obliga a preguntarnos por qué en realidad habría Dios de preocuparse por él; la misma experiencia que en el presente nos hace vacilar en medio de un cosmos que ha llegado a ser infinito, llevándonos a descubrir también al hombre como una insignificante partícula de polvo en un universo que parece inconmensurable, y a preguntarnos en consecuencia: ¿Cómo es posible que el teatro de Dios se concentre en torno de semejante creatura, el hombre? ¿Qué ingenuo antropocentrismo podrá subyacer al deseo de convertir esa miserable partícula de polvo, que deambula sobre un minúsculo punto llamado tierra, en el centro de la acción divina?⁷

Estas preguntas permiten afrontar el importante tema de la dignidad humana conferida por el Creador a su creatura haciéndola a su imagen y semejanza. Pero ¿Qué significa en realidad "ser imagen y semejanza" de Dios? Dos textos del Antiguo Testamento sirven como

²J. RATZINGER, *En el principio creó Dios. Consecuencias de la fe en la creación*, EDICEP, Valencia 2001, 101.

³Cf. J. RATZINGER, *Creazione e peccato. Catechesi sull'origine del mondo e sulla caduta*, Edizioni Paoline, Milano 1987, 58.

⁴J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo...*, 60.

⁵Por la extensión del presente trabajo solamente enuncio estos reduccionismos. Algunos de ellos son tratados por Ratzinger en la primera parte de *Introducción al cristianismo*. Basta recordar las aportaciones de Charles Darwin, Karl Marx o Jean Paul Sartre, y el concepto de persona humana limitado que tienen y las consecuencias que de ello se derivan.

⁶«Digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies...» (Salmo 8,4-6).

⁷J. RATZINGER, *En el principio...*, 61.



marco de interpretación: El relato de la creación de Gn 1,26-27 y lo anunciado en Gn 9,1 después del diluvio.

En el relato de la creación destaca en primer lugar la solemnidad con la que Dios se pronuncia en el momento de crear al hombre. Así, el “hagamos” con el que Dios dialoga consigo mismo, introduce el misterio del hombre en el soliloquio íntimo de Dios. El hombre empieza a ocupar un lugar privilegiado entre las demás creaturas desde el inicio mismo de su existencia. Siendo una creatura de barro, en medio de su futilidad cuantitativa es elevado en su dimensión material llegando a ser «apenas inferior a los ángeles» (*Salmo 8,6*).

Aunque el texto no da una definición de contenido sobre lo que es ser imagen, sí ofrece una definición funcional de gran importancia: ser-imagen-de-Dios significa que quien lleva el rostro humano, adquiere un rango divino⁸. Sólo el hombre vivo es la imagen legítima que nos permite suponer cómo es Dios. Por este motivo, en el Antiguo Testamento se prohíbe la fabricación de imágenes ya que éstas usurparían el lugar que le corresponde al hombre como la imagen más adecuada.



Que el hombre sea imagen auténtica de Dios quiere decir, a su vez, que Dios mismo ha querido representarse en él. Así, por voluntad divina, el hombre adquiere el derecho de ser “representante suyo” en la tierra. Se trata, no sólo de una irrupción de la humanización en la religión, sino también de una irrupción del hombre en sí mismo, ya que descubre que en él hay mucho más que él mismo.

La afirmación de que el hombre es la auténtica imagen de Dios no es sólo el descubrimiento de Dios en lugar de los dioses, sino que igualmente contempla el descubrimiento del hombre, quien entonces y solamente así se encuentra a sí mismo⁹.

De estas consideraciones brotan dos importantes consecuencias. La primera es que el hombre se descubre a sí mismo cuando contempla lo divino que hay en él. Este hecho se convierte en una llamada a trascenderse y a no vivir encerrado en sí mismo. El hombre llega a su plena realización cuando descubre que su ser se abre al infinito y deja de actuar solamente para sí mismo como algo completo y cerrado. Dicho sintéticamente: el hombre llega a ser consciente de su humanidad cuando se reconoce como punto de irrupción divina, cuando paradójicamente descubriendo a Dios en él, se descubre a sí mismo.

El hombre, por tanto, es imagen de Dios y debe reconocerse como tal. La esencia de una imagen consiste precisamente en su función de representar algo o Alguien. Lo propio de la imagen es hacer referencia a algo que no es en sí misma. Ser imagen de Dios en este sentido, es algo dinámico que nos pone en movimiento hacia lo totalmente otro mostrando nuestra capacidad divina¹⁰: “En consecuencia se es más hombre cuando se sale de sí mismo y se es capaz de llamar a Dios Tú¹¹.”

El otro texto que ilumina el concepto de “imagen” es posterior al diluvio y muestra cómo

⁸Cf. J. RATZINGER, «¿Qué es el hombre?», *Humanitas* 72 (2013), 780-805.

⁹J. RATZINGER, «¿Qué es el hombre?», 789.

¹⁰Esta consideración evidencia la gran diferencia del hombre con el animal. La novedad humana está precisamente marcada por ser *capax Dei*. El hombre posee en su naturaleza la capacidad de orar, de comunicarse con Dios y se encuentra a sí mismo plenamente solo en relación con su Creador.

¹¹J. RATZINGER, *En el principio...*, 67.



el hombre es puesto de nuevo en la historia y le son confiadas las demás criaturas como a un soberano. En el texto aparece la prohibición de derramar sangre humana, ya que el hombre es hecho a semejanza de Dios. Así, a todo ser humano, independientemente de su condición o miseria, le corresponde una dignidad propia, independiente e inviolable. El hombre es un bien de Dios, intocable. No es propiedad de nadie, ni siquiera se pertenece a sí mismo: «Es aquel bien que el propio Creador ha reservado para sí»¹².

Una última consideración a modo de corolario que se puede extraer de los textos, es la igualdad humana fruto de la tierra común de la cual hemos sido formados y del aliento divino que “habita” en nosotros. En el hombre se encuentra tanto el cielo como la tierra, y cada hombre es creado, amado y llamado por Dios. En esto consiste la profunda unidad de la humanidad en que nosotros, cada uno en particular, es y cumple un plan de Dios y tiene origen en una idea creacional¹³.

La vida humana está bajo una protección especial de Dios, porque cada hombre, por pobre o rico que sea, ya esté sano, ya enfermo, sea inútil o provechoso, nacido o por nacer, enfermo incurable o rebosante de vida. Porque

cada hombre, digo, lleva el aliento de Dios, cada uno es imagen de Dios¹⁴.

Pretender construir un mundo unido, una fraternidad universal y una igualdad de derechos olvidando nuestro origen divino común y la paternidad divina que funda nuestra dignidad, puede llegar a ser una utopía. Es aquí donde la teología de la creación adquiere su importancia a nivel de aplicación ética y social para fundar una civilización justa que defienda el bien integral de la persona, sus derechos y sus deberes correspondientes.

2. La otra cara del hombre: polvo y ceniza

Si considerar la grandeza humana por ser imagen de Dios suscita maravilla, contemplar la pequeñez, fragilidad y miseria no deja también de sorprender. Ratzinger, bajo el título «la doble faz del hombre a la luz de la temática bíblica de los dos hermanos»¹⁵, afronta este importante tema poniéndolo como contrapunto a la belleza de la creación. De esta manera logra situar al hombre en un realismo equilibrado que presenta la vida humana como una aventura dramática y maravillosa. Dos textos bíblicos sirven de base para resaltar este contraste y evitar un idealismo que oculte la fragilidad humana: Gn 8,21 y Gn 3,19.

En Gn 8,21, aparece el hombre como ser impotente que carece de fuerza para vivir orientado a la trascendencia. Es un hombre que vive desplazado hacia las necesidades cotidianas y sometido a sus leyes. En palabras de Dios: «el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud» (Gn 8,21). Se podría decir que aparece con nitidez el hombre hecho de barro, no perteneciente al mundo divino sino al mundo material¹⁶.

Así, la belleza propuesta por el relato de la creación antes vista, aparece aquí ensombrecida por la realidad del mal en el mundo. El corazón del hombre, fruto del pecado original, se corrompe y conduce a la

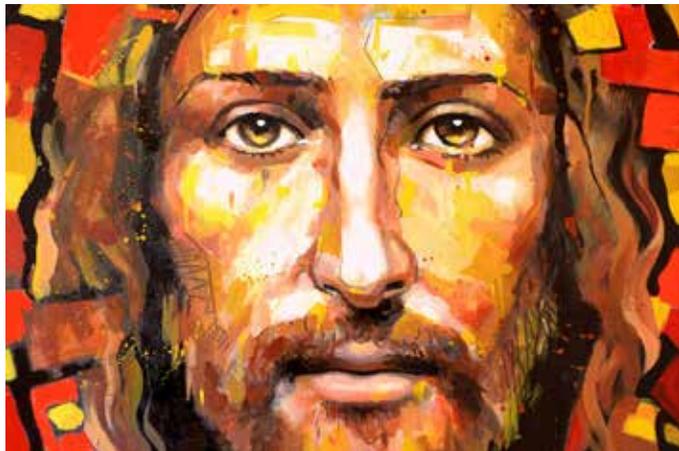
¹²J. RATZINGER, «¿Qué es el hombre?», 791.

¹³Cf. J. RATZINGER, *En el principio...*, 62.

¹⁴J. RATZINGER, *En el principio...*, 63.

¹⁵J. RATZINGER, «¿Qué es el hombre?», 793.

¹⁶Cf. J. RATZINGER, «¿Qué es el hombre?», 796.



decadencia. Además, la misma universalidad e igualdad humana que se afirmaba por ser creados todos a imagen de Dios se aplica también aquí en cuanto al mal y a sus consecuencias: «eres polvo y al polvo volverás» (Gn 3,21). Se traza, por tanto, un destino común y pecaminoso que se irá confirmando en la historia desde el Antiguo Testamento hasta nuestros días.

Este hecho de ser polvo y ceniza delante de Dios adquiere mayor dramatismo y se confirma en la Sagrada Escritura con la sucesión de relatos posteriores al pecado original: el primer asesinato (Gn 2); la degradación que lleva al diluvio (Gn 4); la construcción de la torre de Babel. (Gn 6). Todo esto confirma la triste realidad humana, como dice Ratzinger:

El hombre ya no aparece como lo degradado, sino que, al mismo tiempo, también como un ser obsesionado con su degradación, como ese ser alborotado que estira la mano para alcanzar el cielo y que en ese intento se precipita a tierra o cae en las alcantarillas. Aparece como el ser inconstante y perseguido, disconforme consigo mismo, insatisfecho, errante e incapaz de hallar satisfacción en parte alguna: el hombre es un ser sucio y lastimoso¹⁷.

Esta dura realidad será después encarnada paradójicamente en la escena de Jesús con Pilato, cuando afirma “Ecce homo”. Este hombre desfigurado, angustiado existencialmente y perdido, no puede salvarse por sí mismo, y necesitará precisamente una “nueva intervención” de Dios en la historia. Su drama humano parece clamar al cielo y pedir un Salvador, un Redentor que le saque de su caos de Adán y le muestre el camino de restauración. Ratzinger, presentando posteriormente a Jesucristo como Nuevo Adán, ofrecerá la auténtica esperanza cristiana cuyo camino solo puede ser la vida en Él¹⁸.

De esta manera, en un fuerte contraste, tenemos bien definidas las dos caras del hombre en dos afirmaciones importantes: El hombre como imagen es el ser que representa y pertenece a Dios y, a su vez, es un trozo de arcilla que apenas se ha desprendido de su animalidad recayendo una y otra vez en ella¹⁹.

Para cerrar este capítulo, conviene señalar que Ratzinger ejemplifica esta doble cara del hombre aludiendo a las parejas de hermanos expuestas en la Escritura. Caín y Abel, Ismael e Isaac y Jacob y Esaú revelan esta doble faz y contraste en el corazón del hombre. Sin embargo, Ratzinger afirma que se trata de un esquema teológico pensado en el que la paradoja, la tensión dual y la unidad gemela llamada hombre, en el fondo, no se puede disolver²⁰. Ambos personajes representarían la doble cara del hombre que se manifiesta en todo su realismo.

Así, Caín está en Abel y Abel en Caín, y lo mismo sucede con Esaú y Jacob en una superposición particular de destinos. Y al final todo se podría sintetizar en aquella frase que Jesús dirige al Joven rico: **«¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo uno, Dios» (Mc 10,18).**

Aquel hombre, presentado de forma sublime

¹⁷J. RATZINGER, «¿Qué es el hombre?», 791.

¹⁸En el último punto de este trabajo se verá cómo Ratzinger, siguiendo a San Pablo y su doctrina de los dos Adanes, presentará a Jesucristo como Nuevo Adán y camino ante la triste situación humana constatada aquí por el pecado y sus consecuencias.

¹⁹Cf. J. RATZINGER, «¿Qué es el hombre?», 793.

²⁰Cf. J. RATZINGER, «¿Qué es el hombre?», 782.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

como imagen de Dios y creatura predilecta «poco inferior a los ángeles», muestra ahora su segunda cara: la del hombre débil y terreno, que no podrá más que clamar al cielo y esperar un rescate para superar su triste condición humana de Adán y restaurar su naturaleza para vivir como un nuevo Adán.

II. El hombre como persona a la luz de la Trinidad

En la primera parte de este trabajo se ha visto la riqueza del relato de la creación y la otra cara del hombre fruto del pecado original y su fragilidad. En esta parte, se analizará otro de los grandes aportes de Ratzinger en su comprensión del hombre: el concepto de persona²¹.

Con el concepto de persona, nosotros nos encontramos delante de uno de las aportaciones que la fe cristiana ha facilitado y realizado en el pensamiento humano. Éste no surgió espontáneamente del filosofar propio del hombre sino que se desarrolló por la discusión entre filosofía y las afirmaciones de la fe, y, en particular, de la Sagrada Escritura²².

El itinerario seguido por Ratzinger parte del origen histórico del concepto y su desarrollo filosófico y teológico posterior que llegará hasta la escolástica, especialmente en Santo Tomás de Aquino²³. Posteriormente desarrolla una lectura más amplia y rica basada en el sentido bíblico del concepto “persona” en un marco trinitario y entendida como relación. Este análisis evidencia una de los aportes cristianos a la antropología.

1. Desarrollo del concepto de persona

Es bien conocido el uso dado a la palabra “persona” en contexto clásico. Basta recordar la etimología *prosopon* como máscara de actor que apunta a la representación escénica de un rol²⁴. Este artificio permitía a los poetas clásicos introducir varios personajes o dioses en la escena e introducir diálogos.

Los escritores cristianos, en su lectura de la Sagrada Escritura, desarrollan una línea similar analizando la importancia de los roles y del diálogo²⁵. La presentación de Dios mientras habla al plural le permite a Justino elaborar una análisis prosográfico afirmando que el escritor introduce diversos *prosopa*, pero añade que no son simples roles sino entidades reales en diálogo. De esta manera se enmarca el concepto de persona en sentido trinitario.

El rol existe realmente: es el *prosopon*, el rostro, la persona del Logos que participa realmente en la conversación y el diálogo. Aquí se demuestra



²¹Aunque el análisis del concepto de persona que Ratzinger hace es teológico y cristológico, para este trabajo interesa especialmente la aplicación que se puede hacer en la antropología y ver cómo a la luz de la Trinidad el concepto de persona ilumina el misterio del hombre abriendo nuevos horizontes.

²²J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione. Il concetto di persona nella dottrina di Dio*, Queriniana, Roma 2005, 173. Las traducciones de esta obra son mías.

²³En este capítulo seguiré en líneas generales el pensamiento del Autor sobre el concepto de persona en J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 173-189.

²⁴Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 175.

²⁵Destacan aquí los pasajes bíblicos en los que Dios habla en plural en la creación del hombre y también el diálogo íntimo de Dios del Salmo 110.



con toda claridad en qué modo los datos de la fe cristiana transforman y renuevan un antiguo esquema existente ya en la exégesis de los textos²⁶.

Tertuliano posteriormente afirma también el paso de rol a entidad cuestionando cómo podría Dios, siendo una persona sola, hablar en plural en la creación del hombre. Concluye afirmando que en el fenómeno del diálogo intra-divino emerge la idea de persona²⁷.

Sintéticamente se puede afirmar que el concepto de persona se desarrolla como exigencia de interpretación de la Sagrada Escritura y es derivado de la idea del diálogo intra-divino. De esta manera la Biblia nos pone delante de un Dios que habla y un hombre que recibe la palabra. Se trata de una participación del hombre que es llamado al amor en el Verbo²⁸. Este análisis revela la esencia de lo que el concepto de persona realmente quiere decir.

2. La persona como relación

En el párrafo anterior se ha visto cómo Ratzinger regresa al origen del concepto de persona para comprender mejor la tesis: Dios es un ser en tres personas. Ahora, dando un paso más, se busca profundizar en la persona como relación. Las tres personas que existen en Dios son, por su naturaleza, relaciones reales y subsistentes²⁹. Dicho en otras palabras: Persona quiere decir, en Dios, relación³⁰. Estas consideraciones aplicadas al concepto de persona iluminarán después el concepto humano de persona abriendo nuevos horizontes.

En este punto Ratzinger ofrece dos enfoques: el análisis de las personas trinitarias en particular



entendidas como relaciones, y el análisis del concepto de persona en Cristología.

a) La persona en la Trinidad

En el caso de la persona del Padre no se trata sólo de Aquél al cual pertenece el acto de generar o de donarse, sino que es la misma acción de generar y de donarse³¹.

Es la acción de generar, del darse y del difundirse. Ella es idéntica al acto de donación. Se podría por lo tanto definir la primera persona como la donación en el conocimiento y el amor fructífero. Ella no es la que da, sino a la que le pertenece el acto del donar; ella misma es donación, la pura realidad activa³².

Por lo tanto, no se debe entender la relación como algo añadido a la persona, sino como la persona misma³³. En este sentido trinitario, la persona existe aquí, por su misma esencia, como referencia, y es entendida

²⁶J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 177.

²⁷Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 179.

²⁸Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 181.

²⁹En este punto, Ratzinger se alinea con la primera parte de la doctrina de San Agustín sobre la Trinidad. Posteriormente será crítico en cuanto a la aplicación de esta doctrina trinitaria en el interior del hombre.

³⁰Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 182.

³¹Cf. P. SCARAFONI, «La persona nel pensiero teologico di J. Ratzinger» *Path*, 6 (2007), 141-160.

³²Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 184.

³³Cf. P. SCARAFONI, «La persona nel...», 141-160.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

metafísicamente como pura actualidad³⁴.

Siguiendo a San Agustín³⁵, la relación se reconoce como una tercera categoría algo particular que se inserta entre sustancia y accidente. Se trata de poner el acento en el "fenómeno personal", que va más allá del carácter estático de la sustancia y sitúa la persona en el ámbito del diálogo y de la relatividad recíproca³⁶.

Ratzinger afirma, además, que en este elevado punto de especulación se da una coincidencia con la teología joánica, que también presenta la pura relatividad como esencia de la persona. Algunos textos citados son: «El Hijo no puede hacer nada por su cuenta, sino lo que ve hacer al Padre» (Jn 5,19); «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10,30). De esta manera, con San Juan, la Persona del Hijo es sólo lo que recibe del Padre, y no tiene una identidad separada del Padre. Se podría definir como la acción de ser grato y de expresar plenamente el conocimiento y el amor recibidos³⁷.

La segunda persona, en cuanto relación, queda así encuadrada en dos conceptos importantes: la misión y el ser Verbo de Dios. En cuanto a la misión, Él es el mandado, el que existe como ser "por alguien y para alguien". Es una apertura sin reserva a la existencia. En cuanto Verbo, deriva de alguien y es dirigido a alguien.

Por último, aparece la tercera persona, el Espíritu Santo, como la pertenencia de uno al otro, el conocimiento y el amor que emanan del Padre y del Hijo unidos. No se pertenece, sino que pertenece al Padre y el Hijo³⁸. Sintéticamente se puede decir con Ratzinger que:

En Dios hay tres personas; en base a la interpretación de la teología esto quiere decir que las personas son relaciones, puro existir en



referencia a. En un primer momento esto es sólo una afirmación sobre la Trinidad única, pero es también la expresión fundamental de lo que tiene la preminencia en el concepto de persona, la apertura del concepto de persona al espíritu humano y a lo que su origen trae³⁹.

b) La Persona en Cristología

Ratzinger parte de dos negaciones o problemas históricos en la comprensión de la persona en Jesucristo: La negación de su humanidad y la consideración de Jesucristo como una excepción ontológica.

A la pregunta '¿quién o qué es Cristo?', la tradición ha respondido afirmando que Él tiene dos naturalezas en una persona, naturaleza divina y humana, pero solamente una persona divina⁴⁰. Esta afirmación de la completa humanidad y divinidad de Jesucristo ha sido defendida a lo largo de los siglos contra las diversas herejías. El apolinarismo negaba el alma humana de Cristo. El monofisismo no aceptaba su naturaleza humana. Posteriormente aparecen otras formas similares como el monotelismo, que quitaba la

³⁴Ratzinger presenta aquí una analogía con la física moderna en el dilema honda-corpúsculo.

³⁵Cf. S. AGOSTINO, *De Trinitate*, 5,5,6.

³⁶Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 184.

³⁷Cf. P. SCARAFONI, «La persona nel...», 145.

³⁸Cf. P. SCARAFONI, «La persona nel...», 147.

³⁹Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 186.

⁴⁰Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 188.



voluntad humana a Cristo, y el monoenergismo, que negaba su actualización y la sustitución por parte de la voluntad divina.

El factor común de estas reducciones se encuentra en el esfuerzo por ubicar el concepto de persona en algún punto de la dimensión psíquica de Jesucristo. Ante esto, la Iglesia nunca ha concedido una sustracción a la humanidad de la segunda persona. Este esfuerzo y defensa ha sido una particularidad del pensamiento cristiano que se ubica en un punto de vista existencial diverso al pensamiento de carácter sustancial de tipo griego y latino.

Tres definiciones de persona de autores cristianos confirman lo dicho: Boecio desde el concepto de sustancia: *naturae rationalis individua substantia*; Ricardo de San Víctor desde la existencia: *spiritualis naturae incommunicabilis existentia*; y Santo Tomás de Aquino, que sigue la línea existencial del segundo.

Así, el concepto de persona en Jesucristo es presentado en su complejidad de dos naturalezas completas. Se presenta una ontología de la libertad

para afirmar que la unidad en Cristo se da en el plano de la existencia y en la comunión de sus dos voluntades⁴¹.

La voluntad humana de Cristo expresa su "sí" a la voluntad divina del Logos y llegan a ser una existencialmente, pero permaneciendo dos realidades autónomas ontológicamente. Tal unidad realiza una verdadera y nueva unidad del ser que deriva del amor y es resultado del amor y de la libertad⁴². Así se percibe con más claridad el verdadero intercambio humano y divino, la comunión entre Creador y creatura.

En el dolor de este intercambio, y solamente aquí, se cumple la fundamental y única transformación redentora del hombre que cambia las condiciones del mundo. Se observa aquí la profundidad del pensamiento de Ratzinger, que sabe conjugar la Cristología con la metafísica para iluminar el concepto de persona sin olvidar las aplicaciones antropológicas⁴³.

El pasaje de Cristo en Getsemaní, analizado por Ratzinger, puede presentarse como escena que encarna lo dicho de forma más especulativa:

El drama del Monte de los Olivos consiste en que Jesús restaura la voluntad natural del hombre de la oposición a la sinergia, y restablece así al hombre en su grandeza. En la voluntad natural humana de Jesús está, por decirlo así, toda la resistencia de la naturaleza humana contra Dios. La obstinación de todos nosotros, toda la oposición contra Dios está presente, y Jesús, luchando, arrastra a la naturaleza recalcitrante hacia su verdadera esencia⁴⁴.

Además de la negación y defensa de la humanidad de Jesucristo, aparece el problema de considerar la persona de Jesucristo como una excepción. Ratzinger afirma que incluso Santo Tomás lo consideró



⁴¹Cf. J. RATZINGER, *Guardare al Crocifisso*, Jaca book, Milano 1992, 81.

⁴²Cf. J. RATZINGER, *Guardare al Crocifisso*, 82.

⁴³J. PRADES, « El Dios de Jesucristo en Joseph Ratzinger », *Revista de antropología y cultura cristianas*, in <http://www.humanitas.cl/benedicto-xvi/el-dios-de-jesucristo-en-joseph-ratzinger>. [26-4-2019].

⁴⁴J. RATZINGER, *Jesús de Nazaret, Desde la entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Ediciones Encuentro, Madrid 2011, 190.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

así⁴⁵, y que, por lo tanto, tampoco en la cristología se ha conseguido introducir el concepto de persona como relación. De esta manera, la aportación cristiana a la totalidad del pensamiento humano no se realiza.

Por este motivo es necesario no aislar el concepto de persona en Jesucristo como una particular percepción teológica sin ninguna posibilidad de extensión o aplicación al hombre. La excepción logra mostrar al pensamiento humano que sus esquemas interpretativos sobre el hombre son limitados, y que debe ampliarlos para continuar dando un orden al todo⁴⁶.

Si, por lo tanto, Cristo no es considerado la excepción ontológica, sino que se convierte, por su posición excepcional, en la revelación de toda la esencia del hombre, entonces también el concepto cristológico de persona constituye para los teólogos la indicación de cómo se debe interpretar la persona⁴⁷.

Se percibe así el interés por superar un concepto "sustancialista" e individualista de persona humana. La noción de persona se empobrece si se le reduce a sustancia individual encerrada en sí misma. Por este motivo Ratzinger busca superar la comprensión clásica del ser personal de estas definiciones y evitar la reducción monista de la analogía psicológica agustiniana. La búsqueda se encamina más en una clave dialógica, personalista y existencial de la persona en Dios, en Cristo y en el hombre.

De esta manera, Ratzinger, analizando a Jesucristo como enviado y como Logos de Dios, rescata la relacionalidad del concepto de persona superando el enfoque de la sustancia. Este nuevo horizonte interpretativo lo propone no como una excepción ontológica, sino como una extensión en la comprensión

del hombre.

3. El hombre como persona. Aplicación antropológica

De lo anteriormente dicho se pueden sacar algunas consecuencias para la antropología. En primer lugar, se afirma que el espíritu es el "ser-en-relación", caracterizado por la capacidad de verse a sí mismo y al otro. El espíritu, superándose a sí mismo, se comprende. Aquí radica la diferencia principal con la materia, en la proyección de sí mismo.

Este dinamismo es conocido también en campo filosófico como apertura a la totalidad, y es una vía de acceso a Dios. Esto concuerda con la llamada del Evangelio: «El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará» (Mt 10,39). Así, el hombre cuanto más conoce a Dios llega a ser más hombre según el ser espiritual que es, y, en vez de ser anulado por Dios, es realizado plenamente en su humanidad al encontrar su vocación y el sentido de su existencia en la proyección hacia ese Absoluto que lo hace trascender y que se le presenta como Verdad y Amor⁴⁸.



⁴⁵El mismo Ratzinger aclara en este punto que el enfoque tomista no se trata de un error sino de un límite.

⁴⁶En este punto Ratzinger, siguiendo a Teilhard de Chardin, introduce una interesante analogía entre la comprensión del concepto de Persona en Jesucristo y la física moderna. En esta última, el fenómeno excepcional de la radioactividad no fue considerado como un hecho aislado ni como una simple anomalía, sino que, por el contrario, fue un camino de desarrollo que por su extensión ayudó a comprender otro tipo de fenómenos.

⁴⁷J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 189.

⁴⁸Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 190.



La segunda consecuencia que aporta la cristología al concepto de persona es la dimensión del “nosotros”. El hombre no se limita al “yo” suyo y al Tú de Dios, sino que, por todas partes, el “yo” está oculto dentro de un “nosotros” más amplio⁴⁹. Esto sucede porque la persona del Verbo, en la cual estamos, se encuentra en la dimensión del nosotros de Dios, y así la humanidad de Cristo se abre como un lugar para el nosotros de los hombres⁵⁰. «Con este nosotros trinitario, por el hecho de que Dios existe como un nosotros, se abre también un espacio para el nosotros humano»⁵¹.

El concepto de persona visto a la luz de la Trinidad y de la Cristología permite iluminar el misterio del hombre ubicándolo en la relacionalidad y la apertura a Dios. De esta manera, el hombre es llamado a salir de sí mismo, a superar su “clausura” y a realizar libre y plenamente su yo humano en el nosotros divino.

III. Jesucristo, “el último hombre y el nuevo Adán”

La pregunta por el hombre planteada al inicio de este trabajo conduce directamente en Ratzinger a la pregunta por Jesucristo. La estrecha relación entre Cristología y antropología es absolutamente necesaria para descifrar el enigma. El hombre, sumido en su angustia existencial, no puede salvarse por sí mismo y necesita un Salvador que siendo “hombre como él” no sólo redima su pecado, sino que le recuerde lo que significa ser hombre.

Es aquí en donde Jesucristo se convierte realmente en “camino, verdad y vida”. Él no sólo es el hombre perfecto a imitar, sino que es el horizonte en el cual el hombre se comprende mejor y el Tú con el cual configurarse y trascender la propia limitación. En este sentido se comprende el título de este capítulo: “Jesucristo, el último hombre, el Nuevo Adán”:

Hay que ver cómo cambian las cosas cuando se entiende la clave paulina según la cual Cristo es el último hombre⁵² (ἔσχατος Ἄδὰμ) (1Cor 15,45), el hombre definitivo, el que lleva al hombre a su futuro, que consiste en ser uno con Dios y no ser un simple hombre⁵³.

Sólo descubriendo a Jesucristo como respuesta a los interrogantes más profundos del hombre se puede esclarecer el misterio humano y arrojar algo de luz sobre la pregunta: ¿Quién es el hombre? Ratzinger, en su búsqueda, se sumerge en una cristología existencial y busca en ella la respuesta a las preguntas más profundas de la vida. En otras palabras, diríamos que Ratzinger:

No deja de recordar que la fe cristiana no se reduce a las preguntas que nacen de la pura experiencia humana, sino que encierra algo siempre mayor; tanto es así que, de hecho, sólo Jesucristo, en cuanto respuesta que precede a toda pregunta, logra que el hombre retome sus preguntas, las vuelva a abrir cuando tendería a cerrarlas, las formule adecuadamente⁵⁴



⁴⁹Cf. J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 191.

⁵⁰La Liturgia en su precisión y belleza expresa este misterio cuando exclama: «per Christum in Spiritu Sancto ad Patrem».

⁵¹J. RATZINGER, *Dogma e Predicazione...*, 192.

⁵²Y así está escrito: El primer hombre Adán fue hecho un alma viviente; el postrer Adán, un espíritu vivificante (1Cor 15,45).

⁵³J. RATZINGER, *En el principio...*, 62.

⁵⁴J. PRADES, «El Dios de Jesucristo...».



Para comprender cómo Jesucristo es el último hombre y el Nuevo Adán, es necesario abordar algunos temas de su vida, de su muerte y de su resurrección. En este triple análisis y en su relación con el relato de la creación y el pecado se pueden encontrar las respuestas a las necesidades humanas más profundas.

1. Jesucristo, camino y vida

Una primera consecuencia importante a nivel cristológico se puede sacar centrando la atención en la unión de naturalezas y la única persona de Jesucristo. Según la fe, en Jesús es definitiva la unión de la humanidad y la divinidad, que lo hace el hombre ejemplar. Esto implica que, precisamente por serlo, supera los límites del ser humano. Jesús vive por y para su Padre, y manifiesta en ello una total apertura de su ser. Esta orientación definitiva hacia Dios muestra cómo Jesucristo se trasciende completamente a sí mismo, y por eso es el que llega verdaderamente a sí mismo (Jn 19,5).

En este hombre ejemplar se encuentra una verdad importante para todo ser humano. El hombre auténtico es más hombre cuanto más está totalmente orientado al otro. Pero este "otro" no puede ser cualquiera, sino el "totalmente otro", que es Dios.

Por tanto, el hombre es plenamente él mismo cuando deja de ser él mismo, cuando no se encierra en sí mismo y deja de afirmarse, cuando es pura apertura a Dios⁵⁵.

Se puede decir que el hombre, a la luz de Jesucristo, es el que rompe su cerrazón para ser apertura total, encuentro y búsqueda de Dios. De hecho, Ratzinger llega a afirmar que ser espiritual, tener un alma espiritual indica precisamente estar abierto a Dios. Así, cuanto más el hombre descubra su trascendencia estructural y viva de acuerdo a ella, más plenamente se desarrollará.

Conviene recordar lo que se ha dicho en la primera parte de este trabajo sobre la creación. El retrato que Ratzinger ha hecho del hombre caído manifiesta "la otra cara" contrapuesta a la imagen de Dios. El pecado desfigura el rostro humano e impide al hombre relacionarse de manera adecuada en varias direcciones: con Dios, consigo mismo, con los demás y con el universo⁵⁶.

Siendo el hombre un ser relacional, como se ha dicho en la segunda parte de este trabajo al analizar el concepto trinitario de persona, la ruptura de esta armonía en las relaciones es una consecuencia trágica. Adán, sospechoso de la cercanía de Dios y de su alianza, quiere atravesar los límites del bien y del mal, pretendiendo ser un dios⁵⁷.

No quiere ser criatura porque no quiere ser medido, no quiere ser dependiente. Entiende su dependencia del amor creador de Dios como una resolución extraña. Pero esta resolución extraña es esclavitud, y de la esclavitud hay que liberarse. De esta manera el hombre pretende ser Dios mismo. Cuando lo intenta se transforma todo. Se transforma la relación del hombre consigo mismo y la relación con los demás: para el que quiere ser Dios, el otro se convierte



⁵⁵Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo...*, 197.

⁵⁶Se podrían recordar aquí algunos planteamientos filosóficos como el de Jean Paul Sartre, que manifiesta esa incapacidad relacional humana: «el infierno son los otros».

⁵⁷Cf. J. RATZINGER, *En el principio...*, 91.



también en limitación, en rival, en amenaza⁵⁸.

El hombre, por tanto, renuncia a su verdad creatural, queda aislado, encerrado en sí mismo, desvinculado de la auténtica verdad y bien en un mundo que también ha sido perturbado en su orden inicial por las consecuencias del pecado. En esto consiste principalmente el pecado: en la negación de la verdad y la ilusión de autosuficiencia y autodeterminación. El hombre caído, pretendiendo ser dios sin Él, se convierte en un pseudo-dios, y en una caricatura estructuralmente desintegrada⁵⁹.

Un hombre así no puede redimirse a sí mismo, no puede restaurar el orden roto de la creación, ni su capacidad de relación. Por eso, Ratzinger afirma que la redención debe ser operada por el mismo Creador que, haciéndose hombre, le devuelva a éste su capacidad de amar y ser amado, y le lleve a redescubrir en Él su verdadera humanidad.

Lo mostrado en el Antiguo Testamento sobre el primer hombre y su pecado debe ser iluminado por el Nuevo Testamento que, con la luz de Cristo como último hombre o nuevo Adán, constituye la verdadera redención y el verdadero rostro humano. La cruz de

Cristo y el misterio pascual es aquí el marco de referencia para esta iluminación.

Se puede decir que Jesucristo recorre de manera inversa el camino de Adán. El ser-como-Dios en Jesucristo significa también ser hijo. A diferencia del querer ser como Dios sin Dios de Adán, Jesucristo, en su encarnación y obediencia, restaura la relación. La verdadera divinidad en Él no se manifiesta sólo en la exigencia de autonomía y desconfianza hacia la Verdad, sino que asume la forma de dependencia libre, de siervo obediente. Jesucristo no elige el camino de la fuerza sino el del amor y de la libertad, y por eso mismo puede descender hasta el engaño de Adán, hasta su muerte, y mostrar allí la verdad que da vida⁶⁰.

Así, Cristo se convierte en el nuevo Adán, con el que el ser humano comienza de nuevo. El, que, desde el fundamento es nuestro punto de referencia; el hijo que restablece correctamente de nuevo las relaciones. Sus brazos extendidos son la referencia abierta, que continúa estando abierta para nosotros. La cruz, el lugar de su obediencia, se convierte en el verdadero árbol de la vida⁶¹.

Observando el camino inverso elegido por Jesús tenemos una segunda consecuencia importante sobre el hombre. La liberación del pecado es liberación de la incapacidad de relacionarse, y es el encuentro con la verdad de esa relación: ser dioses significa ser hijos en el amor y la libertad de la obediencia.

La cruz

Este camino inverso elegido por Jesucristo llega a su máxima expresión en su pasión. El viernes santo ubica la cruz como punto fijo y punto de encuentro entre dos extremos aparentemente inconciliables: Dios y la creatura alejada de Él.

Toda la pobreza humana, todo el desamparo

⁵⁸. RATZINGER, *En el principio...*, 91.

⁵⁹Cf. J. RATZINGER, *En el principio...*, 92.

⁶⁰Cf. J. RATZINGER, *En el principio...*, 96.

⁶¹J. RATZINGER, *En el principio...*, 97.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

humano, todo el pecado humano, se hacen visibles en la figura de Jesús crucificado, que está en el centro de la liturgia del Viernes Santo. Y, sin embargo, a lo largo de toda la historia de la Iglesia, ha despertado sentimientos de consuelo y de esperanza⁶².

Aquí se presenta otra de las grandes novedades cristianas respecto a las demás religiones. En el cristianismo no se trata de que el hombre intente salvarse de su pecado ofreciendo sacrificios o expiando de mil maneras para satisfacer a Dios. En este caso es Dios quien toma la iniciativa por amor, sabiendo que el acto de la redención supera las capacidades del hombre.

El sacrificio cristiano no consiste en que le damos a Dios algo que no podría tener sin nosotros, sino en que recibimos lo que nos da, en que dejamos que nos dé algo. Consiste en dejar que Dios haga algo en nosotros⁶³.

Así, la teología de la cruz arroja otra importante verdad sobre el hombre. En este caso presenta un rostro humilde que, reconociendo su impotencia, no pretende ser un superhéroe clásico que carga con el peso de su pecado y con sus fuerzas o sacrificios lo redime. Es el



hombre que, reconociendo su creaturalidad, acepta la iniciativa divina y se dispone a dejarse amar en su pecado y a cooperar libremente en esta obra.

Jesucristo, "sacrificando" su humanidad en la obediencia y el amor, realiza la empresa imposible para el hombre y se convierte en la única posibilidad real de redención. Cuanto más acepte el hombre débil esta entrega y se una a ella, mejor podrá operarse la obra de la salvación en él.

Además de esto, la pasión de Cristo revela otra verdad sobre el hombre. Como se dijo antes, una de las consecuencias del pecado de Adán fue rechazar la verdad y así, vivir en la falsedad. Parecería entonces que la verdad definitiva del hombre es precisamente su falta de verdad⁶⁴.

Ratzinger, analizando el pasaje de Jesús ante Pilato del Evangelio de San Juan, afirma que el *Ecce Homo*⁶⁵ muestra directamente al mundo lo que es el hombre. Jesucristo crucificado llega a ser el espejo para ver sin engaño lo que el hombre es. En ese rostro desfigurado y en el cuerpo torturado se puede ver con claridad al verdadero hombre justo, a quien por serlo es incomprendido y juzgado. Por una parte, se revela quién es Dios, y, por otra, quién es el hombre. El mundo, cegado por su mentira, no puede soportar la tremenda verdad sobre sí mismo, y por eso la rechaza cerrando los ojos ante el brillo deslumbrante de la luz de Cristo.

La cruz es, pues, el verdadero centro de la revelación, de una revelación que no nos dice nada desconocido, sino que nos revela quiénes somos de verdad al ponernos ante Dios y al poner a Dios en medio de nosotros⁶⁶.

En medio del pecado, de la sangre y de la angustia Dios habla al hombre desde Jesucristo para recordarle que no está solo, y que, a pesar de todo, sigue siendo su creatura, su hijo amado por quien es

⁶²J. RATZINGER – H.U. VON BALHASAR – L. GIUSSANI - J.H. NEWMAN. *Via Crucis*, Ediciones Encuentro, Madrid 199, 12.

⁶³J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo...*, 236.

⁶⁴Cf. J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo...*, 236.

⁶⁵Cf. Jn 19,5.

⁶⁶J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo...*, 244.



capaz de dar su vida. La resurrección será la confirmación de este maravilloso gesto de amor divino y mostrará un horizonte nuevo de esperanza.

4. La resurrección

Ratzinger afronta el tema de la resurrección de Jesucristo en un ámbito escatológico y en estrecha relación con el descenso a los infiernos y la ascensión.

Jesucristo, como último Adán o último hombre, afronta todo lo humano hasta el extremo. Tras su pasión, desciende a los infiernos, y allí, en esa última soledad, vence la decisión del hombre caído de encerrarse en sí mismo.

La resurrección y la ascensión son entendidas aquí como un paso de la vida biológica a la "vida verdadera" operado por Jesucristo. Se abre así el cielo, no como un lugar físico maravilloso sino como una nueva dimensión del ser más allá de las posibilidades del hombre. Este paso se da en Jesucristo y lo comunica al hombre como don y gracia superabundante.

El cuerpo resucitado de Jesucristo presenta este nuevo horizonte entre la continuidad y la discontinuidad, e ilumina el destino final del hombre llamado a participar de esa nueva vida.

De esta manera, Jesucristo se convierte en el centro de la historia, y su descenso a los infiernos y su ascensión al cielo muestran dos posibilidades del ser humano: el encerramiento propio y rechazo de Dios en el infierno, o la apertura a recibir de Dios el don de la vida.

Jesucristo resucitado es el último hombre, en el cual se manifiesta la vocación auténtica del ser humano. En Él se cumple el diseño providente pensado para Adán, se cumplen los deseos de inmortalidad de todo



hombre⁶⁷. Su victoria sobre la muerte confirma también que sólo la apertura a los otros y a Dios en el amor puede vencer los límites de la muerte y es el auténtico camino de realización y plenitud humana.

Dando un paso más, Ratzinger, recordando la línea de pensamiento de la evolución de Teilhard de Chardin⁶⁸, ubica a Jesucristo en el paso definitivo de la escala evolutiva.

La fe ve en Jesús al hombre en quien, desde el punto de vista del esquema biológico, ya se ha realizado la próxima etapa de la evolución, al hombre en quien se ha verificado la ruptura del modo limitado del ser del hombre, de la reclusión monádica⁶⁹.

Esto, sin embargo, debe entenderse como una nueva dimensión de la materia en el contexto de la unión entre el ser divino y el ser humano, superando tanto el dualismo materia-espíritu como la pura metafísica desconectada de la historia, que disolvería al hombre en Dios disolviendo su ser personal.

Jesucristo, por tanto, es el centro de la historia humana, el espejo en el cual contemplar el rostro

⁶⁷Ratzinger profundiza al respecto afirmando que dos manifestaciones de ese deseo de inmortalidad son la búsqueda de fama y el querer permanecer en los hijos.

⁶⁸En este punto, Ratzinger saca a relucir lo positivo del pensamiento de Teilhard de Chardin, aunque afirma que el lenguaje demasiado biológico es arriesgado.

⁶⁹J. RATZINGER, Introducción al cristianismo..., 201.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

humano, y, a la vez, el «lugar de encuentro entre lo humano y lo divino» en el cual encontrar la propia identidad. Sin embargo, conviene hacer una última observación, recordando que “el caso de Jesucristo” no es una mutación extraña o excepción ontológica sino todo lo contrario: es el cumplimiento del diseño divino para el hombre, y, por tanto, el camino, la verdad, la vida, y el marco interpretativo en el cual se debe encuadrar al hombre.

Por este motivo, Jesucristo vincula de modo tan íntimo a sus discípulos a su Persona y a su misión. La Sagrada Escritura confirma de manera contundente esta llamada a la unión y configuración con El a través de muchos caminos.

La alegoría de la vid y los sarmientos muestra precisamente esa unidad e inserción en su vida. La eucaristía es también una confirmación de esa íntima unión de los hombres con Él. El costado abierto de donde emana la sangre y agua, que como sacramentos nutrirán la Iglesia, son fruto de esa misma voluntad salvífica a participar de su vida y a identificarnos con Él. San Pablo concreta esta realidad precisamente en un llamado a la identificación con Él:

Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando condición de siervo haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es Señor para gloria de Dios Padre⁷⁰.

5. Hacia una definición cristiana del hombre

Como se ha visto, son muchos los elementos antropológicos extraídos del pensamiento de Ratzinger. Mirar al hombre con los ojos de este autor es todo un reto. Sintéticamente en este trabajo se han puesto tres coordenadas de su pensamiento para encuadrar la pregunta ‘¿Qué es el hombre?’, y resaltar la novedad cristiana.

En la primera parte se descubre al hombre en la figura de Adán. En él, como primer hombre, se revelan las dos caras de todo ser humano. Por una parte, es la imagen de Dios, y, como tal, su representante, propiedad y diseño suyo. Como ser espiritual creado a su semejanza participa de su dignidad y es inviolable.

Al mismo tiempo el Génesis ha mostrado, en los sucesivos crímenes y difusión del mal, la otra cara del hombre: la de la fragilidad terrena e inclinación al pecado. Este contraste es personificado en las parejas de hermanos del Antiguo Testamento y muestran con claridad que la vida del hombre es un drama y que él por sí mismo no puede salvarse.

En la segunda parte, el concepto de persona a la luz de la Trinidad y de la Cristología ha desvelado que el hombre es aquel ser relacional que se inserta en un nosotros mayor que él mismo y supera la relación



⁷⁰Fp 2,5-11.



yo-tú. Superando el sustancialismo y el peligro de individualismo que lleva a la cerrazón, el hombre se presenta, a ejemplo de Jesucristo, como el ser abierto ontológicamente a Dios y a los demás. Es un hombre que sólo en la apertura, el diálogo y el amor puede encontrar el sentido de su existencia.

En la tercera parte, Jesucristo como Nuevo Adán y último hombre, se presenta como el cumplimiento del plan salvífico de Dios. El *Ecce Homo* y la muerte en cruz revelan al hombre su realidad caída y las consecuencias del pecado en medio de la ceguera del mundo. En la cruz Cristo asume todo el mal del hombre caído y lo vence a través de su amor y obediencia al Padre. Con el descenso a los infiernos se vence la soledad y cerrazón absoluta de quien rechaza a Dios, y se abre la posibilidad de recibir la vida como don en la resurrección.

Así, Jesucristo, en su cruz y resurrección, encarna las dos caras del hombre vistas en el *Génesis*, y devuelve al hombre su identidad y esperanza. Jesucristo no es una excepción ontológica o un simple hombre ejemplar a imitar, sino un camino y un lugar de encuentro entre el ser del hombre y el ser de Dios.

Conclusión

En un mundo de progreso y desarrollo, en el que se descubren las maravillas del universo, el hombre seguirá siendo siempre ese misterio insondable, ese "microuniverso" en el cual navegar.

Sería temerario responder a la pregunta por el hombre sin la humildad de quien reconoce esa complejidad y acepta los rayos de luz que vienen de lo alto como ha hecho Ratzinger. Más que mirar hacia dentro del mismo hombre, se debe aceptar el reto de mirar a los ojos a Jesucristo para descubrir en Él los dos rostros de Adán y, en ellos, la dignidad y el sentido de la vida más allá de los límites de su naturaleza.

La visión cristiana del hombre está impregnada del contraste realista de quien sabe que, por una parte, es imagen de Dios, representante y propiedad suya, y, a su vez, reconoce su fragilidad creatural y la necesidad de salvación. Es la visión de un hombre que no sólo es un individuo encerrado en sí mismo, sino también una

persona, un ser relacional llamado a la comunión de amor con Dios y con los demás.

Si el hombre no se descubre como *capax Dei* y llamado a establecer esos vínculos, jamás podrá llegar a su plenitud ni satisfacer los deseos más íntimos de su corazón. Adán y Jesucristo delinear el sentido de la existencia humana y son el camino adecuado para reconocer la identidad propia, la misión y el destino final para el cual el hombre ha sido creado.

Palabras clave: Antropología teológica, Jesucristo, Joseph Ratzinger.

** Agradecemos a la revista Ecclesia, que nos ha permitido publicar este artículo.*



San Juan Pablo II, el Papa del amor humano, del matrimonio y de la familia (parte III)



P. Alfonso López Muñoz, L.C.
 Doctor en Filosofía,
 Licenciado en Teología Dogmática

El hecho de que san Juan Pablo II sea considerado “El Papa del matrimonio y de la familia” queda ya de suyo justificado con tan sólo atender a “la enorme cantidad de iniciativas [...] que emprende a favor del matrimonio y la familia” durante su papado y en tan poco tiempo, “sobre todo en los primeros años del su pontificado”; todo lo cual “habla por sí mismo”¹.

El cardenal Karol Wojtyła fue elegido sucesor de Pedro el 16 de octubre de 1978; el 25 de febrero, apenas cuatro meses después, celebra su primer matrimonio como Papa, lo cual es un hecho muy significativo de cuanto venimos diciendo. La joven, de nombre Vittoria, había colaborado en la construcción del ‘Nacimiento’ de Navidad que cada año se edifica en el centro de la plaza san Pedro; cuando el Papa fue a visitarlo, Vittoria se le acercó y le pidió si aceptaría el casarla. El Papa dijo que sí. A los dos meses el Papa presidía el sacramento del matrimonio de Vittoria Janni con Mario Maltese. Y es que, como hemos venido mostrando, ya desde joven sacerdote, Karol Wojtyła era un verdadero enamorado del amor humano y sabía que éste es el “gran misterio” del que habla san Pablo, como también sabía bien qué

de la plenitud de éste, es decir el matrimonio, viene todo: la vida, el amor, la familia; la sociedad, el mundo, la Iglesia.

En 1980 Juan Pablo II convocará al primer sínodo de su pontificado: el tema era precisamente la familia cristiana en el momento actual de entonces. Al año siguiente, en mayo de 1981, crea un dicasterio nuevo: el Pontificio Consejo para la Familia, el cual sustituiría lo que era sólo una Comisión para la Familia, la cual había sido instituida por Pablo VI en 1973. Con ello, el Papa Wojtyła quería darle todo el peso y relevancia que el tema de la familia tenía para la Iglesia. El día 13 de junio, en el que se llevaría a cabo el atentado contra su vida en la plaza san Pedro, san Juan Pablo crea el Pontificio Instituto para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia, el cual después se llamaría “Instituto Juan Pablo II”, y que hoy tiene presencia en todos los continentes en diversos países, y el cual ha hecho una gran labor formando a profesionales del ámbito familiar: educadores, psicólogos, psicoterapeutas, así como sacerdotes y agentes consagrados y seglares de la pastoral familiar; además son muchos los matrimonios y familias que

¹Cfr. “Jean Paul II et la famille”, o. cit., capítulo tercero.



también se han beneficiado de la formación que el Instituto ofrece, siempre enraizada ésta en la Palabra de Dios, la Tradición auténtica de la Iglesia y el Magisterio perenne de la Iglesia. Ahora bien, todo ello desde la perspectiva misma de la gran aportación -original, profunda y renovadora- del mismo Karol Wojtyła – Juan Pablo II, sobre todo en lo estudiado, contemplado y expresado en las ya antes referidas “Catequesis sobre el amor humano”, la conocida “Teología del cuerpo”.

El 22 de noviembre de 1981 publica la exhortación postsinodal *“Familiaris consortio”*, sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual. Sin duda es el último gran documento magisterial de la Iglesia sobre el tema de la familia, vista de manera muy completa, la cual recoge precisamente el magisterio perenne de la Iglesia al respecto, y al mismo tiempo se puede advertir en el mismo la mano de Juan Pablo II, con su visión integral e integradora de la persona humana, del amor humano y de la familia misma. En la conclusión del documento el Papa afirmará, por primera vez, algo que sería una especie de *“leit-motiv”* de su predicación sobre la familia durante todo su pontificado: “El futuro de la humanidad pasa a través de la familia”. Y medio año después, el 15 de mayo de 1982, en el santuario mariano de Sameiro, junto a Braga, Portugal, dará una importante homilía sobre el matrimonio ante unas cincuenta mil personas, y en la que retoma esa misma frase. En dicha homilía recordará que el futuro del hombre sobre la tierra está ligado a la familia; de ésta, más que cualquier otra sociedad o institución o ambiente, depende el futuro del hombre. Y recordaría esa otra gran verdad de que

“el matrimonio es el fundamento de la familia, así como la familia es el vértice del matrimonio. Por ello es imposible separarlos”.

“El futuro de la humanidad pasa a través de la familia”. ¡Cuánta razón tenía el Papa! Basta echar un vistazo a la situación del mundo actual en cuanto a la degradación de los valores y la cultura auténtica en general para ver que todo ello se ha fraguado desde la destrucción de la familia. Y sabemos bien que todo ello no se ha dado *“sua sponte”*, de casualidad, sino que ha estado en buena medida pensado, proyectado y llevado a cabo por parte de los enemigos de Dios, del hombre mismo y de la Iglesia sobre todo en los últimos decenios; aunque, como también es sabido, el secularismo y relativismo imperante hoy tiene sus orígenes más atrás: ya desde el iluminismo y la lucha de la Diosa Razón y soberbia humana contra el único Dios creador y salvador, y después con las ideologías que de aquella cultura atea y anticristiana nacieron, se venía gestando tal concepción falsa y nefasta de ver a Dios, al hombre y al mundo.

Durante el Año Santo de 1983, el Papa decidió celebrar todos los sacramentos de manera solemne para significar con ello que todos los sacramentos que administra la Iglesia son fruto y efusión de la obra de redención operada en Jesucristo por medio de Su Encarnación, Vida, Pasión, Muerte y Resurrección. Ahora bien, el día 9 de octubre en la Basílica de san Pedro no celebró un matrimonio sino diez. Pero no sólo, sino que invitó a tal ceremonia a todas las parejas de Roma que celebraban sus bodas de plata y bodas de oro. Y al final de la celebración regaló a cada una de las parejas un ejemplar de la *“Familiaris consortio”*, acompañando el obsequio con las siguientes palabras: “Cada uno de ustedes, hecho a imagen de Dios, es expresión del amor eterno”, añadiendo que “Dios ha inscrito en la pareja humana el sacramento eterno”. ¡“Sacramento eterno”! Es decir, sale a relucir de nuevo ese “gran misterio” del que habla san Pablo cuando habla precisamente del matrimonio cristiano en la carta a los Efesios y hace ver que éste es sacramento –misterio: velo y signo a la vez– precisamente del matrimonio místico de Cristo con su esposa la Iglesia.

Ese mismo año de 1983, el 22 de octubre, la Santa Sede publica la “Carta de los derechos de la familia”, y diez años más tarde, la misma ONU decreta que el



DIMENSIÓN INTELECTUAL

1994 sería el “Año internacional de la familia”. Pues bien, como dirá Yves Semen, “Juan Pablo II tendrá un golpe de genio y de audacia, ya que -dice- roba, por así decirlo, tal evento proclamando ese mismo año el “Año internacional cristiano de la familia”², madrugando literalmente a la ONU, ya que inauguró tal año jubilar de la familia nada menos que en Nazaret el 26 de diciembre de 1993, fiesta de la Sagrada Familia!! Ya en 1994, el 1° de enero, solemnidad de la Santa Madre de Dios, en el mensaje tradicional de la Jornada mundial por la paz, la cual coincide con dicha fiesta mariana, afirmaba que “de la familia nace de la paz de la familia humana”. Al mes siguiente, el 2 de febrero, fiesta de la Presentación del Señor, presentaría ese magnífico regalo para la Iglesia y el mundo que fue la “Carta a las familias”, cuyo título oficial, en latín, es “*Gratissimam sane*”.

Y ya en Pascua de ese mismo año, en su mensaje de Pascua, afirmará que “la familia es el patrimonio de la humanidad”, por lo que “lo que amenaza a la familia, amenaza al hombre”. Meses después, el 9 de octubre, mes del rosario, se lleva a cabo el primer “Encuentro mundial de las familias”: doscientas mil personas se encontraban reunidas en la plaza san Pedro y en sus alrededores. En esa ocasión, el pontífice proclamó con gran fuerza un discurso extraordinario, en el que, entre muchas otras cosas, les decía a las familias ahí reunidas, y en ellas a todas las familias del mundo: “A ustedes familias, os lo repito: ¡No tengan miedo! El Señor os llama a convertirlos en los artífices de una nueva era de esperanza en la comunidad cristiana y en el mundo. La familia es el corazón y el centro de la civilización del amor. En la Iglesia y en la sociedad es ahora el momento de la familia. La Iglesia tiene necesidad, hoy más que nunca, de laicos santos y de familias santas. Familia, ¿qué dices de ti misma? Yo soy *Gaudium et spes*, gozo y esperanza”.

Como bien sabemos, “*Gaudium et spes*” es el título de la constitución conciliar sobre la Iglesia en el mundo del Concilio Vaticano II; y también es sabido que el entonces cardenal Wojtyła era parte del equipo de trabajo y redacción de la misma, y sobre todo de la primera parte de la misma. De hecho, se percibe su



fuerza, su entusiasmo por el hombre, por la dignidad de la persona, por la defensa de su valor trascendente a lo largo de todo el documento, pero de manera especial precisamente en la primera parte del mismo.

En 1997 se llevó a cabo el segundo “Encuentro mundial de las familias” en Río de Janeiro. Fue muy significativo el hecho de que, sin dirigirse a las personalidades y altos representantes oficiales en el evento, Juan Pablo II se dirige directamente a las familias, pues el encuentro era con ellas y él estaba ahí para ellas; sus palabras iniciales lo dejan en claro: “Permitidme decíroslo: la verdad es que estoy aquí por ustedes; he venido aquí para estar con ustedes, ¡y con ustedes quiero estar!”. Y en la homilía de la Misa de clausura de este gran encuentro mundial, hará la siguiente proclamación sobre la familia dirigiendo sus palabras a la familia misma: “Dios quiere que seas bella, que vivas la plenitud de la dignidad humana y de la santidad de Cristo; que estés al servicio del amor y de la vida. Tuviste tu inicio en el Creador y has sido santificada por el Espíritu Santo Paráclito, para que convertirte en la esperanza de todas las naciones”.

De hecho, ya en la víspera de esa Misa, en el impresionante estadio Maracanã, afirmaba el Papa que “la causa de la familia confiere dignidad al mundo y da la libertad en la verdad auténtica del ser humano, del misterio de la vida, que es don de Dios, del hombre y de la mujer, ambos imagen de Dios. Es necesario luchar por esta causa para que podáis asegurar vuestra

²Cfr. *Ibidem*.



felicidad y el futuro de la familia humana. Defendí a vuestras familias como don precioso e insustituible que son. ¡Ayudadlas, ayudadlas! Está en juego vuestro futuro”. Y la conclusión de este discurso se dio como en dos tiempos: en el primer tiempo fue una especie de meditación que retomaba la visión sobre el amor de Juan Pablo II, la cual ya estaba anunciada proféticamente en la obra de Karol Wojtyła “Amor y responsabilidad”, del 1960: “Amor y responsabilidad: estas dos palabras se presentan como las justas y necesarias. Llegué a esta conclusión hace cincuenta años. Así es: hace cincuenta años: amor y responsabilidad”; en el segundo tiempo, Juan Pablo II hace una comparación entre la arquitectura monumental del estadio Maracanã y la arquitectura divina del diseño divino sobre el hombre y la familia, al decir: “Aquí una arquitectura divina y una arquitectura humana se complementan maravillosamente”. Y eso es lo que hace decir a Mario Agnes, redactor en jefe del periódico vaticano *L’Osservatore Romano* en la editorial del mismo al día siguiente: “Juan Pablo II, el profeta de la familia según el diseño de Dios, se convirtió aquí, en Río de Janeiro, como arquitecto del futuro de la familia”³.

“Arquitecto del futuro de la familia”. Podría sonar exagerado. Pero no lo es si pensamos en cómo la concepción de Juan Pablo sobre el hombre, el matrimonio y la familia han de alguna manera revolucionado la manera en que se concibe hoy por hoy el amor humano y la sexualidad en la Iglesia. De manera especial ha tenido un gran influjo esa gran aportación original y potente dentro de la antropología cristiana que es la “Teología del cuerpo”, de la cual ya antes hemos dado algunas cuantas pinceladas, valiéndonos del conocimiento que de ella tiene Yves Semen, gran experto en el tema. Y otro tanto se ha de decir de “Amor y responsabilidad”, como ya aquí arriba el mismo Juan Pablo II hacía ver, al traer a colación la importancia de aquella intuición primigenia con respecto a la esencia del matrimonio. Es por eso que hemos de seguir profundizando en las enseñanzas de Karol Wojtyła - san Juan Pablo II sobre el amor humano y sobre matrimonio y familia.



Habría que mencionar también aquí el Tercer Encuentro mundial de las familias, el cual se llevó a cabo en Roma en el jubileo del año 2000. Por lo que se refiere al Cuarto Encuentro, mismo que tuvo como sede a Manila en el año 2003, el Papa ya no asistió, pues ya se encontraba demasiado cansado para ese año, que sería el penúltimo de su vida. Sin embargo, sí enviaría su último mensaje a un encuentro de esa naturaleza, mismo que podríamos decir que se trató de una especie de testamento para las familias católicas: “Imparto a todos ustedes mi bendición, dejándoos una consigna: ¡con la ayuda de Dios, haced del Evangelio la regla fundamental de vuestra familia, y de vuestra familia una página del Evangelio escrita para nuestro tiempo!”⁴.

Ahora bien, hay otro hecho extraordinario que habla por sí mismo en lo referente al hecho de que la familia era el centro de la atención y preocupación de san Juan Pablo II. Nos referimos a la beatificación del matrimonio Luigi e María Beltrame-Quattrocchi. Para Yves Semen ésta es “la gran audacia de su pontificado”, ya que se trata de la primera pareja en ser beatificada en razón de la santidad de su matrimonio; es decir, de la autenticidad y la heroicidad en que vivieron las virtudes cristianas en cuanto matrimonio; lo cual hace definitivamente a un lado la idea de que cuando se es casado no se pueda alcanzar la santidad; en todo caso ello podía ser posible si acaso “a pesar de”, o incluso “en contra de”, como anota Semen, al apuntar al hecho de que por

³Ibidem.

⁴Ibidem.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

mucho tal idea era común en la Iglesia⁵. De hecho, ya en 1992, en un encuentro con el clero de Roma, el Papa había expresado su deseo de ver una pareja elevada a los altares; en efecto, les decía a los sacerdotes en aquella ocasión: "Llevo en el corazón este gran deseo" -decía-, "pero me doy cuenta que los mecanismos de beatificación están lejos de abrirse a esta posibilidad. No hay tradición en este sentido. Creo que tendríamos que repensar todo esto". Así dejaba en claro Juan Pablo II que, de hecho, él mismo habría de mover las cosas para que esto pudiera llevarse a cabo. Aun así, hubieron de pasar diez años para que aquel su sueño se hiciera realidad. Pero al llegarse el día de la beatificación de esa pareja italiana santa, el Santo Padre aprovechó para abrir la puerta a otros casos análogos en adelante. Entre tantas otras cosas, el Papa dijo: "La riqueza de fe y amor de los esposos Luigi y María Beltrame-Quattrocchi es una viva demostración de cuanto el Concilio Vaticano II ha afirmado respecto a 'la llamada de todos los fieles a la santidad, y [en concreto] cuando especifica que los esposos persiguen este objetivo "*propiam viam sequentes*", [es decir] 'siguiendo su propio camino [vocación]'".

Por otra parte, una mención especial amerita su carta a las familias, "*Gratissimam sane*", del 1994, ya referida, ya que es la más largas de las cartas que el Papa escribió. Y podemos afirmar sin temor a equivocarnos que en ella -como anota Semen-, "es el corazón mismo del Papa el que se expresa". "Sobre todo por su tono, el cual era inusual para un documento pontificio". Y, como también indica Semen, de hecho, el documento "comienza por una confidencia": "¡Queridísimas familias! La celebración del Año de la Familia me ofrece la feliz ocasión de tocar a la puerta de vuestra casa, deseoso de saludaros con gran afecto, así como de poder charlar con ustedes". Y aquí Semen comentará que "se tiene la impresión que sea más bien el Karol Wojtyła del "*Srodowisko*", pero que en esta ocasión se dirija a un "*Srodowiko*" a escala de la Iglesia universal; es decir, de escala mundial..."⁶. Y un poco más adelante en la misma introducción, el Papa dirá también: "Con la presente Carta quisiera dirigirme



no a la familia 'en abstracto', sino a cada familia concreta de cualquier región de la tierra, en cualquier latitud y longitud de la tierra en que se encuentre, y cualquiera que sea la diversidad o complejidad de su cultura y de su historia"⁷. Y luego liga esta carta a las familias con su primera encíclica, "*Redemptor hominis*", que, como suele ocurrir con toda primera encíclica de un pontificado, se trata de un verdadero texto programático de todo lo que sería su magisterio pontificio. En efecto, se encuentran allí, "*in nocte*", en semilla, los grandes temas que ocuparían lo mejor de su mente, lo mejor de su corazón, sus talentos más potenciados y desarrollados -¡los cuales no eran pocos!-, en definitiva, están ya allí, en germen, las líneas principales y esenciales de lo que serían esos extraordinarios veintisiete años de fecunda y renovadora labor en la Iglesia a favor del Evangelio y del mundo. En tal encíclica Juan Pablo II afirmaba que "el hombre es la vía de la Iglesia"⁸, a la cual se referirá haciendo el siguiente comentario: "Con esa expresión me refería sobre todo a las múltiples vías por las cuales camina el hombre, y al mismo tiempo quería subrayar cuán vivo y profundo sea el deseo de la Iglesia de acompañarlo en su recorrido esos caminos de su existencia terrena. Entre esos numerosos caminos, la familia es el primero y el más importante". Queda, pues, de nuevo, más que patente la centralidad que el tema de la familia tenía para san Juan Pablo II. Quince

⁵Ibidem.

⁶Cfr. Ibidem.

⁷"*Gratissimam sane*", n. 4.

⁸"*Redemptor hominis*", n. 14.



años después de su elección como Papa, este gran Papa incrusta, por así decirlo, esta Carta a las familias en el tema principal y prioritario de todo su pontificado: el hombre, y éste en su ámbito más vital y más importante: la familia.

La Carta a las familias consta de dos grandes partes. La primera lleva por título: "La civilización del amor"; en ésta el Papa hace ver que la familia es el fundamento de tal "civilización", ya que es en la familia donde el hombre es amado por sí mismo, por lo que es, y es ahí también donde el ser humano aprende el amor, aprende a amar. Ahora bien, ¿qué entiende realmente Juan Pablo por esa "civilización del amor"? Dicha expresión viene de Paulo VI -a quien el Papa polaco tenía un gran afecto y admiración-, quien la utilizó por primera vez en la Misa de clausura del Año Santo de 1975. Pero podríamos preguntarnos si acaso tal civilización no fuera y no sea tan sólo una mera utopía, o bien un ideal tan sólo acariciado, o bien un modo de huir de la rudeza de la realidad del mundo, y sobre todo nuestro mundo moderno, tan cargado de injusticias, de materialismo y hedonismo, de indiferencia ante el prójimo en general, y sobre todo del más necesitado en general, tan ajeno a las miserias del prójimo; en definitiva, tan lleno de egoísmo, que es el último y definitivo problema del corazón del hombre y el obstáculo primero para el

establecimiento de la civilización del amor y de la justicia. ¿Es ésta tan sólo un sueño? ¿O bien se trata de un anuncio profético que ha de cumplirse, anuncio que apunta a una realidad posible? Y sí así es, ¿cuáles serían las condiciones?. El mismo Papa da una respuesta rotunda ante la tentación que se esconde detrás de tales preguntas: "Sí la civilización del amor es posible, no es una utopía. Es posible, pero sólo gracias a una constante y viva referencia al 'Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, del cual proviene toda paternidad en el mundo (Ef 3, 14-15), y del cual proviene toda familia humana'"⁹.

La referencia a la carta a los Efesios de san Pablo es aquí esencial, pues hace ver cómo la familia está radicada no sólo en la Voluntad de Dios para el ser humano, como es patente desde la primera página del libro del Génesis, sino porque, de hecho, es la familia la mejor "imagen y semejanza" de Dios en el mundo creado. Así es, como ya veíamos antes, para Juan Pablo II, en la pareja humana, en el matrimonio, "está inscrito el eterno sacramento" de Dios, como afirmará en "*Familiaris consortio*". Dios es familia, Santa Trinidad, Tres personas en una sola Sustancia Divina. Dios es familia. Y por eso es Amor. "Dios es Amor", como nos enseña san Juan en su primera carta (1Jn 4, 8). Por tanto, se podrá establecer "la civilización del amor" sólo si se da esa "constante y viva referencia al 'Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo", porque sólo de Él "proviene toda paternidad en el mundo" -toda verdadera y auténtica paternidad-, "de la cual proviene toda familia humana", toda verdadera y auténtica familia.

Ahora bien, la promoción y defensa de la familia es la condición para que la civilización del amor se convierta en realidad es por una razón muy sencilla: la familia se funda sobre el don de sí, el don de sí mismo¹⁰. Ésta es una idea fundamental para Karol Wojtyła – Juan Pablo II; es más, podemos decir que es la idea principal de su concepción antropología, de su idea del hombre. Y es que el "don de sí" es la idea-verdad culmen del amor, ya que para él el hombre sólo se realiza cuando

⁹"*Gratissimam sane*", n. 17.

¹⁰Cfr. "*Jean Paul II et la famille*", o. cit., capítulo tercero.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

es consciente de que existe para ser precisamente *don* para los demás. Es decir, ésa es la “vocación profunda del hombre” para Juan Pablo II, como bien anota Yves Semen¹¹. De hecho, esta idea base era por así decirlo omnipresente en la predicación de Juan Pablo, y de manera especial en los grandes textos de su pontificado, sea que cite la fuente, sea que se refiere al mismo más o menos directa o indirectamente, lo cual deja en claro el hecho de que eso sea si no la mayor sí una de las líneas mayores de su pensamiento¹², y eso porque, sin duda, la persona de Jesucristo era el centro tanto de su vida como de su predicación. Ahora bien, en realidad ambas verdades coinciden precisamente en la Segunda Persona de la Santísima Trinidad, siendo ella el Don de Dios Trino para la salvación del mundo por medio de Su Encarnación, Vida, Pasión, Muerte y Resurrección.

Esa idea-verdad fundamental en la enseñanza de Juan Pablo II la encontramos expresada en el número 24 de la constitución pastoral “*Gaudium et spes*” sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo: “El hombre es la única creatura sobre la tierra que Dios haya querido por sí misma; ésta no se encuentra [no se realiza] plenamente sino en el don sincero de sí mismo”. E Yves Semen buscará explicitar todo lo posible el significado de ese “don sincero” al comentar tal frase añadiendo entre paréntesis: “es decir, el don radical, absoluto, sin límites, sin trucos, sin cálculos, sin reservas”¹³. En efecto, se trata de un don total, generoso, transparente: si el hombre no lo comprende y no lo pone en práctica, siempre se quedará lejos de su total -humanamente posible- realización en su paso por la vida. De alguna manera podríamos afirmar que la autoría de este párrafo de la “*Gaudium et spes*” es, de hecho, del cardenal Wojtyla, pues, como ya anotábamos antes, es bien sabido la parte tan activa y decisiva que él tuvo en las numerosas enmiendas que hubo que aportar al famoso “Esquema XIII”, quizás el texto más debatido del Concilio Vaticano II, a tal grado que corrió el riesgo de ser dejado de lado en la vigilia de la tercera sesión del Concilio en octubre

de 1964¹⁴.

Pero ¿cuál es el modelo o arquetipo del ‘*amor – don de sí*’ o ‘*amor sponsal*’ -para utilizar la terminología del propio Juan Pablo II-? La respuesta, dirá Semen, “es el don eucarístico, que es el don nupcial de Cristo a la Iglesia. Y esto porque en la institución de la Eucaristía, en la cual se ofrece Él convirtiéndose en alimento, Jesús consiente a sus nupcias [a su matrimonio con la Iglesia], mismo que consumará sobre el leño nupcial de la Cruz”¹⁵. Es interesante esa anotación, porque, en efecto, la consumación del matrimonio de Cristo Esposo con Cristo Esposa no se da en el “lecho”, sino en el “leño”: es en éste, sobre el cual Cristo extiende sus brazos sobre el travesaño de la Cruz, y sobre el cual en realidad extiende todo su cuerpo para ser clavado al leño, es sobre él, el “leño” de la Cruz que se da no sólo la unión total y definitiva de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad con el género humano, la cual se dio en el momento de Encarnación en el seno santísimo de María, Madre de Cristo y Madre Nuestra, sino la total y definitiva unión con la Iglesia como Cuerpo de Cristo, como Cuerpo Místico del Señor, que al mismo tiempo es Su Esposa, por la cual se entregó, como bien indica san Pablo en su carta a los efesios (5, 32): “¡Este es un gran



¹¹Ibidem.

¹²Ibidem. A tal idea-madre se refiere el Papa por lo menos cerca de 120 veces.

¹³Ibidem.

¹⁴Aquí el mismo Semen hace referencia a un artículo suyo: “*Qu’est-ce que l’humanisme chrétien*”, en “*Qu’est-ce que l’homme?*”, Ed. François-Xavier de Guibert, 2007, pp. 190-191.

¹⁵“*Jean Paul II et la famille*”, o. cit., capítulo tercero.



misterio; ¡Y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia!”.

Y añadirá Semen que “en cada Celebración Eucaristía Jesús renueva esta ofrenda nupcial de sí mismo a Su Iglesia, preparando así a Su Esposa para recibirlo plenamente como Esposo en el momento de su retorno de gloria al final de los tiempos”¹⁶. Y luego señalará que por eso Juan Pablo II dirá en la Carta a las familias que “el coronamiento litúrgico del rito matrimonial es la Eucaristía –sacrificio del ‘cuerpo entregado’ y de la ‘sangre derramada’- que de alguna manera se expresa en el consentimiento de los cónyuges”¹⁷. En efecto, retornando a san Pablo, el “Gran Misterio”, el “Misterio Grande” del matrimonio cristiano lo es precisamente por ser el sacramento -imagen, representación, actualización- del mismísimo Matrimonio místico de Jesucristo Esposo con su Esposa la Iglesia. ¡He ahí la grandeza del matrimonio cristiano, del matrimonio-sacramento! O, para retomar las palabras de san Juan Pablo II: ¡El matrimonio es el sacramento depositario del “eterno sacramento”! ¡Qué misterio enorme! ¡Si los matrimonios cristianos pudieran siquiera vislumbrar algo de ese gran misterio...! ¡Quizás considerarían más y mejor lo que realmente representan, lo que realmente son! Desgraciadamente pareciera que cada vez el hombre es menos capaz de misterio. Sin embargo, como bien decía ese gran filósofo del estudio del alma, ese gran escrutinador de los dobleces más profundos del corazón humano, Gabriel Marcel: “Sin misterio la vida sería irrespirable”. Son las palabras que pone en labios de uno de los personajes de su teatro, el cual es para él el mejor de los registros filosóficos para comprender al hombre, al ser humano. De hecho, todo su pensamiento confluye en esas honduras del hombre: el hombre y sus anhelos y aspiraciones más recónditos y auténticos están en el “misterio”, no en el “problema”, y por eso el hombre moderno, que vive en una cultura secularizada y secularizante, materialista y consumista, hedonista y superficial, se muere por falta de misterio. El hombre, en definitiva, para Marcel, opta por el “ser” o bien por el “tener”; sólo que si se decide por este último, destruye lo que hay de más propio y esencial en su propio ser; es



decir, a nivel espiritual se autodestruye. Pues, además, el hombre está llamado a la comunión: comunión con Dios y comunión con el prójimo, a eso que Marcel, tomando pie de Husserl, llamará “intersubjetividad”. Pero tal “comunión” o “co-esse” sólo es posible a nivel del “ser”, no del “tener”. En fin, el matrimonio y la familia está llamada a redescubrir lo que Dios ha querido para estas instituciones esenciales para el ser del hombre y para su verdadera realización; está llamada a redescubrir este *sentido de misterio* sin el cual la persona humana se ahoga.

La segunda parte de la Carta a las familias lleva por título: “El esposo está con ustedes”. Juan Pablo II comienza por recordar aquel pasaje del Evangelio de san Mateo en el que Jesús responde a la crítica de los fariseos que le echaban en cara el hecho de que no ayunaran; les dirá el Señor: “¿Acaso han de estar de luto los invitados a la boda mientras el esposo esté con ellos?” (Mt 9, 15). Por tanto, Cristo mismo se presenta como el Esposo, y, como luego enseñará san Juan Pablo II, “al calificarse como ‘Esposo’, Jesús revela la esencia de Dios y confirma su amor inmenso por el hombre. Pero el hecho de que elija esta imagen también arroja luz sobre la verdad profunda del amor sponsal”¹⁸. Yves Semen anotará aquí que por eso Jesús inicia su misión en Caná: el Esposo se encuentra entre los esposos¹⁹. Y Juan Pablo II dirá en ese sentido: “Jesús busca así demostrar cómo

¹⁶Ibidem.

¹⁷“*Gratissimam sane*”, n. 11.

¹⁸“*Gratissimam sane*”, n. 18.

¹⁹“*Jean Paul II et la famille*”, o. cit., capítulo tercero.



DIMENSIÓN INTELECTUAL

la verdad de la familia está inscrita en la Revelación de Dios y en la historia de la salvación²⁰.

Yves Semen concluye diciendo que, por tanto, la Eucaristía es el fin, el cumplimiento de la misión de Jesús, porque es el acto por medio del cual Jesús se da, *se dona en forma nupcial* a la Iglesia, Su Esposa, acto que exigirá ser confirmado con el ofrecimiento de su cuerpo sobre la Cruz, justamente como los esposos confirman el acto de mutua donación que se han dado recíprocamente con el don de su cuerpo en el tálamo nupcial²¹. Esta es la razón por la cual 'la hora que no había llegado' en Caná -"¿Qué tengo yo que ver contigo, mujer? No ha llegado mi hora" (Jn 2, 4)- ha llegado finalmente con la institución de la Eucaristía. Y es por eso también que la gran oración sacerdotal de Jesús inicia con estas palabras: "Padre: ha llegado la hora, glorifica a tu hijo". Por tanto, la "hora" de Jesús es la hora de sus nupcias, de su matrimonio místico con la Iglesia, acogido éste en la Eucaristía, consumado en la Cruz, como atestigua la última palabra de san Juan hace pronunciar a Jesús en el momento inmediato anterior al acto de entregar su último respiro de amor al Padre: "Todo está cumplido" (Jn 19, 30)²². Por tanto, Es decir todo está hecho. Está ya del todo consumada la relación nupcial íntima e indisoluble de Cristo Esposo con Su Esposa la Iglesia.

Y esto permite a Juan Pablo II afirmar que "no existe el 'gran misterio' ["misterio grande"], que es la Iglesia y la humanidad en Cristo, sin el 'gran misterio' ["misterio grande"] expresado en el ser 'una sola carne' (cfr. Jn 2, 24; Ef 5, 31-32), es decir en la realidad del matrimonio y de la familia". Pero san Juan Pablo añadirá aún más, y con toda claridad y rotundidad que "sólo si toman parte en tal amor y en tan 'gran misterio' los esposos pueden amar 'hasta el extremo'"²³.

Por tanto, se trata de 'dos grandes misterios', dos "misterios grandes": a) el Matrimonio místico de Cristo con la Iglesia, que es la realidad última, misteriosa



y grande; b) y el matrimonio entre hombre y mujer, que es también 'gran misterio' -"misterio grande"-, precisamente porque es imagen, reflejo y sacramento de aquél, es decir del Matrimonio de Cristo y la Iglesia. ¡Por eso exclamará san Pablo como extasiado: "¡Este es un gran misterio! ¡Y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia!" (Ef 5, 32). Por otra parte, al referirse el Papa al hecho de que "sólo si" los esposos "toman parte" al "gran misterio" o "misterio grande" que es el Matrimonio místico de Cristo con la Iglesia, al afirmar que "sólo así" los esposos "se podrán amar 'hasta el extremo'", san Juan Pablo II retoma aquella definición profunda del matrimonio cristiano que ofrecía ya en la "teología del cuerpo", una definición que atribuye al matrimonio toda su amplitud y toda su grandeza, al mismo tiempo que su exigencia radical: "El matrimonio corresponde a la vocación de los cristianos sólo cuando es reflejo del amor que Cristo Esposo dona a Su Esposa la Iglesia, y que la Iglesia (a semejanza de la mujer "sumisa", es decir plenamente donada) procura corresponder a Cristo"²⁴.

Al concluir este artículo-comentario, creemos que queda más que patente el hecho de que ese gran cristiano, sacerdote y Papa santo merece sobradamente el título que lo encabeza.

²⁰"*Gratissimam sane*", n. 18.

²¹ Cfr. "*Jean Paul II et la famille*", o. cit., capítulo tercero. Ver también el libro del mismo Semen: "*La spiritualité conjugale selon Jean-Paul II*", Ed. Presses de la Renaissance, 2010.

²²Cfr. "*Jean Paul II et la famille*", o. cit., capítulo tercero.

²³"*Gratissimam sane*", n. 19.

²⁴Catequesis del 18 de agosto de 1982.



EL PERDÓN en el corazón del discípulo de Cristo



† **Monseñor José Rafael Palma Capetillo**
Obispo Auxiliar de Xalapa

*“El perdón no es un simple sentimiento, sino es una decisión, porque cuando perdonamos no sentimos más la ofensa ni sentimos más el rencor. Perdona, ya que al perdonar tendrás paz y la tendrá también el que te ofendió” (Madre **Teresa de Calcuta**).*

1. Dios siempre perdona...

El ser humano puede, por su propia iniciativa y necesidad, cometer el pecado haciendo a un lado el amor y la gracia divina; sin embargo, para ser perdonado necesita siempre de Dios. En este sentido todo pecado es un alejamiento de Dios, ya que significa una contradicción a la vocación universal a la santidad. El pecado da lugar a los ‘ay de ustedes’ (Mt 23,13-33), que pronunció Jesús ante la actitud de los fariseos.

Cada uno de nosotros, al responder a la llamada divina a la conversión, siente la necesidad del perdón. Y, aunque alguno se disculpe a sí mismo o explique la causa de sus debilidades y limitaciones, aunque haga acciones buenas que vayan reparando el mal testimonio dado y el daño causado, el ser humano siempre necesita el perdón que Dios concede. La pregunta de los escribas ante Jesús: “¿Quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?” (Mc 2,7) es una profunda interrogante con un gran contenido: Sólo Dios es tan poderoso que definitivamente perdona las faltas al que se arrepiente.

El antiguo refrán dice: “Dios siempre perdona, el ser humano a veces, pero la naturaleza nunca perdona”. En efecto, hay que aceptar las consecuencias que la naturaleza cobra inevitablemente por el mal que se comete, y también hay que reconocer la dificultad de perdonarse mutuamente e incluso de perdonarse a sí mismo. Dios siempre perdona a la persona que se arrepiente y se propone cambiar de vida. Dios multiplica la buena voluntad de cada uno y hace crecer la gracia sobre el esfuerzo personal del que se convierte. En efecto, Dios siempre perdona, no hay excepción; así lo experimenta el que confía en su misericordia y acude humildemente a pedir perdón. Todo pecador arrepentido regresa con el ‘traje nuevo’ y los demás signos de la alianza restaurada de modo definitivo. El ser humano reconciliado con Dios es contado ya entre los ‘bienaventurados’, que suscitan



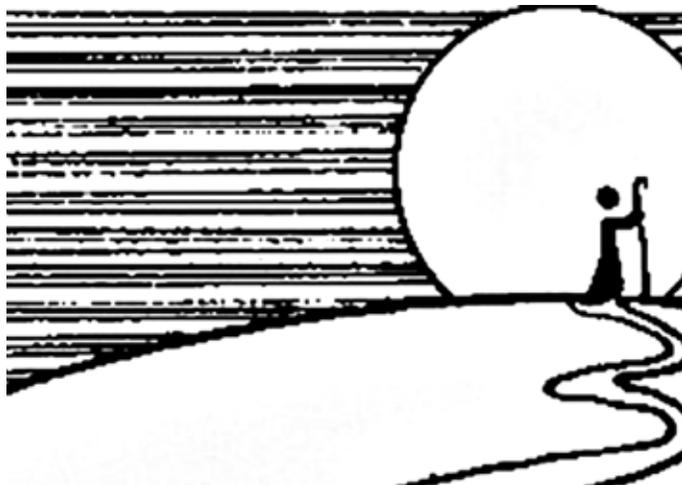


DIMENSIÓN PASTORAL

en otros mayor felicidad: *"Habrá una gran alegría en el cielo por un solo pecador que se arrepienta"* (Lc 15,7). Al referirse a la conciencia moral, la Iglesia afirma que el ser humano, para no arrastrar un complejo de culpa, debe perdonarse a sí mismo¹, lo cual le dará sin duda una sensación de libertad y vida nueva. Sin embargo, este auto-perdón exige siempre el perdón de Dios, que puede ser antecedente o consecuente, pero que es imprescindible.

2. Perdonar fácilmente: ¿virtud o defecto?

Únicamente Dios tiene el poder de perdonar los pecados. Así es de grande e intensa la misericordia divina. Cristo pagó por nuestros pecados en la cruz. Dios tiene el poder de perdonar, sólo espera el arrepentimiento del pecador. Permanentemente Dios invita a todos a la conversión, llama de diversas maneras, a cada uno nos da múltiples oportunidades para volver al camino y recuperarnos totalmente. El confesor debe infundir en el pecador arrepentido la confianza de que, cuando Dios perdona, es tan grande su poder y su amor, que el pecado queda totalmente olvidado y borrado. Cuando el pecador contrito recibe la absolución de sus iniquidades, Cristo pone sellos para que tales faltas –al



menos de parte de Dios– no vuelvan a aparecer jamás. Si el individuo humano responde a la gracia divina se alejará del mal y gozará de la libertad como hijo de Dios (cf Rm 8,21).

Dios perdona y da inmediatamente al olvido completo de nuestros pecados. Así lo declara el Salmo, diciendo: *"Tan lejos como está el oriente del ocaso, aleja el Señor de nosotros nuestras rebeldías..."* (Sal 102,12). Así lo demostró Jesús al perdonar al paralítico y a la mujer adúltera arrepentida... A los seres humanos nos cuesta olvidar, por eso nos cuesta trabajo comprender la inmensidad del amor de Dios que siempre perdona. Solamente en el amor de Dios podemos comprender el perdón. Dios nos perdona sin límites, porque nos ama; así nosotros debemos perdonar a los que nos ofenden, tal como Cristo nos enseñó en el modelo de toda oración, que es el *Padre nuestro*.

3. El perdón como camino de santidad²

"Sean santos en todo su comportamiento como es santo el que los ha llamado"
(1Pe 1,15).

A veces pensamos que la santidad es un privilegio que sólo está reservado a unas pocas personas que son muy especiales y elegidas para ser santas, pero lo que debemos comprender es que el camino hacia la santidad está abierto para que transiten todos los que por él quieren caminar; por ende, es una elección y una tarea de cada uno de los bautizados, por ser hijos de Dios. En realidad, todos estamos llamados a la santidad, y esto no es otra cosa que vivir en el mundo que nos ha correspondido como dignos hijos suyos. Esto significa que todos debemos buscar ser santos, a pesar de que los caminos no nos resulten fáciles y cómodos.

El Papa Benedicto XVI señala que: *"La santidad*

¹CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA, 1784: *"La educación de la conciencia es una tarea de toda la vida. Desde los primeros años despierta al niño al conocimiento y la práctica de la ley interior reconocida por la conciencia moral. Una educación prudente enseña la virtud, preserva o cura del miedo, del egoísmo y del orgullo, de los insanos sentimientos de culpabilidad y de los movimientos de complacencia, nacidos de la debilidad y de las faltas humanas. La educación de la conciencia garantiza la libertad y engendra la paz del corazón"*.

²Texto basado en: AGOV, *Reto del perdón*.



crece con la capacidad de conversión, de arrepentimiento, de disponibilidad para volver a comenzar y sobre todo con la capacidad de reconciliación y de perdón". La santidad es el estado del corazón y vida que consiste en ser y hacer todo el tiempo –y no de vez en cuando y a saltos, sino de manera permanente– exactamente aquello que Dios quiere que seamos y hagamos. Jesús nos dijo que él es el camino, la verdad y la vida. El camino de la santidad son las huellas que nos dejó para poder llegar a estar un día a su lado.

Siempre hay que encontrar los instrumentos necesarios para dejar el resentimiento y la ira en el pasado y fomentar los métodos adecuados para superar una ofensa. Todos funcionan. Sin embargo, si lo que buscamos es parecernos a Jesús, debemos ir más allá. El proceso de sustituir un mal recuerdo por buenos pensamientos es básico. Si se realiza en una esfera completamente natural, claro que puede ayudar a cambiar el pensamiento y ayudarnos a sentirnos mejor, pero nunca nos va a provocar un cambio de vida que nos acerque a la unión con Dios.

Pongamos un ejemplo: un amigo te ofende con un comentario antipático. Tú permaneces callado, pero las palabras que dijo te queman por dentro como el fuego. Hay un método que aconseja salvar esta situación a través del 'pensamiento positivo', o mediante alguna técnica como la formación de una imagen mental de una flor que flota en un lago cristalino. Esto puede cambiar el patrón de pensamiento y calmar los ánimos, pero

no nos va a hacer semejantes a Jesús. En un caso así debemos reflexionar: ¿Qué haría Jesús en mi lugar? El fin último que perseguimos con este reto es lograr que Cristo sea quien ocupe el centro de nuestras facultades mentales. Que él sea el camino a seguir para controlar nuestra memoria y nuestra imaginación. Es Jesús la verdad que nos ayuda a elevar nuestro entendimiento por encima de nuestra limitada capacidad para ver los misterios de Dios. Jesús es la vida a través de la cual se fortalece nuestra voluntad para superar los más grandes obstáculos y conseguir ese perdón y esa paz tan anhelados. Dios siempre saca cosas buenas de toda situación para quienes lo aman, si no en esta vida, en la otra. Cuando ponemos nuestra confianza en Dios Amor, todas nuestras penurias pueden convertirse en escalones que nos lleven al cielo.

4. Perdonar y recordar sin amargura

"No juzguen y Dios no los juzgará; no condenen y Dios no los condenará; perdonen y Dios los perdonará"
(Lc 6,37).

Es muy frecuente que la herida se cierre en falso, y puede quedar por dentro un malestar que con el paso del tiempo supura y hay necesidad de volver a abrir para sacar el mal de raíz. *Olvidar sin perdonar* sólo hace que el corazón resulte dañado, porque el rencor volverá algún día tarde o temprano y el mal se verá agrandado hasta con intereses. Por eso te repetimos: perdonar no es olvidar, es recordar, pero sin dolor, sin amargura, sin la herida abierta; perdonar es recordar sin andar cargando ese peso intangible, sin respirar por la herida. Si creemos que ya perdonamos pero albergamos en nuestro corazón el deseo de juicio de parte de Dios hacia esa persona, y nos decimos por dentro: "ya lo (a) perdoné, pero va a ver, me las va a pagar", ciertamente, aunque lo hayamos intentado, no ha sido un genuino perdón.

Debemos tener cuidado, porque hay un modo 'impuro' de perdonar, y es cuando se hace con cálculos, especulaciones y metas: "Te perdono para que te des cuenta de la barbaridad que has hecho; te perdono para que mejores". Pueden ser fines educativos dignos,



DIMENSIÓN PASTORAL

pero en este caso no se trata del perdón verdadero que se concede sin ninguna condición, al igual que el amor auténtico: *“Te perdono porque te quiero, a pesar de todo”*. Puedo perdonar al otro incluso sin dárselo a entender, en el caso de que no entendiera nada. Es un regalo que le hago, aunque no se entere, o, aunque no sabe por qué; un regalo que finalmente el que disfruta ¡soy yo! El perdón, siendo tan difícil, nunca vendrá a nuestras fuerzas humanas si no tenemos el auxilio de la fe y el ejemplo de Cristo, que desde lo alto de la cruz escribió la página más bella de amor y de perdón a todos los seres humanos. Por último, sabes que has perdonado cuando puedes tocar la herida y, aunque estás consciente de que se está tocando donde se te hirió, no te duele; cuando ya no le deseas el mal a esa persona y ya no sientes deseos de venganza, cuando la empiezas a ver como un ser humano que falla, como un ser que sencillamente se desvió del camino y puedes incluso ver algunas cualidades en ella. Y lo más importante: puedes llegar a desear sinceramente que Dios bendiga su vida.

5. El perdón no es automático, sino un proceso

“Dichoso el individuo humano que supera la prueba, porque, una vez superada, recibirá la corona de la vida que el Señor prometió a los que lo aman” (Sant 1,12).

El perseverar en perdonar debe ser de ahora en adelante un asunto de todos los días en nuestra vida, ya que, estando alerta, diariamente encontraremos muchas circunstancias en las que tendremos que pedir perdón o perdonar.

Cuanto antes comprendamos que es un tema con el que tenemos que aprender a vivir, más rápidamente podremos acostumbrarnos a perdonar con facilidad. Es muy claro: Jesús nos dice una y otra vez que seamos bondadosos y que en todo momento tengamos compasión, para que Dios tenga misericordia y borre también nuestras deudas. Debemos ahora intentar vivir en armonía, paz y amor con quienes nos rodean, obviamente en mayor medida con nuestros círculos más cercanos. Y si en algún momento de nuestro día

a día, somos nosotros quienes debemos pedir perdón, no dudemos ni un segundo en hacerlo. Si ya lo hemos hecho y no recibimos una buena respuesta, porque quien ofendimos no quiere aceptar nuestro arrepentimiento, estaremos orando hasta que quiera, y si nunca quiere, lo dejaremos en manos del Señor, que conoce los corazones. Jesús expresó la importancia de perseverar en sus caminos como un requisito indispensable para salvarnos. Cuando él dijo: *“El que persevera hasta el fin, se salvará” (Mc 13,13)*, dio a entender que no lo seremos por lo que un día hicimos, sino por lo que terminamos haciendo antes de morir o por lo que nos encontramos haciendo al momento de buscarnos. El secreto de la perseverancia en el perdón dependerá de cuán fundamentada o fortalecida esté tu fe, ya que si crees a medias, a medias vendrá tu esfuerzo y más cerca estarás de rendirte. Ante esta realidad, debemos pedir como un don especial que nuestro anhelo por siempre perdonar nos acompañe hasta nuestro último día, hasta nuestro último aliento de vida.

El perdón no es automático, sino que es un proceso; y como todo proceso necesita un tiempo para ir consolidándose. Pero la decisión de perdonar puede darse enseguida: cuando llegas a ese punto de no querer ‘cargas pesadas’ en tu vida, aceptas el compromiso de vivir con esa actitud de ahora en adelante. Jesús nos enseña que no importa cuántas veces nos han fallado, lo más importante es que por cada golpe que nos den podamos perdonar más de setenta veces siete. El que hace del perdonar un hábito continuo, se está





consagrando cada vez más a Dios, porque cada vez es más como su Hijo.

6. ¿Cómo perdonar?³

Las personas que se dejan dominar por su imaginación e inventan agravios o exageran los agravios que reciben, se consideran obligadas a perdonar lo innecesario, con lo que la tarea del perdón se hace mucho más difícil; pero también es equivocado el camino contrario, el de aquel que no quiere reconocer las bondades del perdón ante la ofensa real y pretende olvidar para no tener que perdonar. En este caso la herida permanece, porque no se ha perdonado; por eso es necesario que siempre que recibimos o sentimos una ofensa la analicemos para eliminar lo que pueda ser una exageración, y, al interpretar lo imaginario, poder ver lo que hay de verdadero en tal ofensa. Atención con esto, porque todos somos propensos cuando recibimos una ofensa a exagerar su dimensión. En otras palabras, sólo siendo realistas podemos perdonar; de lo contrario no podemos perdonar cosas que realmente no sucedieron así, porque las hemos inflado.

Para perdonar debemos ser valientes, para mirar de frente al horror, la injusticia, la maldad verdadera de la que fuimos objeto, sin distorsionar, sin ignorar; debemos ver la ofensa frente a frente y llamarla por su nombre. El perdón verdadero implica mirar de frente al pecado, la parte inexcusable, y, a pesar de todo, reconciliarse con la persona que lo ha cometido. Así podemos recibir siempre el perdón de Dios, si se lo pedimos.

En la parábola del hijo pródigo, el hijo mayor no puede perdonar a su hermano menor, porque él no se considera necesitado de perdón. Siempre se había portado bien, permaneciendo en la casa paterna y –según él– no tenía nada de qué arrepentirse. Cuando comprendemos que como seres humanos somos pecadores y que necesitamos por ello del perdón de Dios, nos será más fácil perdonar a los demás. Tenemos que ser perdonados para poder perdonar. San Juan



Crisóstomo decía que: *“Aquel que reconozca sus propios pecados estará más pronto del perdón a los hermanos”*. Efectivamente, aceptar que también nosotros somos falibles, darnos cuenta de cuántas veces nosotros hemos ofendido a alguien más y ser conscientes de las ocasiones numerosas en que nosotros hemos dañado a otros nos hace comprender que no somos mejores que la persona que nos ha ofendido. Esto facilita el que, cuando nos ofenda, la podamos perdonar.

Reconocer nuestras ofensas es un acto profundo de humildad. La humildad es la base de toda acción buena, especialmente cuando la acción es movida por el amor, como sucede con el perdón. El soberbio no perdona jamás. El perdón necesita fortaleza, para que la decisión de liberar al otro de la deuda moral que contrajo con nosotros sea firme, a pesar del tiempo que ha pasado. Recordemos que la decisión de perdonar no hace que desaparezca automáticamente la herida, ni se aparta de la memoria y tampoco se desvanecen sus consecuencias; por eso se debe renovar la decisión de perdonar cada vez que la herida se sienta o la ofensa se recuerde o aparezcan incluso los efectos de lo que nos han hecho.

A pesar de la humildad y la fortaleza, hay ocasiones en que perdonar supera la capacidad personal;

³Texto basado en: Francisco UGARTE CORCUERA, *Del resentimiento al perdón*. Una puerta para la felicidad. Ediciones Rialp, Madrid 2019.



DIMENSIÓN PASTORAL



es entonces el momento de recordar que el perdón, en su esencia más profunda, es divino, por lo que se hace necesario acudir a Dios para poderlo conceder. De la acogida del perdón divino brota el compromiso de perdonar a los hermanos.

7. Los efectos del perdón⁴

Perdonar es la manifestación más alta del amor y, en consecuencia, es lo que más profundamente transforma el corazón humano. Por eso cada vez que perdonamos se realiza en nosotros una conversión interior, un verdadero cambio. Al respecto, san Juan Crisóstomo decía que: *"Nada nos asemeja tanto a Dios que estar dispuestos al perdón"*.

Mientras una persona está dominada por el resentimiento, mira al otro con malos ojos por los prejuicios que el odio y el rencor le dictan, pero al perdonar nace un sentimiento nuevo, la mirada se clarifica, desaparecen los prejuicios y se puede ver a los demás como realmente son, se logra descubrir y valorar sus cualidades que hasta entonces estaban ocultas. Ya que los resentimientos son los principales enemigos para las relaciones con los demás, el perdón permite recuperar el tesoro de la amistad o recuperar el amor

que parecía perdido. ¡Qué doloroso resulta perder a un amigo!, por la sencilla razón de que no se cuenta con la capacidad para perdonar alguna ofensa, y qué frecuente es que el amor entre dos personas decaiga porque cada uno va acumulando, al llevar cuenta de las ofensas recibidas, en lugar de pasarlas por alto y perdonarlas. De esta manera el perdón mantiene vivo el amor, lo renueva y evita la pérdida de la amistad, que es uno de los dones más valiosos en esta vida.

El perdón produce grandes beneficios tanto a nivel personal como en relación con los demás y con Dios. Primeramente, la aceptación serena de uno mismo: en nuestro interior se realiza una especie de paz interior, que por sí mismo es liberador. El organismo ya no está atado, puede pensar y actuar como es debido, como todo ser auténticamente libre. Esto sucede una vez que se ha perdonado. Además, se dispone el corazón a la vivencia de la caridad, que tiene expresiones más concretas en una caridad interna y una caridad externa.

- a) De manera interna se demuestra en la bondad de corazón: aceptar a cualquier persona independientemente de lo que yo sienta por ella, al silenciar sus errores y ponderar sus cualidades y virtudes, alegrarme por sus éxitos y entristecerme por sus pesares; también la caridad me lleva a pensar bien de los demás, contrarrestar la tendencia común del *'piensa mal y acertarás'*, con una actitud cristiana de creer todo el bien que se oye, no creer el mal que se ve y aún ese mal disculparlo.
- b) La caridad externa que se manifiesta como fruto del perdón es la *'benedicencia'*, es decir alejarse de la maledicencia, que significa hablar siempre bien de los demás, descubrir y alabar lo bueno y disculpar lo malo, evitar la crítica destructiva, la murmuración y la burla, servir desinteresadamente, dar sin medida sin esperar recompensa, tratar bien

⁴ Texto basado en: Francisco UGARTE CORCUERA, *Del resentimiento al perdón*.



a todos, con aprecio y respeto, con bondad y sencillez.

La paz interior que provoca el haber perdonado se expresa con Dios, con los demás seres humanos, conmigo mismo y con la creación entera. Esta paz con Dios me ayuda a saberme y sentirme 'hijo amado del Padre' y así entregarme filialmente a él. Esta paz con los hermanos de quien sabe perdonar le permite lanzarse a la ardua tarea de buscar la paz con todos; que a nivel personal los que viven conmigo sepan que nada tienen que temer de mí, que vean en mí no un rival sino un amigo, no un obstáculo sino un apoyo en su camino. La paz conmigo mismo que genera el perdón, al aceptarme a mí mismo, al aceptar mi pasado, admitir mis debilidades y una gran paciencia hacia mí mismo. Es difícil estar en paz con Dios y con los demás si no tengo paz conmigo mismo. La paz del corazón es la única paz que trae la felicidad. Y esa paz del corazón es un don de Dios, que nos lleva a perdonar. Cuando perdonamos a los que nos ofenden nos ponemos en condición de ser perdonados por Dios, de modo que al perdonar abrimos las puertas a experimentar el amor misericordioso de Dios hacia nosotros de manera personal. Hablar del perdón a los demás nos conduce a la conclusión de que nosotros somos perdonados. Cuando Jesús nos enseñó a orar – con el *Padre nuestro*– nos invita a comprender el perdón como consecuencia de nuestro perdón a los demás. Dios nos perdona porque nos ama; así debemos perdonarnos unos a otros. La manera más apropiada de pedir perdón a Dios es a través del sacramento del perdón.

Se suele cuestionar la confesión sacramental de varias maneras; por ejemplo: ¿Por qué pedirle perdón a Dios de esta manera formal? ¿Por qué ir con un sacerdote a decirle los pecados y no lo hacemos directamente con Dios? ¿Por qué hablar de las cosas que me avergüenzo con alguien que es un pecador como yo? ¿Existe el pecado o es un invento para obligarnos a confesar? Son cuestionamientos humanos, comprensibles, pero se requiere la actitud humilde para reconocer y experimentar profundamente la misericordia del Señor que levanta al caído.

El pecado existe; no sólo está mal, sino hace mal. Basta mirar la escena cotidiana del mundo, en la

que se derrocha violencia, guerras, injusticias, abusos, egoísmos, celos y venganzas. Quien cree en el amor de Dios, también percibe que el pecado es una cerrazón, ingratitud, indiferencia, rechazo, que tiene consecuencias en quien lo vive y en toda la sociedad. Hay que tener cuidado de no perder el sentido del pecado. La pérdida del sentido del pecado limita el corazón ante el espectáculo del mal. Es un hecho que exista el pecado, pero es un hecho más importante que exista el perdón. A pesar del pecado no podemos afirmar que el mundo es malo, ni mucho menos que hacer el bien es inútil; por el contrario, el bien existe y es mucho mayor que el mal; son muchos más los buenos que los malos. La vida es hermosa y vivirla con amor vale realmente la pena.

Es necesario experimentar la misericordia de Dios hacia nosotros mismos; y sin lugar a dudas la forma de hacerlo con mayor precisión es a través del sacramento que nos reconcilia con Dios, que nos pone nuevamente en amistad con él. Pedir perdón a Dios a quien hemos ofendido de manera directa o indirecta y que nos lo concederá. Es muy común notar la alegría y la paz en las personas que salen del confesionario. Quizá se acercaron con nerviosismo, con vergüenza, con temor, pero una vez que son capaces de pronunciar sus pecados, en el momento de escuchar las palabras de la absolución sienten un gozo especial en su corazón que se demuestra en su rostro al salir perdonados. El sacerdote nos invita a pedir perdón a Dios y nos ayuda a saber que ya hemos sido perdonados. Debemos comprender que los sacramentos son signos visibles de la presencia del





DIMENSIÓN PASTORAL

Dios invisible en nuestras vidas. En el sacramento de la reconciliación nuestros oídos escuchan las palabras del sacerdote que nos perdona en el nombre de Dios; es la belleza del sacramento de la reconciliación. Escuchar a Dios en la voz del sacerdote que te dice: *“Te perdono”*.

El sacramento de la penitencia nos reconcilia con la Santísima Trinidad:

- La confesión nos permite volver a la casa del Padre. El pecado te desarraiga de tu verdadera morada que es el corazón del Padre. Sin la esperanza del amor no tendríamos la capacidad de decisión para volver a Dios.

- La confesión sacramental nos ofrece la alegría del encuentro con Jesús, con el crucificado, con el resucitado, que a través de su pascua nos da una vida nueva. Hay que morir al pecado, al hombre viejo. La sangre derramada por Cristo en la cruz nos libra de nuestros pecados. El resucitado nos toca el corazón.

- Gracias al don del Espíritu Santo, que infunde en nosotros el amor de Dios, la reconciliación es fuente de vida nueva. Es el Espíritu Divino quien impulsa al pecador perdonado a expresar en la vida la paz recibida. El Espíritu nos llevará a la satisfacción de las faltas cometidas. *“Dejémonos reconciliar con Dios”* –dice san Pablo.

8. El poder que Dios tiene para perdonar

En nuestra profesión de fe (o Credo) proclamamos: *“Creo en el perdón de los pecados”*. Y en la fórmula de la absolución se menciona: *“Dios*

todopoderoso... te conceda, por el ministerio de la Iglesia, el perdón y la paz”, refiriéndose a la paz interior (cf Jn 14,27) que acompaña siempre al perdón de los pecados. Estas breves referencias nos permiten percibir de algún modo la importancia y amplitud del perdón en esta temática acerca del pecado, conversión y penitencia.

Algunas referencias bíblicas son necesarias para fomentar un corazón nuevo ante el Dios misericordioso que nos otorga el perdón de nuestros pecados. Desde el antiguo testamento, se reconoce que Dios es el único que tiene poder sobre el pecado y quien puede restablecer finalmente los lazos que el ser humano ha roto⁵. El perdón de Dios no consiste en simular o ignorar el mal, sino en vencerlo⁶. Con el perdón de los pecados, Dios pone sellos para que, de parte de Dios, no puedan jamás volverse a encontrar en el hombre. El perdón de Dios borra, blanquea, lava, purifica y, sobre todo, crea un corazón nuevo. Al respecto, dice el salmista: *“Tan lejos como está el oriente del ocaso, aleja el Señor de nosotros nuestras rebeldías”* (Sal 103,2).

Jesús no sólo predica la conversión y la penitencia y acoge bondadosamente a los pecadores, sino, sobre todo, reivindica (proclama) para sí mismo el poder de perdonar los pecados directamente, mediante



⁵ Cf Ex 34,6-7; Núm 14,17-19; Dt 5,9.

⁶ Miq 7,18-19; Dan 9,24; Jr 50,20; 31,34; Job 7,21; Salmo 50,3-4; Ez 36,26.



palabras imperativas dirigidas a los mismos pecadores, lo cual antes de él nadie había hecho, ni los profetas, ni Juan el Bautista. En efecto –como aparece en el evangelio–, “¿Quién puede perdonar los pecados, sino únicamente Dios?” (Mc 2,7). Precisamente porque Cristo es el juez soberano (cf Mt 25,31), en virtud de su autoridad suprema, anticipándose al último juicio, perdona ya en la tierra los pecados. El bautismo es, por excelencia, el sacramento del perdón de los pecados (cf Hech 2,38); pero se confiere una sola vez. Para los pecados cometidos después del bautismo Dios no niega su misericordia con el sacramento del perdón o penitencia.

Cristo enseña a sus discípulos a decir: “Perdona nuestras ofensas” (Mt 6,12). Jesús inculca a Pedro que perdone no sólo siete veces, sino setenta veces siete al hermano que le ha ofendido⁷; y declara que seremos perdonados por el Padre eterno en la medida en que cada uno perdone a su hermano desde el fondo de su corazón⁸. Tales textos son un testimonio de que el hombre que ha pecado puede obtener el perdón de Dios, incluso repetidas veces, y ha de aprender a perdonar e ir olvidando, por amor.

Conclusiones

Perdonar es un acto de fortaleza espiritual, un acto liberador, un mandamiento cristiano, y además un grande alivio. Sin embargo, no parece adecuado dictar comportamientos a las víctimas. Es comprensible que una madre no pueda perdonar enseguida al asesino de su hijo. Hay que dejarle todo el tiempo que necesite para llegar al perdón. Si alguien la acusara de rencorosa o de vengativa, engrandecería su herida. En un primer momento no somos capaces de aceptar un gran dolor; necesitamos tranquilizarnos, seguir el ritmo de nuestra propia naturaleza.

Perdonar es una labor auténtica y dura; con la ayuda de buenos consejeros, y sobre todo con la gracia de Dios, es posible realizarla, como decía el salmista: “Con mi Dios, salto los muros” (18,39); pensemos en



los muros que acorralan nuestro corazón. El perdón es necesario, porque el que no perdona vive encadenado en el rencor y el resentimiento, que son cadenas que impiden estar en paz consigo mismo y con los semejantes, y por supuesto con Dios. Al perdonar se encuentra la paz y la libertad. Perdonar no es fácil, porque enfrentamos obstáculos que dificultan nuestra capacidad de perdonar, tales como el orgullo y la imaginación, que tienden a agrandar las cosas, a exagerarlas. Perdonar no es lo mismo que olvidar. Perdonar significa quedar libres del rencor y del resentimiento. Perdonar consiste en cancelar la deuda moral que alguien contrajo ante nosotros. Si no podemos solos, existe la gracia de Dios que nos ayuda.

Además, hay que reconocer que nosotros también hemos ofendido a alguien más de una vez, voluntaria o involuntariamente. Si nos negamos a perdonar, estamos expresando que somos mejores que quien nos ha ofendido, cuando en realidad no es así. Mientras más grande es la ofensa que nos han hecho, más grande es la necesidad de perdonar. Al perdonar nos reconciamos con la persona que nos ha ofendido, nos reconciamos con Dios que quiere que perdonemos, y sobre todo nos reconciamos con nosotros mismos. Al perdonar reencontramos la paz que el rencor nos ha quitado. Debemos pedir perdón a quien hayamos ofendido, reparar los daños causados por nuestras

⁷ Cf Mt 18,21-22.

⁸ Cf Mt 18,35; 6,14-15.



DIMENSIÓN PASTORAL

ofensas y pedir perdón a Dios en el sacramento de la reconciliación. Perdonar nos eleva al plano de los que son verdaderamente hijos de Dios.

Para reflexionar:

- 1) ¿Quieres perdonar realmente? ¿Estás dispuesto a hacerlo?
- 2) ¿Eres sincero para reconocer que también tienes faltas, para darte cuenta que también has ofendido a otros, a veces sin querer, pero mayormente con la intención de hacerlo?
- 3) ¿Procuras fomentar en tu corazón un sincero arrepentimiento de las faltas que has cometido? ¿Acudes ordinariamente al sacramento de la reconciliación a recibir el perdón de Dios?
- 4) ¿Has puesto todos los medios que están de tu parte para reparar tus ofensas a Dios y al prójimo?

BIBLIOGRAFÍA

- CATECISMO de la IGLESIA CATÓLICA
- AGOV (Apostolado de grupos de oración virtual), *Reto del perdón*
- HAVERS, Guillermo María – CHÁVEZ TORRES, Bricio, *Directorio católico*, Buena Prensa, México 1985
- HÖRMANN, Karl, *Diccionario de moral cristiana*, Editorial Herder, Barcelona 1979
- POZO, Cándido, *El Credo del Pueblo de Dios*, Comentario teológico a la profesión de fe de PABLO VI, BAC, Madrid 1975
- SCHOONENBERG, Piet, *Pecado y culpa*, en: *Sacramentum Mundi V*, Editorial Herder, Barcelona 1974
- UGARTE CORCUERA, Francisco, *Del resentimiento al perdón. Una puerta para la felicidad*. Ediciones Rialp, Madrid 2019. Extracto de: **Catholic.net**, Comunidad de educadores católicos, *Curso Educar para el perdón*. Con la colaboración de Mauricio PÉREZ

ÍNDICE

1. Dios siempre perdona...
2. Perdonar fácilmente, ¿virtud o defecto?
3. El perdón como camino de santidad
4. Perdonar y recordar sin amargura
5. El perdón nos es automático, sino un proceso
6. ¿Cómo perdonar?
7. Los efectos del perdón
8. El poder que Dios tiene para perdonar
9. Conclusiones

Para reflexionar

Bibliografía

Índice



Trauma post aborto



P. Helkyn Enríquez Báez

Doctor en Bioética
Diócesis de Orizaba

El 14 de marzo de 2008, el Colegio Real de Psiquiatras del Reino Unido publicó una declaración donde afirmaba que “debido a las controversias surgidas sobre el riesgo de la salud mental producido por el aborto inducido, recomendamos que el Colegio Real de Psiquiatras actualice su reporte de 1994 en esta materia”¹. De este modo, se contradecía el informe que catorce años antes había desestimado los efectos que el aborto provocado generaba a las mujeres² y, como veremos más adelante, a otras personas involucradas en el *drama del aborto*; es decir efectos ahora considerados como trauma *post aborto* (*Post Abortion Trauma* o PAT)³, el cual presenta diversas facetas de desolación (*grief*).⁴

El doctor Thevathasan en su texto no sólo señala que algunos daños a la salud mental llegan años después del aborto, sino que también afirma que existen otras

manifestaciones asociadas al desorden de estrés post traumático (*Post Traumatic Stress Disorder*), y acuñó el término *trauma post aborto* o PAT que incluye diversos síntomas como: llanto incontrolable, tristeza, pesadillas frecuentes, insomnio, angustia y sentimientos de culpa. Muchas mujeres recurren a las drogas y al alcohol, cayendo en la depresión e, incluso, en el suicidio.

En Estados Unidos, donde en algunos estados el aborto es legal, se tienen ya algunos estudios y registros, como por ejemplo en California, donde se practica desde 1973. El sistema de atención médica de ese estado, *Medi-Cal*, publicó en 2003 un estudio realizado en 15,299 mujeres que se sometieron a aborto legal, comparadas con 41,442 que tuvieron a su hijo. Tres meses después del término del embarazo, las mujeres a las que se les había realizado un aborto solicitaron consultas

¹«In view of the controversy on the risk to mental health of induced abortion we recommend that the Royal College of Psychiatrists update their 1994 report on this issue» Dicha declaración no fue conclusiva, por lo que la misma institución participó en una consulta iniciada en 2010 y que terminó el 29 de junio de 2011, misma que coordinó la Academia de Colegios Reales de Medicina (*Academy of Medical Royal Colleges*) y el Departamento de Salud. La revisión fue elaborada por el Centro Nacional de Colaboración para la Salud Mental (*National Collaborating Centre for Mental Health*) y el mismo Colegio Real de Psiquiatras. Ver en: <http://www.rcpsych.ac.uk/members/mentalhealthandinducedabor.aspx> (Consultado: 12 de septiembre de 2018)

² La relación de 1994 decía: «The Royal College of Psychiatrists finds the risks to psychological health from termination of pregnancy in the first trimester much less than the risks associated with proceeding with a pregnancy that is clearly harming the mother's mental health. There is no evidence in such cases of major psychiatric risk or long-lasting psychological distress»; citado en: FERGUSSON D.M., «Abortion and Mental Health» en *The Psychiatrist*, 32 (2008), pp. 321-324, cita en p. 321. Estas conclusiones han sido utilizadas por muchos promotores del aborto sin hacer referencia a los nuevos conocimientos y consultas.

³Cfr. THEVATHASAN P., *Abortion and Mental Health*, LIFE Publications, Leamington Spa 2010. El 25 de febrero de 2001 la Pontificia Academia para la Vida (PAV) dentro de su XVII Asamblea General organizó un *workshop* con el tema del Trauma Post Aborto. Se puede consultar el programa y las ponencias en: <http://www.academiavita.org/>

⁴Cfr. ANGELO E. J., «Psychiatric Sequelae of Abortion: The Many Faces of Post-Abortion Grief» en *Linacre Quarterly*, 59 (1992), pp. 69-80.



DIMENSIÓN PASTORAL



psiquiátricas con una frecuencia 160% mayor que las que tuvieron a su hijo. Cuatro años después la frecuencia fue 110% mayor en las mujeres que se provocaron un aborto en relación a las que llevaron su embarazo a término. Las enfermedades más recurrentes en las mujeres con un aborto en su historia clínica fueron: psicosis depresiva y enfermedad bipolar⁵. Otro estudio de la Universidad de Harvard sobre las alteraciones en los estados de ánimo en las mujeres, llegó a la conclusión de que las mujeres con antecedente de aborto inducido tuvieron de dos a tres veces mayor riesgo de depresión a lo largo de su vida que el grupo que no recurrió al aborto⁶.

Un estudio más demuestra que el aborto afecta más a la mujer joven, y sobre todo a la adolescente. En 2006 se publicaron los efectos psicológicos del aborto en 520 mujeres con edades entre los 15 y 25 años en Nueva Zelanda. El estudio se realizó en tres grupos con características distintas: las que nunca se

habían embarazado, las que ya se habían embarazado y abortaron, y las que se embarazaron y llevaron a término la gravidez. Las frecuencias de afectaciones mentales no variaron entre las que nunca se habían embarazado antes y las que se embarazaron y llegaron al término del embarazo. Sin embargo, al compararlas con las que abortaron voluntariamente se encontraron mayores manifestaciones de depresión, ansiedad, conductas suicidas y abuso en el consumo de drogas.⁷ También existen publicaciones que asocian el antecedente de aborto provocado con mayor riesgo de conductas de maltrato infantil. El mismo grupo *Medi-Cal* publicó en el 2005 los resultados obtenidos en un estudio con 518 participantes: 118 madres con conductas de abuso infantil, 119 con conductas negligentes y 281 sin antecedente de maltrato infantil. En cuanto a sus antecedentes reproductivos, 100 tenían historia de un aborto provocado y 99 habían sufrido un aborto espontáneo o muerte fetal. Aquellas con antecedente de alguna pérdida fetal, voluntaria o involuntaria, tuvieron 99% más probabilidades de abuso físico hacia sus hijos que quienes no habían tenido pérdida. Las que se habían practicado un aborto tuvieron 144% más riesgo de abuso infantil que aquellas sin experiencia de aborto inducido⁸.

Además de los daños a la salud psíquica de la mujer, la Doctora Angelo, en su ponencia en la XVII Asamblea de la PAV⁹, afirmó que existen daños también para los hombres, la familia y los agentes sanitarios relacionados con el aborto. En relación a los hombres, afirma que sufren también la tragedia del aborto, pues significa una pérdida también para ellos, a la larga; el sentimiento de pérdida y vacío se manifiesta en sus vidas, pues los padres son padres para siempre, incluso de un

⁵ Cfr. REARDON D.C.-COUGLE J.L. et al., «Psychiatric Admissions of Low Income Women Following Abortion and Child-Birth». *Canadian Medical Association Journal*, 168 (2003), pp. 1253-1256.

⁶ Cfr. HARLOW B.L.-COHEN L.S. et al., «Early Life Menstrual Characteristics and Pregnancy Experiences Among Women With and Without Major Depression: the Harvard Study of Mood and Cycles» en *Journal of Affective Disorders*, 79 (2004), pp. 167-176.

⁷ Cfr. FERGUSON D.M.-HORWOOD J. et al., «Abortion in Young Women and Subsequent Mental Health» en *Journal of Child Psychology and Psychiatry and Allied Disciplines*, 1 (2006), pp. 16-24.

⁸ Cfr. COLEMAN P.K.-MAXEY C.D. et al., «Associations Between Voluntary and Involuntary Forms of Perinatal Loss and Child Maltreatment Among Low-Income Mothers» en *Acta Paediatrica*, 94 (2005), pp. 1476-1483.

⁹ Cfr. ANGELO E.J., *Post Abortion Trauma, Treatment and Prevention* en: http://www.academiavita.org/Pdf/XVII_AG/Angelo.pdf (Consultado: 15 de mayo de 2019)



DIMENSIÓN PASTORAL



en su práctica, sí hay manifestaciones evidentes de los daños que ocasiona a la salud mental.

hijo muerto. Pueden existir dos grupos de hombres: los que tratan de impedir el aborto y que cuando se comete se sienten arrebatados de su paternidad; o los que motivan, impulsan u obligan a su pareja a abortar incluso pagando por ello: al final pueden sentir el peso de la culpabilidad. Ambos grupos pueden presentar manifestaciones de enojo, ansiedad, rechazo a las mujeres u hostilidad que les puede complicar futuras relaciones.

En la familia, la relación en pareja sufre desgastes. Además, los niños que nacen son objeto de sentimientos maternos contradictorios o de una sobreprotección por parte de la madre. Cuando el niño sabe que ha habido hijos que se han abortado por tener malformaciones puede pensar que él también puede ser rechazado si no es perfecto en sus comportamientos. El resto de la familia, como los abuelos, parientes o amigos cercanos que aconsejaron abortar, así como los que practicaron el aborto, tampoco escapan a las manifestaciones de dolor y culpabilidad. Aunado a esto, en la práctica pastoral es evidente el sufrimiento de los hombres y las mujeres que se han involucrado en la práctica del aborto procurado, el remordimiento y dolor que permanecen, aun y cuando hayan recurrido ya al sacramento de la reconciliación y hayan sido perdonados.

Con estos estudios se puede afirmar que el *trauma post aborto* resulta una consecuencia más grave que las que se pretendían evitar con el aborto; y si bien es cierto que no se presenta en la misma magnitud y frecuencia en todas las mujeres o personas involucradas



Evaluación de un predicador y orador



P. Antonio Rivero, L.C.

Licenciado en Humanidades clásicas y Filosofía,
Doctor en Teología Espiritual

Si quisiéramos anotar aquí los puntos principales para evaluar a un orador –sea político que religioso–, podrían ser éstos:

1. **Relajación física y mental:** para liberarse de preocupaciones, nerviosismo, tensiones, miedo, timidez, inseguridad...
2. **Concentración física y mental:** partir con una pausa de concentración, como el pianista, para posesionarse del papel que se va a realizar y del tema que se va a exponer.
3. **Posición física:** busto erecto, tronco erguido, cabeza ligeramente elevada, no encogida o hacia abajo. Apoyarse bien en los talones, cuando se está de pie. Sentarse con la espalda bien apoyada en el respaldo de la silla, como la mecanógrafa o el tenor. Mantener todos los músculos relajados, sin rigidez pero tampoco con abandono, sino con cierta tensión.
4. **Respiración diafragmática:** rítmica y honda. Con la boca, mejor que con la nariz, para hacerla más rápida y sin ruido. Economizar bien el aire, sobre todo en las frases largas, para llegar al final con la justa energía y sonoridad. Hacer bien y aprovechar al máximo las pausas.
5. **Apariencia personal:** mirada comunicativa con el auditorio, no dirigida hacia el techo o al vacío. Estar seguro de sí mismo, sin nervios, tensiones o rigideces. Evitar el moverse demasiado o el balancear el cuerpo, los tics. Buscar la elegancia y la naturalidad. El entusiasmo y la sinceridad en la expresión del rostro y de los ademanes es lo que más convence. Para ello, que los gestos sean armoniosos y plásticos, ni demasiado rápidos ni demasiado ampulosos.
6. **Emisión de la voz:** ¿de garganta, nasal, de pecho, de cabeza? Conocerla y no lamentarse de la que se tiene o envidiar voces ajenas, sino más bien estudiar la propia y educarla para aprovecharla al máximo. Subir y bajar el volumen según las exigencias del argumento y atenerse a las dimensiones del local, pero siempre dentro de los límites de la propia naturaleza: no forzarla. Buscar un tono moderado y natural, ni grave ni agudo. Evitar la monotonía y los tonos melosos y paternales, dulzones





DIMENSIÓN PASTORAL

o ásperos, dictatoriales, dogmáticos, solemnes, “políticos” o efectistas. Evitar los tonillos y los regionalismos. Entonación afinada y entonada, según los cánones de la entonación. Punto de partida “sostenido” y con garra, con tono vibrante y convencido.

7. **Memoria:** si la alocución o discurso no se ha de aprender de memoria, al menos memorizar un esquema básico con sus puntos clave. Si se ha de pronunciar de memoria, hacerlo perfectamente, ensayándolo varias veces y en voz alta antes de su presentación. Tratar de que el auditorio no note que lo sabemos de memoria.
8. **Sentimientos:** estar convencido de lo que se va a hablar para poder sentirlo y declamarlo con calor, sentido, convencimiento, resonancia, entusiasmo y sinceridad. Salir de sí mismo frente a la inhibición o timidez. Variedad de tonos y de volumen para evitar la monotonía, pero con sobriedad y discreción: evitar el gritar o teatralizar. Estudiar el discurso y sus sentimientos antes de pronunciarlo. Conocer el auditorio para tratarlo con dulzura, amistad, convicción, energía, según lo exija su problemática.
9. **Ritmo y velocidad:** pronunciación ni demasiado lenta ni demasiado precipitada. Lograr una dicción reposada y clara a la vez que ágil y variada. Vocalizar esmeradamente las palabras difíciles, las consonantes dobles y las sílabas finales. Recaltar las palabras claves y las ideas principales.
10. **Expresión gramatical:** corrección gramatical y sintáctica. Precisión y expresividad en el vocabulario. Riqueza de léxico, pero teniendo en cuenta el auditorio, la situación y el argumento. Evitar el vocabulario pedante, técnico o erudito. Algunos defectos de dicción: anacolutos, pleonasmos, muletillas, “ehhh”, tropiezos, regresiones, titubeos...
11. **Introducción-exordio:** atractivo e interesante para abrir el apetito del auditorio y condicionarlo a escuchar el resto del discurso. Pertinente y unido al resto del discurso. Tocar el problema del auditorio



para que se sienta aludido, para captar su atención. Originalidad, pero sin rarezas, vulgaridades o extravagancias.

12. **Fondo: plan y organización del tema:** conocer, amar al auditorio. Fin concreto y presente a lo largo de todo el discurso u homilía. Esquema claro y ordenado de los motivos más válidos y concretos para ese auditorio concreto y para ese fin concreto. Valoración de dichos motivos o pruebas. Previsión y respuesta de posibles objeciones. Buscar más bien argumentos positivos que negativos. No atacar al auditorio, sino más bien comprenderlo y estimularlo.
13. **Forma:** sensibilizar cuanto más mejor los argumentos y motivos, aplicando los diversos métodos (concreción, visualización, desentrañamiento, dramatización, imágenes, anécdotas, citas...), según el afecto que se quiera conseguir. Evitar que la forma ahogue el fondo, así como el hacer literatura y retórica pomposa. No abrumar con demasiados datos, imágenes, ejemplos, citas o anécdotas. Discreción y selección en su uso, para integrarlos armónica y equilibradamente con el fondo de ideas.
14. **Conclusión-peroración:** recapitular brevemente todas las ideas. Formularlas en una frase breve, a manera de consigna, para que el auditorio tenga claro y recuerde fácilmente el fin. Terminar siempre con elegancia y pie justo, con la mayor claridad y belleza, para dejar un buen sabor de boca.



DIMENSIÓN PASTORAL

Hacerlo a tiempo.

Dicho de otro modo:

1. ¿Qué evaluar en un discurso, ya sea político que religioso?

Un buen discurso debería poder satisfacer las necesidades del público en tres ámbitos: impresión general (percepción), contenido (fondo) y puesta en escena (forma).

2. Impresión general sobre el discurso

- **Mensaje:** ¿Cuál fue el mensaje principal? ¿Quedó lo suficientemente claro? Uno de los puntos de partida al escribir un discurso es tener una idea muy clara del mensaje general que se quiere transmitir. Mientras más claro lo tiene quien confecciona el guión, más claro lo tendrá el público.
- **Objetivo:** ¿Quedó claro el objetivo? ¿Fue conseguido? Otro de los puntos a tener en cuenta antes de redactar es saber lo que se quiere lograr con la charla – informar, persuadir/motivar o entretener. Esto sabido, también es importante aclarar qué querríamos que el público hiciera, pensara o sintiera inmediatamente terminado el discurso. Sólo tras tener claros, mensaje y



objetivo, podemos comenzar a redactar.

- **Reacción del público:** ¿Cuál ha sido su reacción? ¿Ha sido favorable o desfavorable? ¿Logró en ellos un deseo de ser o hacer algo distinto? El público es lo primero, por lo que la reacción que obtengamos de ellos determinará el éxito o fracaso de la ponencia.
- **La impresión general** es probablemente el pilar más importante en la evaluación de un discurso ya que, incluso sin ser capaces de comentar de manera entendida sobre el contenido o la puesta en escena, todos tenemos la capacidad de dar una opinión sobre lo que nos ha parecido lo escuchado. Por supuesto, una percepción favorable supondrá (casi siempre) que tanto el contenido como la puesta en escena han satisfecho las expectativas (mínimas) de la audiencia.

3. El contenido del discurso

- **Estructura:** ¿Hubo una clara delimitación entre introducción, cuerpo y conclusión? ¿Fue lógica y fácil de seguir? Una línea argumental sencilla, basada en unos pocos puntos, permitirá que el público se mantenga atento y saque el mayor provecho a lo que decimos.
- **Introducción:** ¿Fue capaz de despertar la atención del público con las primeras palabras dejándolo con ganas de escuchar el resto y marcando la línea por la cual pretendía seguir? Es recomendable comenzar con impacto: una pregunta, una cita, una declaración controvertida, una palabra potente... Esto asegurará que todos deseen seguir escuchando. Dejemos el "buenos días, mi nombre es X y estoy muy agradecido de..." para un párrafo posterior.
- **Cuerpo:** ¿Fue al grano y evitó irse por las ramas? ¿Fueron claras, relevantes e interesantes las ideas expuestas? ¿Aportaron dichas ideas al mensaje principal y al objetivo del discurso? ¿Estuvieron apoyadas dichas



DIMENSIÓN PASTORAL

ideas de ejemplos e historias? Un cuerpo de discurso efectivo requiere de mucha edición en la fase de preparación. Hay que deshacerse de todo lo irrelevante para evitar que nos vayamos por las ramas.

- **Conclusión:** ¿Hubo una llamada a la acción (hacer, ser, sentir algo distinto)? ¿Resumió las ideas principales o reforzó el mensaje principal? ¿Terminó de forma lo suficientemente memorable como para quedarse incrustado en las mentes de los oyentes? Nos quedamos principalmente con lo último que se nos dice. De ahí la importancia de finalizar un discurso resumiendo las ideas principales y llamando a la acción.
- **Lenguaje verbal:** ¿Hizo un uso correcto de las palabras y la gramática? ¿Empleó figuras retóricas para añadir riqueza, fluidez e impacto al discurso? No me voy a meter con el nivel de alfabetización de la gente, pero querría creer que alguien a quien se lo ofrece la oportunidad de hablar frente a otros tiene un mínimo de conocimiento de la lengua y sabe usarla de forma correcta. Aun así, es necesario adecuar la manera de hablar a cada ocasión para evitar perder adeptos.

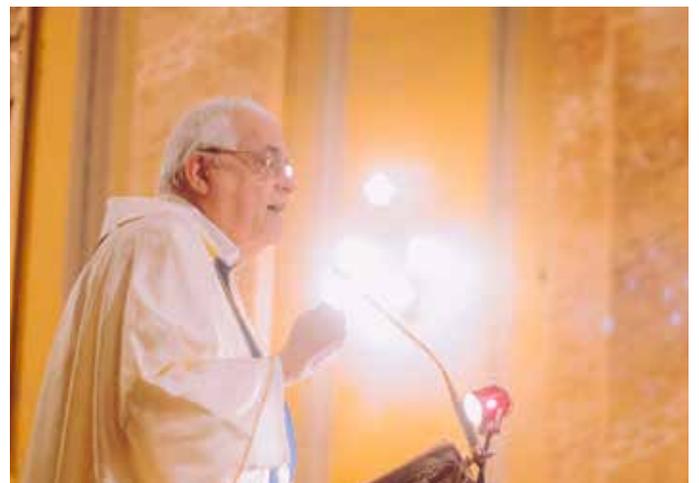
Lo que se dice viene estrechamente ligado a una preparación en la cual se mezclan conocimiento, investigación, organización lógica de las ideas y capacidad de redacción. Es importante no olvidar que la simplicidad es fundamental (menos es más) y que se nos recordará, sobre todo, por lo primero y (especialmente) lo último que digamos.

4. Puesta en escena del discurso

- **Voz:** ¿Fue la presentación monótona o moduló el orador su voz en el transcurso de ésta? En la variedad está el gusto y, en el caso del orador, es especialmente necesaria para mantener la atención y despertar emociones. Idealmente, queremos sonar conversacionales y en las conversaciones

variarnos el volumen, el ritmo, la cadencia de nuestra voz en función del énfasis que queramos hacer en determinados puntos. La monotonía aburre.

- **Pausas y muletillas:** ¿Se tomó su tiempo entre idea e idea? ¿Dio tiempo al público a reflexionar? ¿Hizo pausas silenciosas o usó muletillas para entrelazar conceptos? Una pausa bien colocada puede sumar en impacto, dejando a la gente en vilo o permitiéndole reflexionar. Pero una pausa con un “ehh”, un “pues” o cualquier otra muletilla, impide lograr lo anterior y además hace que el orador pierda credibilidad haciéndole parecer inseguro y poco preparado.
- **Lenguaje del cuerpo:** ¿Usó un lenguaje abierto o cerrado? ¿Se desarrolló con naturalidad? Éste es un tema que da para todo un artículo. La postura y la gesticulación (primordialmente) dirán mucho sobre el que habla. Sin saber cómo ni por qué, sólo con ver cómo se desenvuelve una persona, podemos hacernos un juicio considerablemente certero sobre ésta. Una postura firme y erguida transmitirá autoridad. Una gesticulación natural, abierta y no desafiante, ganará amigos.
- **Sonrisa:** ¿Sonrió o puso cara de pocos amigos? La sonrisa muestra amabilidad y gratitud. Es fundamental para tener *rapport* con el público lo que es





DIMENSIÓN PASTORAL



importante para caerle bien.

- **Contacto visual:** ¿Dirigió la mirada a los ojos del público? ¿Sentí como si me hablase a mí personalmente? Cuando hablamos uno a uno, molesta si no nos miran a los ojos. Un orador que evita la mirada del público, genera desconfianza. Por cada concepto que se dice, es deseable mirar a los ojos a una persona en concreto. Asimismo, hay que buscar mirar a tantas personas como nos sea posible en el transcurso de la charla, cubriendo todas las áreas del "patio de butacas".
- **Movimiento y uso del escenario:** ¿Usó el escenario o se quedó estático? ¿Salió de detrás del atril o no? Emilio Duró es un crack. Incluso quedándose inmóvil en una esquina del escenario durante hora y media (como lo vi hacer una vez en Palma), es capaz de conectar y hacerse con la audiencia. Pero no somos Emilio Duró. Hay que moverse (aunque no de manera errante), salir de detrás del atril, acercarnos a la gente... Esto sumará en energía, credibilidad y conexión.
- **Ayudas visuales:** ¿Usó ayudas visuales o no? ¿Fueron éstas un complemento o un sustituto del mensaje? Es otro tema que también da para mucho. Aquí entran los objetos y las diapositivas. En ambos casos deben complementar el mensaje, sumar a la presentación. Es muy frecuente ver presentaciones en las que las diapositivas,

más que un complemento, son el protagonista. El ponente las utiliza como chuleta para no perder el hilo. Seth Godin, afamado *blogger* y gurú del marketing, dice que una diapositiva no debe tener más de seis palabras. Si bien esto puede ser complicado de lograr, la tendencia debe ser siempre a usar más imagen y menos texto.

- **Indumentaria:** ¿Usó una indumentaria adecuada para la ocasión o estuvo demasiado formal/informal? Ante la duda, mejor pecar de formal, pero lo recomendable es conocer el perfil de la audiencia y vestirse de manera un poco más formal que ésta.

Sí, el contenido es rey, dicen por ahí, pero una puesta en escena mediocre no hará nunca justicia a un guión excelente.

Obtener *feedback*

Salvo que formemos parte de un club de oratoria, de debate o similar, o que impartamos cursos y pongamos hojas de evaluación a disposición de los asistentes, no es habitual que podamos obtener retroalimentación sobre nuestras presentaciones. Una de las claves para obtener dicho *feedback* y, en consecuencia, mejorar como oradores, es grabarnos. Al grabarnos, reproducir y analizar nuestros vídeos, podemos determinar los puntos fuertes y débiles de nuestros discursos y usar esta información para mejorar en futuras ocasiones. Es un método efectivo porque (1) evitamos la engorrosa situación de recibir una crítica por parte de otra persona y (2) no dependemos de los demás para progresar.

Aun así, como tampoco es normal que estemos dando discursos a diario, una manera de adquirir práctica en su evaluación es evaluar los ajenos. Existen muchas oportunidades para ver discursos y evaluarlos. Conferencias, presentaciones comerciales, discursos políticos. Ver con ojo crítico nos enseña a entender qué nos gusta y qué no, qué impacta, qué funciona... En definitiva, nos ayuda a tomar consciencia sobre qué es un buen discurso y, por consiguiente, a utilizar dichos criterios para mejorar nuestras propias presentaciones.



La educación de los hijos en la familia cristiana



Luis Madrazo, L.C.
Licenciado en Teología Moral

Introducción

En la Declaración *Gravissimum educationis* (GE) del Concilio Vaticano II encontramos una frase que nos hace ver la importancia capital del tema de la educación de los hijos en la familia cristiana:

Puesto que los padres han dado la vida a los hijos, están gravemente obligados a la educación de la prole y, por tanto, ellos son los primeros y principales educadores. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia que, cuando falta, difícilmente puede suplirse¹.

También el Papa Benedicto XVI habló varias veces sobre la «emergencia educativa». Es por ello que en el presente trabajo nos proponemos estudiar algunos aspectos esenciales de la educación de los hijos en la familia cristiana. Dada la amplitud del tema nos limitaremos a hablar sólo de «algunos aspectos esenciales» que han de estar presentes en la educación de los hijos.

Las principales fuentes de información (sin reducirse a ellas) de este trabajo son la exhortación apostólica *Familiaris consortio* (FC) y el magisterio pontificio de Juan Pablo II y de Benedicto XVI.

Resulta necesario examinar qué se entiende por educación. También es importante analizar cuál es el fundamento y las características de la tarea educativa de los padres. Con ello será posible descubrir por qué se afirma que la educación de los hijos es un derecho-deber de los padres. A este tema, dada su importancia, dedicaremos un amplio espacio. El tema de la emergencia educativa hace vislumbrar el contexto de los últimos años -y siempre actual- de la educación. Por último, resulta elemental estudiar la naturaleza de la familia cristiana.

I. Naturaleza de la educación

El número uno de la declaración *Gravissimum educationis* nos ofrece varios aspectos del término educación²:

Todos los hombres, de cualquier raza, condición y edad, en cuanto participantes de la dignidad de la persona, tienen el derecho inalienable de una educación, que responda al propio fin, al propio carácter, al diferente sexo, y que sea conforme a la cultura y a las tradiciones patrias, y, al mismo tiempo, que esté abierta a las relaciones fraternas con otros pueblos a fin de fomentar en la tierra la verdadera unidad y la paz. Mas la verdadera educación se propone la

¹ CONCILIO VATICANO II, *Declaración Gravissimum educationis*, 3.

² P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla luce dell Vaticano II*, ELLE DI CI, Colle Don Bosco (Asti) 1966, 33. Las traducciones de esta obra son mías.



DIMENSIÓN PASTORAL



formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las varias sociedades, de las que el hombre es miembro y de cuyas responsabilidades deberá tomar parte una vez llegado a la madurez³.

Esta definición nos hace ver que mediante la educación se ha de formar a la persona humana en vistas a su fin último y para el bien de la sociedad⁴. En el párrafo sucesivo del mismo número la declaración dice que esta verdadera educación se realiza mediante el desarrollo armónico de sus aptitudes físicas, morales e intelectuales:

Hay que ayudar, pues, a los niños y a los adolescentes, teniendo en cuenta el progreso de la psicología, de la pedagogía y de la didáctica, a que desarrollen armónicamente sus condiciones físicas, morales e intelectuales, a fin de que adquieran gradualmente un sentido más perfecto de la responsabilidad en la cultura ordenada y activa de la propia vida y en la búsqueda de la verdadera libertad, superando los obstáculos con valor y constancia de alma. Hay que iniciarlos, conforme avanza su edad, en una positiva y prudente educación sexual. Hay que prepararlos, además, para su participación en la vida social, de forma que, bien instruidos con los medios necesarios y oportunos, puedan tomar parte activa en los

diversos grupos de la sociedad humana, estén dispuestos para el diálogo con los otros y presten gustosamente su fructuosa colaboración en la consecución del bien común⁵.

El Concilio, después de haber tratado de la educación en general, dedica el número dos a la educación cristiana.

El Papa Juan Pablo II, en un discurso al cuerpo académico de la universidad de Padua (Italia), hace ver que la educación es un fenómeno típicamente humano; asimismo explica que el concepto de educación que se ofrezca dependerá del concepto que se tenga del hombre. En dicho discurso también expuso cuál es el objetivo de la educación:

La educación es un fenómeno típicamente humano, ya que sólo el hombre puede y debe educarse. Mediante la obra educativa el hombre se individualiza en los diversos sectores de la existencia, y, por consiguiente, se individualiza, se hace cada vez más completamente un «yo», una persona también a nivel psicológico, después de serlo desde el seno materno a nivel ontológico. Es evidente que la concepción que se tiene de la educación depende de la concepción que se tiene del hombre y de su destino. Sólo cuando se ha comprendido bien quién es el hombre en sí mismo y cuál es la meta última de la vida humana, se sitúa correcta y lógicamente el problema de cómo guiarlo a la conquista de su meta personal. [...] El objetivo de la educación ha de ser siempre hacer al hombre más maduro, es decir, hacer de él una persona que lleve a completa y perfecta realización todas sus posibilidades y aptitudes. Esto se obtiene mediante una paciente profundización y una progresiva asimilación de los valores absolutos, perennes y trascendentes⁶.

El santo Pontífice, en su carta a las familias de 1994, en el número dieciséis, define la educación en base a dos

³ GE, 1.

⁴ P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla...*, 32.

⁵ GE, 1.

⁶ JUAN PABLO II, Discurso al cuerpo académico de la Universidad de Padua, 12 de septiembre de 1982. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. V,3, 416-417. (La traducción está tomada de la página de Internet del Vaticano: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/speeches/1982/september/documents/hf_jp-ii_spe_19820912_universita-padova_sp.html) [29-07-2010]).



verdades. Dichas verdades son la guía de fondo de toda educación:

¿En qué consiste la educación? Para responder a esta pregunta hay que recordar dos verdades fundamentales. La primera es que el hombre está llamado a vivir en la verdad y en el amor. La segunda es que cada hombre se realiza mediante la entrega sincera de sí mismo. Esto es válido tanto para quien educa como para quien es educado. La educación es, pues, un proceso singular en el que la recíproca comunión de las personas está llena de grandes significados. El educador es una persona que «*engendra*» en sentido espiritual. Bajo esta perspectiva, la educación puede ser considerada un verdadero apostolado. Es una comunicación vital, que no sólo establece una relación profunda entre educador y educando, sino que hace participar a ambos en la verdad y en el amor, meta final a la que está llamado todo hombre por parte de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo⁷.

El Papa hace ver a los padres la grandeza y la responsabilidad que comporta su vocación al matrimonio: les explica que la procreación y la educación de los hijos son las dos dimensiones de la paternidad, y les habla en estos términos de la grandeza de la educación:

En el sacramento del matrimonio habéis sido llamados a haceros, como marido y esposa, los padres: padre y madre. ¡Qué vocación y qué dignidad! Pero también ¡cuánta responsabilidad! [...]. Engendrar quiere decir, al mismo tiempo, educar; y educar significa engendrar. En la persona humana se compenetran recíprocamente lo que es carnal y lo que es espiritual, y por esto se compenetran también de modo recíproco las dos grandes dimensiones de la paternidad y de la maternidad: procreación y

educación. ¡Educar significa mucho! Vosotros mismos sabéis cuántos son los deberes de este proceso grande, largo, paciente, a través del cual enseñáis sencillamente el comportamiento humano a los que han nacido de vosotros, padres. Y puesto que sobre el terreno de esta humanidad ha sido injertada la filiación divina, debemos enseñar a esta persona, nacida de los padres en cuanto al cuerpo y de Dios en cuanto al espíritu, la plenitud de la vida, esa plenitud que se tiene del Padre en el Hijo, en Cristo, por medio del Espíritu Santo⁸.

II. Fundamento y características del derecho-deber de la tarea educativa de los padres

Desde el punto de vista teológico la exigencia de educar a los hijos que tienen los padres deriva de que son colaboradores de Dios en la procreación. Dios crea a cada ser humano y quiere mantener con él una íntima relación de amor. Cada ser humano debe ser ayudado a crecer en todos los aspectos de su personalidad, no sólo biológicamente, para poder ser un buen interlocutor de Dios. Los padres, con la procreación, ofrecen su cooperación inicial al proyecto de Dios, pero su cooperación debe continuar por medio de la educación⁹.



⁷ JUAN PABLO II, Carta a las familias *Gratissimam* sane del 2 de febrero de 1994. n,16. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. XVII,1, 326-384. (La traducción está tomada de la página de Internet del Vaticano: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/letters/documents/hf_jp-ii_let_02021994_families_sp.html) [29-07-2010]).

⁸ JUAN PABLO II, Discurso a los participantes del Congreso sobre "La familia y el amor", 3 de mayo de 1981. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. IV,1, 1093-1095. (La traducción está tomada de: A. SARMIENTO FRANCO- J. ESCRIVÁ IVARS, *Enchiridion Familiae*, Rialp, Madrid 1992, vol. IV, 3128-3130.).

⁹ Cf. L. CICCONE, *Etica sessuale. Persona, matrimonio, vita verginale*, ARES, Milano 2004, 342



DIMENSIÓN PASTORAL

La tarea educativa tiene sus raíces en la vocación primordial de los esposos a participar en la obra creadora de Dios; ellos, engendrando en el amor y por amor una nueva persona, que tiene en sí la vocación al crecimiento y al desarrollo, asumen por eso mismo la obligación de ayudarla eficazmente a vivir una vida plenamente humana¹⁰.

Así como el amor es la fuente última de la procreación, también es la fuente última de la educación¹¹; por ello:

El elemento más radical, que determina el deber educativo de los padres, es el amor paterno y materno, que encuentra en la acción educativa su realización al hacer pleno y perfecto el servicio a la vida. El amor de los padres se transforma de fuente en alma, y por consiguiente en norma, que inspira y guía toda la acción educativa concreta, enriqueciéndola con los valores de dulzura, constancia, bondad, servicio, desinterés, espíritu de sacrificio, que son el fruto más precioso del amor¹².



Esta frase del Papa Juan Pablo II nos hace ver que «la paternidad maternidad se prolongan más allá del hecho biológico de la transmisión de la vida [y que] la procreación y la educación no son sino dos aspectos y dimensiones de la misma realidad»¹³. También permite darnos cuenta de que «el amor conyugal se manifiesta en la educación como verdadero amor de padres. La “comunidad de personas”, que al comienzo de la familia se expresa como amor conyugal, se completa y se perfecciona extendiéndose a los hijos con la educación»¹⁴.

La educación de los hijos siempre ha sido entendida como un deber. «La educación es inseparable de la generación; es un complemento necesario, y resulta superfluo detenerse a demostrarlo ya que es evidente. Antes que un trabajo fruto de reflexiones y de elecciones es un dato de tipo instintivo»¹⁵.

El Magisterio pone su atención en el derecho-deber de la educación de los hijos y le dedica a este tema bastante espacio, sobre todo a partir de los problemas que surgen con la industrialización¹⁶.

A la función educativa se le ha añadido el adjetivo “derecho” para defender a las familias ante las ideologías totalitarias, como el marxismo, que han pretendido transferir al estado la tarea de educar a los ciudadanos. Estas ideologías niegan a los padres el derecho de educar a sus hijos. En nuestros días muchas veces son los mismos padres los que no reconocen su derecho a la educación de sus hijos; otras veces, reconociendo que lo tienen, renuncian a él¹⁷.

Paul Gouyon, en su libro *L'educazione cristiana alla luce del Vaticano II*, dedica un capítulo a explicar el derecho a la educación en general y a la educación cristiana¹⁸, tal como se trata en la GE. De aquí las siguientes reflexiones:

Explicando el derecho a la educación en general dice que ésta se basa en el mismo fin de la educación:

¹⁰ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica, *Familiaris consortio*, n. 36: Acta Apostolicae Sedis, 74 (1982), 81-191.

¹¹ Cf. L. CICCONE, *Etica sessuale...*, 342.

¹² FC, 36.

¹³ A. SARMIENTO, *La familia, futuro de la humanidad*, BAC, Madrid 1995, 230-231.

¹⁴ *Gratissimam sane*, 16.

¹⁵ L. CICCONE, *Etica sessuale...*, 334-335.

¹⁶ Cf. L. CICCONE, *Etica sessuale...*, 342.

¹⁷ Cf. *Ibid*, 337.

¹⁸ Cf. P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla...*, 29-33.



DIMENSIÓN PASTORAL

«ayudar al hombre a que alcance la perfección postulada por su naturaleza y por el fin último hacia el cual tiende»¹⁹. Asimismo afirma que el derecho a la educación «corresponde a la voluntad de Dios, a una necesidad del hombre y a una exigencia de la sociedad»²⁰.

El derecho a la educación corresponde a la voluntad de Dios porque es Él quien da a cada ser una naturaleza, la cual debe ser perfeccionada. «La misma naturaleza recibida por cada ser, con sus posibilidades y tendencias, es signo de la voluntad divina»²¹. La perfección de la naturaleza de cada ser corresponde a la perfección de su operar; la perfección de su actuar debe corresponder a la perfección de su ser. Por ello el hombre aspira a una perfección más alta, colocada por Dios en lo íntimo de su naturaleza racional²².

El medio por el cual los seres que no son libres alcanzan la perfección en su actuar es el instinto, y por ello están privados de iniciativa y de progreso²³. Los seres libres, los cuales alcanzan la perfección por medio de su actuar, tienen que ejercitarse mucho, y con frecuencia no sin titubeos y derrotas. Este ejercicio de su libertad en el campo moral y espiritual se llama educación²⁴.

Gouyon concluye este apartado del derecho a la educación como voluntad de Dios diciendo que «el derecho inalienable a la educación se apoya sobre la voluntad de Dios inscrita en la naturaleza que va en búsqueda del propio fin»²⁵.

El autor explica cómo el derecho a la educación corresponde a una necesidad del hombre. Para ello se refiere al siguiente texto de la Declaración Conciliar sobre la educación: «los hombres, mucho más conscientes de su propia dignidad y deber, desean participar cada vez más activamente en la vida



social y, sobre todo, en la económica y en la política»²⁶. Esta participación no es posible si antes no han sido iniciados en los conocimientos y las virtudes indispensables²⁷.

El hombre tiene necesidad de completarse, y es precisamente la educación lo que le permite satisfacer esta necesidad. Dicha necesidad Dios no la impone desde fuera, sino que el hombre la percibe en su interior y por ello la educación es un verdadero derecho del hombre²⁸.

El derecho a la educación corresponde a una exigencia de la sociedad, ya que en el orden establecido por Dios el hombre forma parte de una sociedad, la cual ha de llevar a sus miembros a hacia el fin que se propone. Para lograr esto, necesita que los hombres que la componen estén educados y cooperen con ella activa y ordenadamente. Cada hombre, para completarse socialmente a sí mismo, necesita de la educación²⁹.

Pasa el autor a examinar el derecho a la educación religiosa: «Ya que se trata de hacer que el hombre alcance su

19 P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla...*, 29.

20 Ibid.

21 Ibid.

22 Cf. P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla...*, 29.

23 Ibid., 30.

24 Ibid.

25 P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla...*, 30.

26 GE, Proemio.

27 Cf. P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla...*, 30. 28 Cf. Ibid., 30-31.

29 Cf. Ibid., 31.



DIMENSIÓN PASTORAL

fin último, que es Dios, toda educación debe ser completa, es decir, religiosa (no decimos aun educación cristiana)»³⁰. Con esta frase se explica la siguiente afirmación de la Declaración:

Declara igualmente el Sagrado Concilio que los niños y los adolescentes tienen derecho a que se les estimule a apreciar con recta conciencia los valores morales y a aceptarlos con adhesión personal, y también a que se les estimule a conocer y amar más a Dios. Ruega, pues, encarecidamente a todos los que gobiernan los pueblos o están al frente de la educación, que procuren que la juventud nunca se vea privada de este sagrado derecho³¹.

Finalmente, analiza el derecho a la educación cristiana explicando que cuanto se ha dicho sobre la educación religiosa se puede decir de la educación cristiana:

El cristiano puede tender a su fin último sólo a través de la fe (y de la gracia). Esta fe, con la cual él colabora activamente mediante el ejercicio de su inteligencia y el asentimiento de su voluntad, debe ser educada. El germen de esta fe, depositado en él con el bautismo, debe desarrollarse, y, por otra parte, el joven cristiano no puede completarse sin el aumento de este germen que es favorecido por una educación cristiana [...]. Por lo tanto, el derecho a la educación cristiana se funda sobre los argumentos que hemos empleado para establecer el derecho a la educación³².

En el capítulo dedicado a la doctrina de la Declaración GE, Gouyon se pregunta si la doctrina que allí se presenta es fiel al enseñamiento tradicional de la educación como la encontramos en la encíclica *Divini illius magistri* del Papa Pío XI. Responde diciendo que «los dos documentos tienen un mismo objetivo: afirmar el derecho a la educación cristiana y definir sus condiciones. Tienen la misma base: la educación cristiana es querida por el fin último del hombre»³³.

El Concilio recuerda que: «Todos los cristianos, en cuanto que han sido regenerados por el agua y el Espíritu Santo han sido constituidos nuevas criaturas y se llaman y son hijos de Dios, tienen derecho a la educación cristiana»³⁴.

El Concilio también hace una recomendación a los pastores; dicha recomendación es similar a la que hizo “a todos los que gobiernan los pueblos”: «Este Santo Concilio recuerda a los pastores de almas su gravísima obligación de proveer que todos los fieles disfruten de la educación cristiana, y, sobre todo, los jóvenes, que son la esperanza de la Iglesia»³⁵.

Como características del derecho-deber de la tarea educativa de los padres, el Papa Juan Pablo II, en la *Familiaris consortio*, menciona las siguientes:

El derecho-deber educativo de los padres se califica como esencial, relacionado como está con la transmisión de la vida humana; como original y primario, respecto al deber educativo de los demás, por la unicidad de la relación de amor que subsiste entre padres e hijos; como insustituible e inalienable, y que, por consiguiente, no puede ser totalmente delegado o usurpado por otros³⁶.



³⁰ P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla...*,

³¹ 31 GE, n,1.

³² P. GOUYON, *L'educazione cristiana alla...*, 32.

³³ *Ibid.*, 27.

³⁴ GE, 2.

³⁵ *Ibid.*

³⁶ FC, 3



Se califica, en primer lugar, como esencial, ya que el derecho-deber educativo se funda en la procreación, y, por lo tanto, se descubre al observar la estructura y el fin de la vida conyugal. No reconocer este derecho-deber esencial afectaría no sólo al hijo sino a los mismos padres, ya que en ellos no se desarrollaría la dimensión educativa³⁷.

El derecho-deber educativo de los padres respecto a sus hijos, en relación con otras instancias educativas como la Iglesia y el estado, es original y primario. Esto se explica porque también la relación entre paternidad y filiación es original y primaria. Fuera de esta relación de paternidad-filiación las demás relaciones del hombre, incluidas las de fraternidad, son posteriores y nacen de esta relación original y primaria. Por esta misma razón el derecho-deber educativo de los padres es insustituible, como le es la paternidad y la maternidad, y por el mismo motivo es inalienable³⁸.

De estas características se derivan consecuencias muy importantes. Mencionamos dos ejemplos. El primero es que cualquier intervención educativa sobre los hijos debe ser vista sólo como una ayuda al deber de los padres. Las intervenciones de otros agentes educativos no pueden llevarse a cabo sin la autorización de los padres y mucho menos contra ellos. Aquí se aplica el principio de subsidiariedad, el cual se menciona en el número cuarenta y cinco de la *Familiaris consortio*³⁹.

El segundo ejemplo de las consecuencias que se derivan de estas características del derecho-deber educativo de los padres es que estos no pueden delegar a otros (como a la escuela, a la Iglesia o a la televisión) toda la responsabilidad de educar a sus hijos. Muchas veces los padres no delegan formalmente la educación de sus hijos, pero de hecho lo hacen cuando se desinteresan cómodamente de ella⁴⁰.

III. La «emergencia educativa»

El Papa Benedicto XVI, durante su pontificado, habló muchas veces sobre la «emergencia educativa» que se da en

la sociedad actual. En este apartado se presentará un resumen del mensaje que envió a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, el 21 de enero del 2008.

En ese mensaje el Papa dice que se da una «emergencia educativa», la cual se confirma «por los fracasos en los que muy a menudo terminan nuestros esfuerzos por formar personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dar un sentido a su vida»⁴¹.

Las causas de la emergencia educativa no están en la ruptura que se da entre las generaciones, sino que esto es uno de sus efectos. Las causas más bien hay que buscarlas en que los padres, maestros y educadores en general están tentados a renunciar a su labor educativa, y existe el riesgo de que no comprendan la importancia de la misión que han recibido. Pero sobre todo las causas de la emergencia educativa son:

Un clima generalizado, una mentalidad y una forma de cultura que llevan a dudar del valor de la persona humana, del significado mismo de la verdad y del bien; en definitiva, de la bondad de la vida. Entonces, se hace difícil transmitir de una generación a otra algo válido y cierto, reglas de comportamiento, objetivos creíbles en torno a los cuales construir la



³⁷ Cf. A. SARMIENTO, *La familia...*, 26.

³⁸ *Ibid.*, 27.

³⁹ Cf. L. CICCONE, *Etica sessuale...*, 343.

⁴⁰ Cf. L. CICCONE, *Etica sessuale...*, 344.

⁴¹ BENEDICTO XVI, Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 de enero de 2008. (Tomado de la página de Internet del Vaticano: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/letters/2008/index_sp.htm [27-07-2010])



DIMENSIÓN PASTORAL

propia vida⁴².

Ante esta situación el Papa exhorta a no tener miedo, porque cada persona es libre y responsable, por ello no todo está perdido. Corresponde a cada uno hacer su parte sabiendo que los progresos en el campo de la educación no se suman de generación en generación, porque «en el ámbito de la formación y del crecimiento moral de las personas no existe esa misma posibilidad de acumulación, porque la libertad del hombre siempre es nueva, y, por tanto, cada persona y cada generación debe tomar de nuevo, personalmente, sus decisiones»⁴³.

Aun los valores más esenciales no se asimilan espontáneamente, sino que es cada persona la que debe hacer la opción de hacerlos suyos. Por ello hoy es urgente la tarea educativa, así lo piden los padres, los profesores, los mismos jóvenes y la sociedad entera. El Pontífice propone «algunas exigencias comunes de una educación auténtica»⁴⁴:

En primer lugar, está la cercanía y el amor de los padres hacia sus hijos. De aquí brota la primera y más fundamental experiencia de amor que hacen los hijos.

En segundo lugar, todo educador debe estar decidido a dar algo de sí mismo para ser ejemplo de donación para los alumnos, y así poderlos ayudar a «superar los egoísmos y capacitarlos para un amor auténtico»⁴⁵.

En tercer lugar, el educador no puede dedicarse sólo a dar información. «Ahora bien, sería muy pobre la educación que se limitara a dar nociones e informaciones, dejando a un lado la gran pregunta acerca de la verdad, sobre todo acerca de la verdad que puede guiar la vida»⁴⁶.

En cuarto lugar, el educador no debe olvidar que



el sufrimiento forma parte de la verdad de la vida; por ello cuando el educador busca evitar todo sufrimiento al educando está corriendo el riesgo de «formar personas frágiles y poco generosas, pues la capacidad de amar corresponde a la capacidad de sufrir, y de sufrir juntos»⁴⁷.

En quinto lugar, se encuentra el punto más importante de la labor educativa: «encontrar el equilibrio adecuado entre libertad y disciplina»⁴⁸. Por ello no se ha de olvidar que las reglas de comportamiento y de vida son necesarias para que la persona pueda formar su carácter y prepararse para afrontar «las pruebas que no faltarán en el futuro»⁴⁹. Se ha de tener presente que en la obra educativa entran en juego dos libertades. La obra del educador consiste en ayudar al educando a usar bien su libertad; si consigue esto se alcanzará una educación bien lograda. Para ello es necesario «aceptar los riesgos de la libertad»⁵⁰, ayudándolo, al mismo tiempo, a corregir sus ideas y decisiones equivocadas. «Lo que nunca debemos hacer es secundarlo en sus errores, fingir que no los vemos o, peor aún, que los compartimos como si fueran las nuevas fronteras del progreso humano»⁵¹.

⁴² *Ibid.*

⁴³ BENEDICTO XVI, Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 de enero de 2008.

⁴⁴ *Ibid.*

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ *Ibid.*

⁴⁷ BENEDICTO XVI, Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 de enero de 2008.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *Ibid.*

⁵⁰ *Ibid.*

⁵¹ *Ibid.*



En sexto lugar, el educador ha de tener y conservar su prestigio; este último hace creíble el ejercicio de su autoridad. La credibilidad se logra sobre todo con «la coherencia de la propia vida y con la implicación personal, expresión del amor verdadero»⁵². Por todo ello el educador es un testigo de la verdad y del bien.

En séptimo lugar, el Papa toca el tema de la responsabilidad tanto del educador como del educando; en este último, el sentido de responsabilidad debe ir creciendo junto con su edad. «Responsable es quien sabe responder a sí mismo y a los demás. Además, quien cree, trata de responder ante todo a Dios, que lo ha amado primero»⁵³. La responsabilidad es de dos tipos: personal y comunitaria. La segunda se comparte con los miembros de la ciudad, país y con toda la humanidad. Todos somos responsables de las ideas y estilos de vida que creamos con nuestros comportamientos; de hecho, las ideas, los estilos de vida, las leyes, las orientaciones globales de la sociedad en que vivimos, y la imagen que da de sí misma a través de los medios de comunicación, ejercen un gran influencia en la formación de las nuevas generaciones para el bien, pero a menudo también para el mal⁵⁴.

La sociedad no es algo abstracto; la sociedad somos todos, y por ello todos somos responsables de crear un ambiente favorable para la educación.

El Papa afirma que «en la raíz de la crisis de la educación hay una crisis de confianza en la vida»⁵⁵. Dice que sólo una confianza fiable puede ser «el alma de la educación, como de toda la vida»⁵⁶. Hoy, explica, nuestra esperanza se ve atacada desde muchas partes; por ello exhorta a todos a poner la esperanza en Dios, porque:

Sólo él es la esperanza que supera todas las decepciones; sólo su amor no puede ser destruido por



la muerte; sólo su justicia y su misericordia pueden sanar las injusticias y recompensar los sufrimientos soportados. La esperanza que se dirige a Dios no es jamás una esperanza sólo para mí; al mismo tiempo, es siempre una esperanza para los demás: no nos aísla, sino que nos hace solidarios en el bien, nos estimula a educarnos recíprocamente en la verdad y en el amor⁵⁷.

El Papa Benedicto XVI, en un discurso dirigido a los obispos italianos⁵⁸, el 27 de mayo de 2010, explicó que la crisis de la educación tiene dos raíces esenciales. Expuso cuáles son y dio las pistas para combatirlas.

La primera raíz de la emergencia educativa es un falso concepto de autonomía del hombre. Según este concepto, «el hombre debería desarrollarse sólo por sí mismo, sin imposiciones por parte de los demás, los cuales podrían asistir a su autodesarrollo, pero no entrar en este proceso»⁵⁹. El Papa propone superar esta falsa idea de autonomía del hombre ya que:

Es esencial para la persona humana el hecho de que

⁵² Ibid.

⁵³ Ibid.

⁵⁴ Cf. BENEDICTO XVI, Mensaje a la Diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación, 21 de enero de 2008.

⁵⁵ Ibid.

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ Ibid.

⁵⁸ BENEDICTO XVI, Discurso a la 61ª asamblea general de la conferencia episcopal italiana, 27 de mayo de 2010. Tomado de la página de Internet del Vaticano: http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/speeches/2010/may/documents/hf_ben-xvi_spe_20100527_cei_sp.html [28-07-2010].

⁵⁹ BENEDICTO XVI, Discurso a la 61ª asamblea general de la conferencia episcopal italiana, 27 de mayo de 2010



DIMENSIÓN PASTORAL

llega a ser ella misma sólo desde el otro; el “yo” se convierte en sí mismo sólo desde el “tú” y desde el “vosotros”, está creado para el diálogo, para la comunión sincrónica y diacrónica. Y sólo el encuentro con el “tú” y con el “nosotros” abre el “yo” a sí mismo⁶⁰.

La segunda raíz está en «el escepticismo y en el relativismo, o, con palabras más sencillas y claras, en la exclusión de las dos fuentes que orientan el camino humano»⁶¹. Las fuentes son la naturaleza y la Revelación. Si estas dos fuentes son negadas, también la historia será negada como una fuente orientativa del camino humano. Para superar esta segunda raíz de la crisis actual de la educación el Papa afirma que:

Es fundamental por tanto volver a encontrar un concepto verdadero de la naturaleza como creación de Dios que nos habla; el Creador, a través del libro de la creación, nos habla y nos muestra los verdaderos valores. Y después también volver a encontrar la Revelación: reconocer que el libro de la creación, en el que Dios nos da las orientaciones fundamentales, está descifrado en la Revelación, está aplicado y hecho propio en la historia cultural y religiosa, no sin errores, pero de una manera sustancialmente válida,



que cada vez hay que desarrollar y purificar. Así, en este «concierto» – por así decirlo – entre creación descifrada en la Revelación, concretada en la historia cultural que siempre va adelante y en la que volvemos a encontrar siempre el lenguaje de Dios, se abren también las indicaciones para una educación que no es imposición, sino realmente apertura del «yo» al «tú», al «nosotros» y al «Tú» de Dios⁶².

También en este discurso a los obispos el Papa hace ver la importancia de proponer a las nuevas generaciones valores firmes. Habló de la importancia radical de la transmisión de la fe para la formación integral de la persona. Confirmó que la labor educativa tiene necesidad de «lugares creíbles» como son: la familia, la escuela y la parroquia. El pontífice asegura que estamos «en un tiempo en el que la gran tradición del pasado corre el riesgo de quedarse en letra muerta, somos llamados a acercarnos a cada uno con disponibilidad siempre nueva, acompañándolo en el camino de descubrimiento y asimilación personal de la verdad»⁶³.

Una vez habiendo examinado el tema de la emergencia educativa, ahora veamos el ámbito específico de la familia cristiana.

IV. La familia cristiana

Actualmente la familia pasa por una grave crisis. Así fue explicado en las conclusiones del V congreso mundial teológico pastoral sobre la familia, celebrado en Valencia, España, en el 2006. Allí se explicaba que la crisis de la familia es consecuencia de la crisis antropológica por la que atraviesa hoy la humanidad. Esta crisis antropológica es fruto del «principio de autonomía», es decir:

el planteamiento según el cual el único límite que se debe a las propias acciones es el daño a tercero, ignorando la existencia de normas y valores trascendentes, y, por tanto, la imposibilidad de cualificar las concepciones de la vida como buenas o mejores que sus contrarias. La consecuencia

⁶⁰ *Ibid.*

⁶¹ *Ibid.*

⁶² *Ibid.*

⁶³ BENEDICTO XVI, Discurso a la 61ª asamblea general de la conferencia episcopal italiana, 27 de mayo de 2010.



lógica son el relativismo y el subjetivismo, de los que se deriva la afirmación de que todo vínculo que trasciende la voluntad de los sujetos es una forma de violencia o esclavitud. En esa mentalidad se apoya la crítica al matrimonio y se trata de sustituirlo por uniones libres o rápidamente solubles mediante una facilitación extrema del divorcio⁶⁴.

En el Congreso no se limitaron a explicar las causas de la crisis de la familia, sino que también indicaron el camino que hay que seguir si se quieren superar los problemas actuales de la familia. El camino que propone el Congreso es: valorizar el matrimonio cristiano y la familia.

El Congreso, uniéndose a toda la tradición cristiana resumida en el Catecismo de la Iglesia Católica y proclamada reiteradas veces por Juan Pablo II y Benedicto XVI, hace suya con plena sinceridad y hondura la valoración cristiana del matrimonio y de la familia, con conciencia de que éste es el camino para la superación de las crisis y de los problemas actuales⁶⁵.

El matrimonio es una institución natural (es un derecho natural del ser humano; este derecho es anterior a su condición cristiana)⁶⁶ que posee una esencia y una finalidad propias. Esta esencia y estas finalidades fueron elevadas por el sacramento del matrimonio; pero esta elevación no las cambia sino que las eleva, porque la gracia no destruye la naturaleza:

Del amor esponsal de Cristo por la Iglesia, cuya plenitud se manifiesta en la entrega consumada en la Cruz, brota la sacramentalidad del matrimonio, cuya gracia conforma el amor de los esposos con



el Amor de Cristo por la Iglesia. El matrimonio, en cuanto sacramento, es una alianza de un hombre y una mujer en el amor⁶⁷.

El amor conyugal de los esposos cristianos tiene las mismas características de todo amor conyugal natural: la indisolubilidad, la fidelidad⁶⁸, así como la fecundidad. Para los esposos cristianos estas características adquieren, en virtud del sacramento, un nuevo significado, que no sólo las purifica y las consolida, sino que las eleva hasta el punto de hacer de ellas la expresión de valores propiamente cristianos⁶⁹.

Los cónyuges cristianos, además de ayudarse recíprocamente en el camino de la santificación, son en el mundo signo e instrumento de la caridad de Cristo. Con su misma vida están llamados a ser testigos y anunciadores del sentido religioso del matrimonio, que la sociedad actual reconoce cada vez con mayor dificultad, especialmente cuando acepta visiones relativistas del mismo fundamento natural de la institución matrimonial⁷⁰.

⁶⁴ Conclusiones del V congreso mundial teológico-pastoral, Valencia, 4-7 de julio de 2006. Pontificio consejo para la familia, BAC, Madrid 2007, 671.

⁶⁵ Conclusiones del V congreso mundial..., 672.

⁶⁶ Cf. F. GIL HELLÍN, *Matrimonio: struttura naturale e sacramento cristiano*, en *Famiglia e questioni etiche*, Pontificio consiglio per la famiglia, Grafiche Deoniane, Bologna 2006, 139.

⁶⁷ *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 219.

⁶⁸ «Dar testimonio del inestimable valor de la indisolubilidad y fidelidad matrimonial es uno de los deberes más preciosos y urgentes de las parejas cristianas de nuestro tiempo» FC, 20.

⁶⁹ Cf. FC, 13.

⁷⁰ *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 220.



DIMENSIÓN PASTORAL



La definición de matrimonio que nos ofrece el Código de derecho canónico de 1983 nos ayuda a ver claramente que el matrimonio natural (no sólo el sacramental) está ordenado al bien de los esposos y a la procreación y educación de los hijos. La definición del Código también nos hace ver cómo el matrimonio natural fue elevado por Cristo al grado de sacramento:

La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio de toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyuges y a la generación y educación de la prole, fue elevada por Cristo Señor a la dignidad de sacramento entre bautizados⁷¹.

El matrimonio es el origen y la garantía de la familia⁷². El Catecismo de la Iglesia Católica afirma que «un hombre y

una mujer unidos en matrimonio forman con sus hijos una familia»⁷³; y hablando específicamente de la familia cristiana dice que es una «comunidad de personas, reflejo e imagen de la comunión del Padre y del Hijo en el Espíritu Santo. Su actividad procreadora y educativa es reflejo de la obra creadora de Dios»⁷⁴.

La familia tiene unos deberes primarios y fundamentales que la hacen insustituible; hemos de hacer todo lo posible para que no sea reemplazada:

Todo depende en líneas generales del modo en cómo los padres y la familia cumplan sus deberes primeros y fundamentales, del modo y medida con que enseñen a «ser hombre» a esa criatura que gracias a ellos ha llegado a ser un ser humano, que ha obtenido «la humanidad». En esto la familia es insustituible. Es necesario hacer lo imposible para que la familia no sea suplantada⁷⁵.

La familia es esencial para la vida, desarrollo y realización del ser humano; «es el lugar específico del hombre. Es el ambiente en el cual es concebido, nace y madura; es el ambiente por medio del cual asume la responsabilidad más seria; es el ambiente en el que se realiza cotidianamente; es el ambiente de su felicidad terrena y de su esperanza humana»⁷⁶.

«Es en la familia que el niño debe ser educado a aquella comunión con Dios; fuera de esa comunión no puede existir ninguna felicidad verdadera»⁷⁷. De aquí la importancia de que las familias cumplan su cometido para que sus

⁷¹ Código de derecho canónico, 1055.

⁷² Cf. JUAN PABLO II, Discurso a los participantes de la III asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la familia, 13 de diciembre de 1985 (pronunciado el 26 de enero de 1986). *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, Vol. VIII,2, 1513-1518. (La traducción está tomada del: *Enchiridion de la familia*, Consejo Pontificio para la familia, Documentos magisteriales y pastorales sobre la familia y la vida, 1965-1999, Palabra, Madrid 2000, 881.).

⁷³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2202.

⁷⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 2205.

⁷⁵ JUAN PABLO II, Audiencia general, 3 de enero de 1979. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. II,1, 10-11. (La traducción está tomada de la página de Internet del Vaticano: http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/audiencias/1979/documents/hf_jp-ii_aud_19790103_sp.html [30-07-2010]).

⁷⁶ JUAN PABLO II, Homilía en la misa para las familias en la visita pastoral en a la diócesis de Terni, 19 de marzo de 1981. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. IV,1, 719-720. (La traducción es mía).

⁷⁷ JUAN PABLO II, Discurso a los participantes a un congreso internacional sobre el tema: familia-felicidad, 16 de noviembre de 1987. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. X,3, 1129-1132. (Las traducciones de este discurso son mías).



miembros puedan encontrar a Dios y alcanzar la felicidad.

La familia es la célula fundamental de la sociedad. Es la cuna que Dios ha querido para el florecimiento de nuevas vidas, y es también el lugar natural para la educación humana y cristiana de los hijos⁷⁸. La tarea fundamental del matrimonio⁷⁹ y de la familia es estar al servicio de la vida⁸⁰ pero:

La fecundidad del amor conyugal no se reduce sin embargo a la sola procreación de los hijos, aunque sea entendida en su dimensión específicamente humana: se amplía y se enriquece con todos los frutos de vida moral, espiritual y sobrenatural que el padre y la madre están llamados a dar a los hijos y, por medio de ellos, a la Iglesia y al mundo⁸¹.

Estos frutos de vida moral, espiritual y sobrenatural son transmitidos por los padres a sus hijos por medio de la educación⁸²: «El amor de los padres, que se pone al servicio de los hijos para ayudarles a extraer de ellos («e-ducere») lo mejor de sí mismos, encuentra su plena realización precisamente en la tarea educativa»⁸³. «En la educación de los hijos, las funciones materna y paterna son igualmente necesarias. Por lo tanto, los padres deben obrar siempre conjuntamente. Ejercerán la autoridad con respeto y delicadeza, pero también con firmeza y vigor: debe ser una autoridad creíble, coherente, sabia y siempre orientada al bien integral de los hijos»⁸⁴.

La educación de los hijos es el objetivo esencial de la familia y constituye su tarea principal. Esta educación sólo es posible si la relación entre padres e hijos está cimentada sobre la confianza recíproca. Los padres, en el cumplimiento de su

labor educativa, no pueden ser sustituidos:

Una familia es ella misma si se construye sobre tales relaciones, sobre la confianza recíproca, sobre la consagración mutua. Sólo sobre tal fundamento se puede construir también el proceso de educación, que constituye el objetivo esencial de la familia y su tarea principal. En el cumplimiento de tal tarea los padres no pueden ser sustituidos por nadie, y nadie puede tampoco quitar a los padres esta tarea suya primordial⁸⁵.

Los padres, para poder educar convenientemente a sus hijos, tienen que educarse a sí mismos. Esta es una exigencia que deben tener en cuenta si quieren que la educación que dan a sus hijos tenga fruto:

Al mismo tiempo, no es nunca inútil recordar que el cumplimiento de esta tarea plantea a los padres



⁷⁸ Cf. *Ibid.*

⁷⁹ «El matrimonio, sin embargo, no ha sido instituido únicamente en orden a la procreación: su carácter indisoluble y su valor de comunión permanecen incluso cuando los hijos, aun siendo vivamente deseados, no lleguen a coronar la vida conyugal. Los esposos, en este caso, “pueden manifestar su generosidad adoptando niños abandonados o realizando servicios abnegados en beneficio del prójimo”». *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 218.

⁸⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1653.

⁸¹ FC, n, 28.

⁸² Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, 1653.

⁸³ *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*, 239.

⁸⁴ *Ibid.*, 242.

⁸⁵ JUAN PABLO II, Homilía en la Misa en honor de Santa Eduvigis, en el hipódromo de Wroclaw (Polonia), 21 de junio de 1983. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. VI,1, 1622. (Las traducciones de esta homilía están tomadas de: A. SARMIENTO FRANCO - J. ESCRIVÁ IVARS, *Enchiridion Familiae...*, col. V, 3927-3928)



DIMENSIÓN PASTORAL

importantes exigencias. Los mismos padres deben ser educados para poder educar, y deben también constantemente educarse a sí mismos para poder educar a los demás. Sólo con estas condiciones, con esa actitud interior, el proceso de educación puede ser fructífero⁸⁶.

En la tarea educativa de sus hijos los padres encontrarán inevitables dificultades; por ello deben ser conscientes de que cuentan con la gracia del sacramento del matrimonio⁸⁷: «El don de Jesucristo no se agota en la celebración del sacramento del matrimonio, sino que acompaña a los cónyuges a lo largo de toda su existencia»⁸⁸. Los esposos cristianos han de aprender a amarse con el amor con el que Cristo los ama: un amor que ha pasado por la muerte y la resurrección:

El matrimonio es una historia de amor mutuo, un camino de madurez humana y cristiana. [...] El camino es arduo, pero no imposible. Y la gracia del matrimonio comprende también la ayuda necesaria para esta superación de las inevitables dificultades. [...] El amor cristiano de los esposos tiene su ejemplo en Cristo, que se entrega totalmente a la Iglesia, y se inscribe en su misterio pascual de muerte y de resurrección, de sacrificio amoroso, de gozo y esperanza. Incluso cuando aumentan las dificultades la solución no es la huida, la ruptura del matrimonio, sino la perseverancia de los esposos. [...] La fidelidad conyugal forma y madura; revela las energías del amor cristiano; crea una familia nueva, con la novedad de un amor que ha pasado por la muerte y la resurrección; es el crisol de una relación plenamente cristiana entre los esposos, que aprenden a amarse con el amor de Cristo; es la garantía de un ambiente estable para la formación y equilibrio de los hijos⁸⁹.

Los padres cristianos dan un servicio específico a la



Iglesia cuando educan integralmente a sus hijos⁹⁰; al educar bien a sus hijos están «construyendo» la Iglesia:

El matrimonio y la familia cristiana edifican la Iglesia; en efecto, dentro de la familia la persona humana no sólo es engendrada y progresivamente introducida, mediante la educación, en la comunidad humana, sino que mediante la regeneración por el bautismo y la educación en la fe es introducida también en la familia de Dios, que es la Iglesia⁹¹.

En resumen, a través de estas líneas ha quedado en claro que el objetivo de la educación es hacer al hombre más maduro, es decir hacer de él una persona que lleve a completa y perfecta realización todas sus posibilidades y aptitudes, y todo esto en orden a su fin último que es Dios.

Asimismo, se ha subrayado cuál sea el fundamento del derecho-deber de la tarea educativa de los padres: sus raíces en la vocación primordial de los esposos a participar en la obra creadora de Dios; es decir éstos son educadores

⁸⁶ *Ibid.*

⁸⁷ «La gracia del sacramento refuerza para siempre la unidad en la donación conyugal y revigora las energías naturales de los esposos para su misión de padres y de formadores»: F. GIL HELLÍN, *Matrimonio: struttura naturale...* 142. (La traducción es mía).

⁸⁸ FC, 56.

⁸⁹ JUAN PABLO II, Homilía en la Misa del encuentro con las familias cristianas de Panamá, 5 de mayo 1983. *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, vol. VI,1, 579-586.

⁹⁰ Cf. *Ibid.*

⁹¹ FC, 15



DIMENSIÓN PASTORAL

porque son padres.

Finalmente, tras señalar la emergencia educativa, se profundizó en la naturaleza de la familia cristiana, que surge del matrimonio sacramental y que tiene una importancia insustituible en orden a la educación de los hijos.

Palabras clave: educación, matrimonio, familia, Magisterio católico.

* Agradecemos a la revista *Ecclesia*, que nos ha permitido publicar este artículo.



El derecho de migrar en la doctrina social de la Iglesia



Antonio Lemos, L.C.

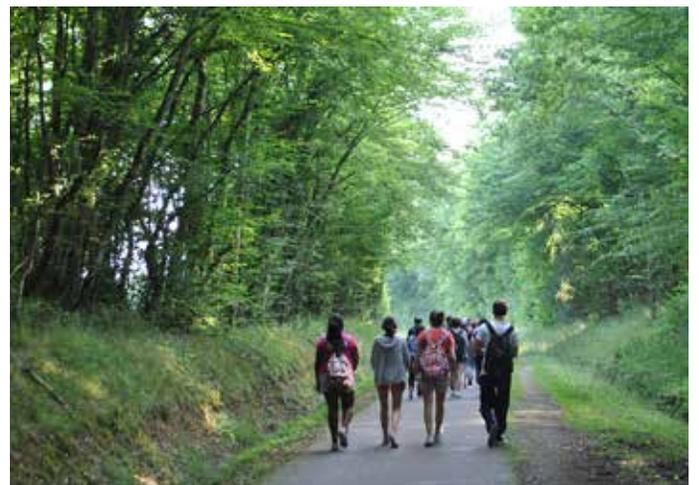
Licenciado en Teología moral

En diciembre de 2018 más de 150 países firmaron el *Global Compact for Safe, Orderly and Regular Migration*¹, el primer documento de la ONU que aborda el fenómeno de la migración en todas sus dimensiones: trabajo, familia, derechos humanos. Otra originalidad de este documento es que se basa en una propuesta presentada por la Santa Sede: los «20 puntos de acción para el pacto global». Esta es una iniciativa del Papa Francisco que recoge las mejores prácticas en materia de migración basadas en la doctrina social de la Iglesia. Con ello, el Magisterio se muestra como una voz relevante en el debate sobre las migraciones en la escena internacional.

Por esto, es importante preguntarse qué enseña realmente la Iglesia Católica sobre el fenómeno de la migración. Un estudio detallado de los documentos magisteriales desde el Concilio Vaticano II mostrará que los Papas han reconocido unánimemente el derecho a la migración, pero al mismo tiempo dicen que no es un derecho absoluto y que debe ser regulado por el bien común. Aun más, desde el Papa Juan Pablo II se afirmó con insistencia el principio de la prioridad del «derecho de no migrar», o sea que las personas deben tener asegurado la posibilidad de vivir en su tierra de origen. Esta nota pretende entender cómo el Magisterio

presenta este derecho de migrar y qué significa el derecho de no migrar, en qué se basa y cuáles son sus límites.

Ya en 1963 Juan XXIII afirmaba en la encíclica *Pacem in terris* que existe el derecho a la emigración y a la inmigración. Esta encíclica social trata sobre el establecimiento de la paz universal basada en la justicia, la verdad y la libertad. Porque el hombre es una persona humana, dotada de intelecto y libre albedrío,



¹ Cf. UNITED NATIONS, *Global Compact for Safe, Orderly and Regular Migration*, 19 de diciembre de 2018, https://www.un.org/en/ga/search/view_doc.asp?symbol=A/RES/73/195



es sujeto de derechos y deberes. Es esencial que estos derechos sean reconocidos para que la convivencia social sea posible. En el lenguaje tomista, es una exigencia de la virtud de la justicia².

Uno de estos derechos que debe ser reconocido para el bien de la persona humana y de la sociedad es el derecho a la migración. El Papa lo menciona en la parte que se refiere a los derechos humanos, junto con otros derechos como el derecho a la vida, el derecho a honrar a Dios según los dictados de la recta conciencia, y el derecho a la asociación política. Según Juan XXIII, el derecho a la migración se basa en la dignidad de la persona humana, al igual que los demás derechos fundamentales.

Asimismo, debe concederse a toda persona el pleno derecho a establecer o cambiar de residencia en la comunidad política de la que es ciudadano, e incluso cuando los intereses legítimos así lo aconsejen, debe permitírsele que se traslade a otras comunidades políticas y que viva en ellas. Ser ciudadano de un país determinado no le impide ser miembro de la familia humana, o ciudadano de la comunidad mundial, que consiste en la unión de todos los seres humanos entre sí³.

En este pasaje vemos que el derecho a la migración abarca tanto la migración local como la internacional. El derecho a la migración internacional se basa en el hecho de que toda persona pertenece a la comunidad mundial. El Pontífice también argumenta que este derecho no es absoluto, sino que debe ser justificado por intereses legítimos y por razones suficientes. No entra en detalles para explicar cuáles serían los intereses legítimos que dan lugar al derecho a emigrar a otro país.



En la misma encíclica, Juan XXIII también trata el problema de los refugiados políticos en el contexto de las relaciones internacionales y el bien común global. Presenta el derecho de los refugiados a insertarse en una nueva comunidad y reconstruir sus vidas, y el deber de la comunidad política de acogerlos e integrarlos en la nueva realidad. El Papa entiende que este derecho se basa en la solidaridad y la caridad cristiana⁴. Aquí vale la pena señalar que el Papa habla no sólo del derecho a emigrar a otro país, sino también del deber de integración de los emigrantes. El Magisterio expresa en varias ocasiones la preocupación de que la migración vaya acompañada de una adecuada integración social.

La Constitución Pastoral *Gaudium et spes* se refiere al «derecho personal de emigración» cuando trata del deber de los ciudadanos de contribuir al progreso de la comunidad local. El documento afirma que los ciudadanos tienen la obligación y el derecho de utilizar sus recursos para el bien común de su propia comunidad, dejando a salvo el derecho a emigrar⁵. Esto significa que incluso si una persona es responsable de su comunidad de origen, debe tener la libertad de elegir trasladarse a otra comunidad en la que desee contribuir con sus talentos. Por esta razón, el Papa Juan Pablo

² Cf. JUAN XXIII, *Enc. Pacem in terris*: AAS 25 (1963), 8-10.

³ JUAN XXIII, *Enc. Pacem in terris*, 36.

⁴ Cf. JUAN XXIII, *Enc. Pacem in terris*, 103-107.

⁵ Cf. CONCILIO VATICANO II, *Const. past. Gaudium et spes*, 65.



II en 2001 aclaró que el derecho a emigrar tiene dos aspectos: el derecho a salir del propio país y el derecho a trasladarse a otro país en busca de mejores condiciones de vida⁶.

Benedicto XVI, al comentar este pasaje de la *Gaudium et spes*, considera la migración como un «derecho humano fundamental» y explica que este derecho incluye «la facultad de cada persona de establecerse donde crea más oportuno para una mejor realización de sus capacidades y aspiraciones y de sus proyectos»⁷. Vemos aquí que tanto la *Gaudium et spes* como Benedicto XVI basan su derecho a emigrar en la búsqueda de la felicidad por parte del hombre.

En la Carta Apostólica *Octogesima adveniens*, el Papa Pablo VI también defiende el reconocimiento del derecho a la migración, que debe establecerse jurídicamente por medio de un estatuto. Además, afirma la importancia de la fraternidad universal en el contexto de la migración como «base indispensable para una auténtica justicia y condición para una paz duradera»⁸.

En la misma línea, el *Catecismo de la Iglesia Católica* sostiene que los países más desarrollados tienen el deber de acoger, en la medida de lo posible, a los extranjeros que buscan condiciones de vida que no encuentran en su propia nación⁹. Una vez más, hay que señalar que el deber de acoger al migrante no es absoluto, sino que se cumple «en la medida de lo posible».

Juan Pablo II también declaró, en un mensaje para la Jornada Mundial del Migrante en 2001, que el derecho a la migración no puede ser ilimitado. Según él, si este derecho se aplica indiscriminadamente, puede causar graves daños al bien común de los países

anfitriones¹⁰. Todo derecho protege un bien debido a la persona humana, que a su vez debe ser ordenado al bien común. No tiene sentido, por lo tanto, que un derecho cause daño al bien común al proteger un bien en particular.

Además, en el Sínodo extraordinario para América (1997) los Padres sinodales expresan la importancia de reconocer el derecho natural de libre circulación dentro de la nación y entre las naciones. También llaman la atención sobre el respeto de los derechos de los migrantes y sus familias, incluidos los que son ilegales, sobre la base de la dignidad de la persona humana¹¹. En otro documento, Juan Pablo II subraya que este principio de respeto a la dignidad de la persona humana debe guiar y fundamentar a los Estados a la hora de legislar sobre la inmigración¹².

Un hito en la enseñanza del Magisterio sobre el derecho a la migración fue el discurso del Papa Juan Pablo II en el Congreso Mundial sobre el cuidado pastoral de los migrantes y refugiados en 1998. En esa ocasión, el Pontífice presentó una nueva contribución a



⁶ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje por el día mundial del migrante*, 2 de febrero de 2001, 3.

⁷ BENEDICTO XVI, *Mensaje por el día mundial del migrante*, 12 de octubre de 2012.

⁸ PABLO VI, Carta ap. *Octogesima Adveniens*, 17.

⁹ Cf. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2241.

¹⁰ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje por el día mundial del migrante*, 2 de febrero de 2001, 3.

¹¹ Cf. JUAN PABLO II, Ex. ap. *Ecclesia in America: AAS 91* (1999), 65.

¹² Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje por el día mundial del migrante*, 21 de noviembre de 1999, 6.



la doctrina social sobre la migración, que es el concepto de «derecho a no emigrar». Dijo que, ante la complejidad del fenómeno migratorio y sus trágicas implicaciones, debemos recordar que ante todo «el primer derecho del hombre es vivir en su propio país». El fenómeno migratorio contemporáneo es en su mayor parte disfuncional, ya que muchos migrantes se ven obligados a abandonar sus propios países para sobrevivir o para garantizar las condiciones básicas de vida para ellos y sus familias, lo que Juan Pablo II llamó la «migración de los desesperados». Por esta razón, el Papa considera que se debe dar prioridad a las causas que desencadenan el proceso de migración forzada para que las personas puedan permanecer en su lugar de origen:

Este derecho, sin embargo, sólo se hace efectivo si se controlan los factores que impulsan la emigración. Estos son, entre otros, los conflictos internos, las guerras, el sistema de gobierno, la distribución inicua de los recursos económicos, la política agrícola incoherente, la industrialización irracional y la corrupción generalizada. Para corregir estas situaciones, es indispensable promover un desarrollo económico equilibrado, la superación progresiva de las desigualdades sociales, el respeto escrupuloso de la persona humana y el buen funcionamiento de las estructuras democráticas. También es indispensable aplicar oportunamente intervenciones correctivas del actual sistema económico y financiero, dominado y manipulado por los países industrializados, en detrimento de los países en desarrollo¹³.

Esta idea es abrazada y llevada



adelante por los sucesores de Juan Pablo II. Por ejemplo, Benedicto XVI, al comentar este discurso de su predecesor, también argumentó que antes de hablar del derecho a emigrar, nuestro tiempo requiere que se preste atención al «derecho a no emigrar»¹⁴. Los sufrimientos y las dificultades de los migrantes son demasiado graves para pasar por alto el hecho de que no habrían abandonado su país si la situación no hubiera sido tan desesperada. El Papa Francisco insiste en la misma idea en diversas oportunidades, diciendo que cada país debe «crear mejores condiciones económicas y sociales en su propio territorio, para que la emigración no sea la única opción para aquellos que buscan la paz, la justicia, la seguridad y el pleno respeto de la dignidad humana»¹⁵. En este sentido, los obispos norteamericanos y mexicanos piensan que el ideal que se debe buscar es que la migración sea una opción y no una necesidad¹⁶.

En conclusión, podemos decir que desde Juan XXIII el derecho a emigrar ha sido una constante en el Magisterio. Desde entonces, todos

¹³ JUAN PABLO II, *Discurso para los participantes del IV Congreso Mundial sobre la pastoral para los migrantes e los refugiados*, 9 de octubre de 1998.

¹⁴ BENEDICTO XVI, *Mensaje por el día mundial del migrante*, 12 de octubre de 2012.

¹⁵ FRANCISCO, *Mensaje por el día mundial del migrante*, 5 de agosto de 2013. Cf. también: FRANCISCO, *Mensaje por el día mundial del migrante*, 3 de septiembre de 2014; FRANCISCO, *Mensaje por el día mundial del migrante*, 12 de septiembre de 2015; FRANCISCO, *Mensaje por el día mundial del migrante*, 8 de septiembre de 2016; FRANCISCO, *Discurso a los participantes del Fórum Internacional sobre Migración y Paz*, 21 de febrero de 2017

¹⁶ Cf. USCCB, *Carta pastoral de los Obispos Católicos de los Estados Unidos y México sobre la migración*, 22 de enero de 2003, 59.



ACTUALIDAD



Los pontífices han defendido el derecho a emigrar al tratar el tema. Basaron este derecho en la dignidad de la persona humana y en la fraternidad universal. Pero al mismo tiempo dejaron claro que no se trata de un derecho absoluto, sino que debe ir acompañado de intereses legítimos y de la protección del bien común. Finalmente, vimos que antes de reconocer el derecho a la migración, Juan Pablo II innovó proponiendo la primacía del «derecho a no emigrar», que significa el compromiso por combatir las causas de la migración forzada para garantizar que las personas puedan vivir en su tierra natal.

Palabras clave: Migración, derechos humanos, doctrina social de la Iglesia.

* Agradecemos a la revista Ecclesia, que nos ha permitido publicar este artículo.



Don Bosco y el proselitismo protestante



P. Fernando Pascual, LC
Doctor en Filosofía,
Licenciado en Teología

En el Reino de Italia fue aprobada, en 1848, la libertad de culto. Enseguida, grupos protestantes trabajaron por ganar seguidores con un proselitismo bastante agresivo.

Según escribió San Juan Bosco en sus "Memorias del oratorio", los protestantes divulgaban sus ideas a través de varias revistas, además de implementar otras actividades de proselitismo.

"Añadían ofrecer dinero, buscar empleos, suministrar trabajo y ofrecer diversas ventajas, vestidos y comestibles a quienes acudían a sus escuelas o frecuentaban sus conferencias, o simplemente aparecían por su templo" ("Memorias del oratorio").

Don Bosco, un sacerdote inquieto y lleno de amor a los jóvenes y a la Iglesia católica, pensó cómo responder a este reto y cómo evitar que muchos católicos poco preparados cedieran ante el proselitismo protestante.

De ahí surgió la idea de publicar, desde 1853, diversos escritos para defender la fe que tenían como título "Lecturas católicas".

Los textos apologéticos de don Bosco tuvieron una extraordinaria difusión por estar escritos en lenguaje sencillo y asequible para la gente. Ello provocó la rabia de los protestantes más agresivos, lo cual le ocasionó no pocos problemas.

Uno, sorprendente, fue el miedo de algunos sacerdotes católicos, e incluso obispos, que no apoyaron para nada la iniciativa de don Bosco. Cuando el santo de los jóvenes pedía apoyo a otros sacerdotes para la revisión sus textos, muchos se negaron a leerlos por miedo a las represalias de los anticatólicos.

Gracias a Dios, monseñor Moreno, que era obispo de Ivrea, apoyó la iniciativa y dio su visto bueno a la publicación de las "Lecturas católicas", que se difundieron rápidamente entre la gente.

Varios protestantes buscaron la manera de neutralizar a don Bosco. Primero discutieron directamente con él. Luego, enviaron a dos personas que le ofrecieron dinero para que no publicase textos en defensa de la fe. Por último, llegaron las amenazas e incluso las agresiones y atentados.

Las "Memorias del oratorio" cuentan varios de esos ataques, y leer al respecto en nuestros días ayuda a comprender hasta qué punto llega el odio de los hombres a la hora de atacar a los que piensan de otra manera.

Pero también esta etapa de la vida de don Bosco desvela un aspecto penoso: el miedo de algunos católicos, incluso sacerdotes y obispos, en situaciones que exigen actuar



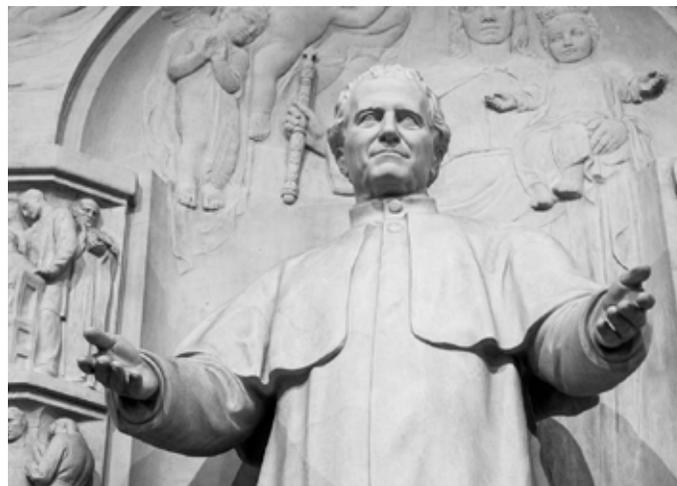
TESTIMONIO

para defender la fe y ayudar a los bautizados a estar prevenidos ante el proselitismo de otros grupos.

Gracias a Dios, don Bosco, y como él tantos otros buenos y decididos obispos, sacerdotes y laicos han sabido y saben responder a los argumentos con argumentos, sencillamente, sin violencia ni imposiciones dañinas.

Para ello, puede bastar poco: estudiar bien nuestra fe católica, sobre todo las Escrituras y el Catecismo; aprender a amar a los enemigos como enseña el Evangelio; y perder el miedo que tantas veces nos paraliza.

Si confiamos en Dios, y si nos dejamos guiar por el Espíritu Santo, tendremos también hoy ingenio y valor para defender nuestra fe, como don Bosco y como tantos otros buenos católicos que saben cómo ayudar a sus hermanos a mantener el don que han recibido al pertenecer a la Iglesia fundada por Cristo.





Paola Bonzi, con los ojos del corazón



P. Fernando Pascual, LC
Doctor en Filosofía,
Licenciado en Teología

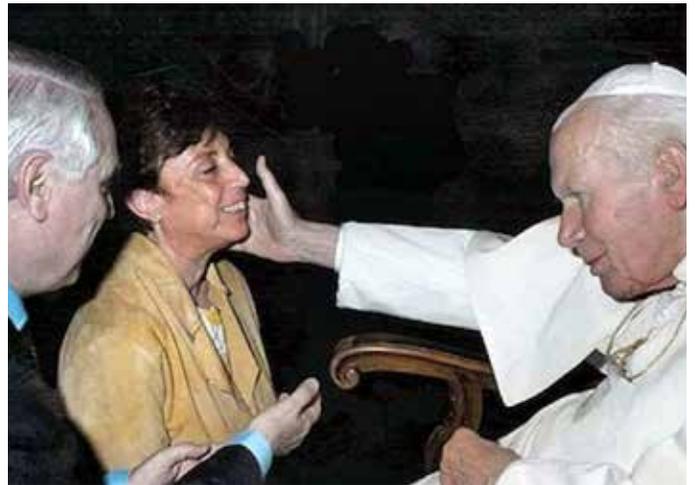
Entre las bellezas de nuestro mundo brilla una mujer que, a pesar de haber perdido la vista, supo invertir su tiempo y su corazón para salvar a los hijos antes de nacer. Se llamaba Paola Bonzi, o también: Paola Marozzi Bonzi (1943-2019).

Había nacido en la provincia de Mantua, en el norte de Italia. A los 23 años quedó completamente ciega. Se casa. Tiene dos hijos. Parece una vida normal, si bien con la marca de su imposibilidad de ver.

Cuando el debate sobre el aborto se enciende en Italia, empieza a colaborar con el Movimiento para la Vida de ese país. Desea ayudar a otras mujeres para que puedan tener un corazón más grande, más bueno, y así acojan a sus hijos.

Pero el aborto triunfa en Italia. Es legalizado en 1978. Paola, con otros miembros del Movimiento para la Vida, funda en Milán un Centro de Ayuda a la Vida (CAV) en el año 1984.

Dedica, desde entonces, años y años para escuchar, para ofrecer ayuda, para abrir los ojos ante la atrocidad del aborto, y para desvelar la belleza de la vida, sobre todo de la vida de un hijo que ya existe muy cerca del corazón de la propia madre.



Ni su ceguera ni tantos otros problemas que habrá afrontado durante todos estos años le impidieron dedicarse de lleno a lo que San Juan Pablo II llamó una "movilización" a favor de la vida.

Por mucho tiempo fue directora del centro fundado por ella. Los resultados de sus esfuerzos y el de tantos otros colaboradores y amigos han sido recordados con especial intensidad tras la muerte de Paola el 9 de agosto de 2019: 22702 niños nacidos gracias al trabajo del CAV.



TESTIMONIO

El número dice solo una parte de la realidad. Porque detrás de cada niño acogido hay una madre que fue ayudada, que fue acompañada, y que supo encarnar la belleza de la maternidad.

Para muchos medios informativos los “héroes” y “benefactores” parecen ser otros. En realidad, hombres y mujeres como Paola, poco conocidos (ni siquiera aparece en Wikipedia en italiano), son los que muestran cómo se puede asumir una misión hermosa en la vida.

Paola Bonzi, llamada la “apóstol de la vida”, ha terminado su lucha aquí en la tierra. La ceguera de sus ojos no le impidió vivir y trabajar desde lo que veía gracias a los ojos de su corazón, con un deseo profundo de encontrarse con Dios.

Miles de niños y jóvenes -muchos de ellos quizá nunca lo sabrán- han nacido y viven gracias a personas como Paola; es decir, gracias a personas alegres, llenas de entusiasmo por la vida, y capaces de dar una mano a madres que pueden superar situaciones difíciles.

